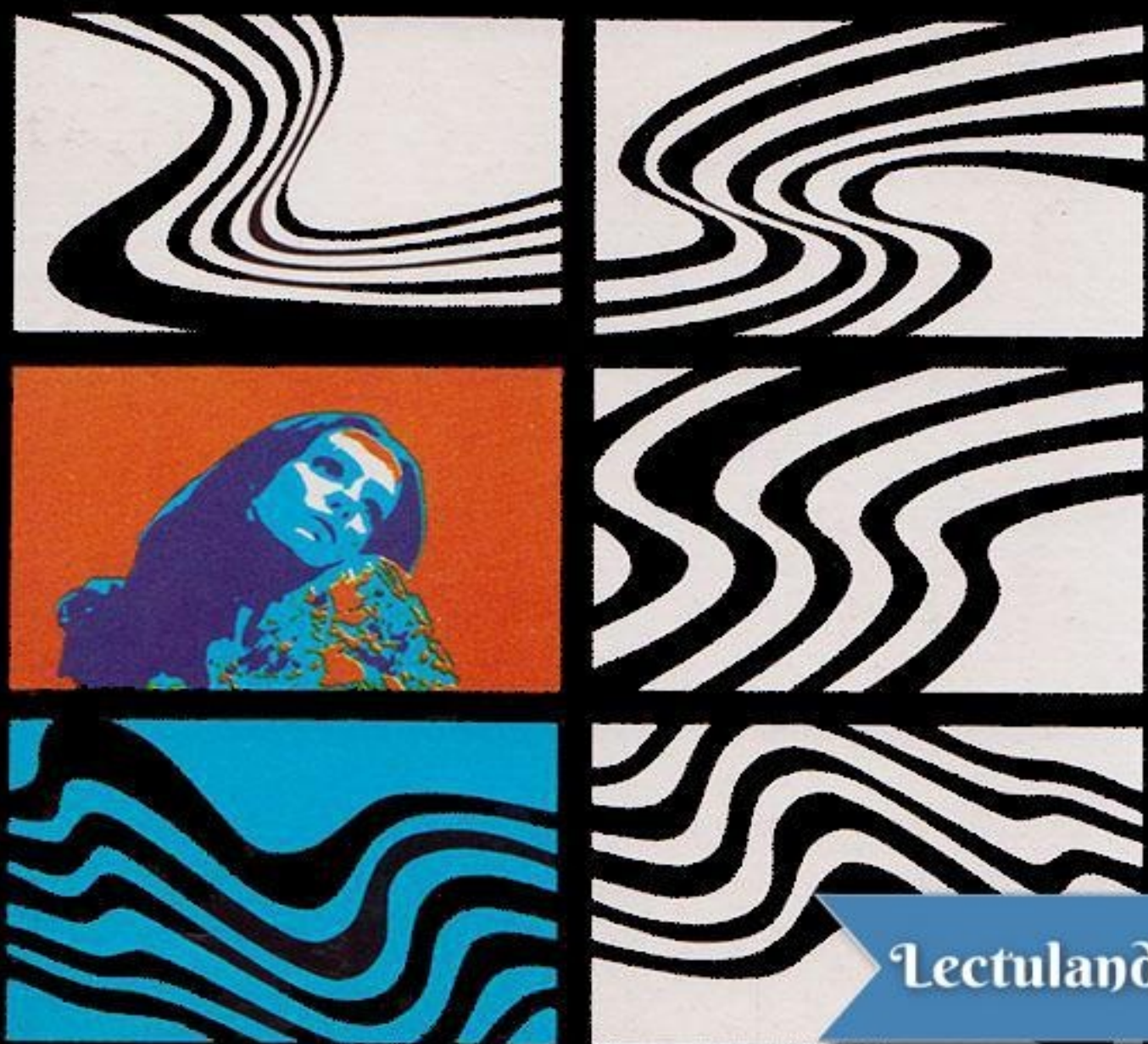


SIMENON

LA GRANJA *de* 'EL ROMPEOLAS'



Jean siempre ha vivido felizmente con sus dos tías, en su pueblo de Marsilly, cerca de La Rochelle. Le gusta su trabajo como mejillonero, su motocicleta y una partida de billar de vez en cuando; la vida le parece unida, simple, sin misterio. Pero un incidente le hará descubrir que la aldea no es tan serena como parece y que sus tías esconden secretos. Se ve obligado a irse y, cuando regresa, la aldea vuelve a su cara impasible. Curiosa serenidad...

Lectulandia

Georges Simenon

La granja «El Rompeolas»

ePub r1.0

Titivillus 24-03-2018

Título original: *Le Coup-de-Vague*
Georges Simenon, 1939
Traducción: Julio Gómez de la Serna

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

No tenía el menor presentimiento. Si en el momento en que se levantaba para contemplar por la ventana el cielo embadurnado todavía de negro, le hubiesen anunciado que un suceso trascendental marcaría para él aquel día, no se habría sin duda encogido de hombros, pues era fácilmente crédulo. Quizá hubiera pensado, clavando en el suelo sus ojos hinchados de sueño:

«¡Un accidente de moto, seguramente!».

Tenía una nueva máquina de ocho caballos, toda ella niquelada, con la que no cesaba de atronar a lo largo de las carreteras.

Si no era un accidente de moto, ¿qué podía ocurrir? ¿Un incendio en «El Rompeolas»? Esto afectaría más a sus dos tías que a él; y habrían reedificado pronto una nueva granja.

Acaso Jean hubiera pensado en una cosa que le preocupaba a veces en el momento de dormirse. Su mejor cliente para los mejillones era Argelia, adonde expedían vagones repletos. Los mejillones eran transportados por Port-Vendres y tenían tiempo, desde La Rochelle, de perder peso. Entonces, los sumergían dos o tres días en el Mediterráneo para llenarlos nuevamente de agua.

¿Recibirían malas noticias de Argelia? ¿Se enterarían de que los mejillones habían causado víctimas?

En realidad, Jean no pensaba en nada de todo aquello, por la buena razón de que nada le anunciaba un suceso cualquiera. Como de costumbre, abrió los ojos cinco minutos antes de que sonase el timbre del despertador y se puso perezosamente un pantalón viejo, dos jerseys de lana, se pasó los dedos por el pelo y se enjuagó la boca con un poco de agua.

Era lo ritual, incluyendo los pasos furtivos de la tía Hortense en la escalera y el «pluf» del hornillo de gas que encendía para calentar un poco de café. Jean no debía bajar aún, pues su tía, para no perder tiempo, iba a la cocina con la ropa de dormir, volvía a su cuarto corriendo y se vestía someramente.

¿Un suceso trascendental? ¿Un premio importante de la Lotería Nacional, por ejemplo? ¡Tendría que ser muy cuantioso! En todo caso, no habría él pensado nunca que lo imprevisto pudiese venir de Marthe, de Marthe Sarlat, cuya luz podía ver, en el piso de la segunda casa de la izquierda, hacia Marsilly.

Porque Marthe se vestía también, mientras un poco de tono verdoso mordía el fondo del cielo; y en cada granja, en cada casa del pueblo, era el mismo despertar alelado.

Jean bajó a la cocina y se calzó sus botas de caucho que le llegaban hasta lo alto de los muslos. La tía Hortense apareció en seguida, vestida con sus pantalones bombachos de una tela gruesa negra, pues ella no había querido, a semejanza de las otras mujeres, adoptar el color azul que le parecía vulgar.

—¡... nos días, tía!

—¡... nos días, Jean!

Todo funcionaba a la vez como una maquinaria bien montada. La faja verdosa se agrandaba en el cielo y el mar iba suavemente hacia dentro, descubriendo siempre más fango, más arena rojiza, más rocas.

Se acercaban unas carretas, oíanse voces. Pellerin, con su bigote rojo húmedo de rocío, sacaba el caballo de la cuadra y lo hacía recular dentro de los varales del volquete.

No había ninguna diferencia con los otros días, únicamente que era una marea de 115 y que el mar iba a retirarse muy lejos, más allá de los viveros para mariscos, hasta el punto de dejar sólo un río de aguas vivas entre la costa y la isla de Ré.

Por la mañana apenas se daban los buenos días. Unas carretas franqueaban el dique de gruesos guijarros, se dirigían, por la arena sembrada de rocas, hacia los criaderos de ostras o hacia los arcones de pesados herrajes que contenían los mejillones recién recosidos.

—¡Salud!...

—Salud, Pierre...

La mayoría de las veces un simple gesto de la mano. Hacía frío. La arena no había absorbido aún las charcas de agua. Jean empujaba su lancha, pues quería aprovechar una marea tan baja para plantar nuevas estacas lejos de su vivero.

Se desembocaba como en unos campos, pero eran campos de ostras por un lado y campos de mejillones por el otro; y dentro de un rato no se vería ya, allí donde ahora estaban paradas las carretas, más que el océano liso.

En la grisura del alba, Jean reconoció el pañuelo rojo de Marthe, pues ella era la única que llevaba sobre su pelo un pañuelo escarlata visible desde lejos. Iba a trabajar a doscientos o trescientos metros de él, recogiendo ostras, como la tía Hortense.

Hubo realmente un pequeño hecho anormal, aunque no inquietante aún: mientras que todos se movían como en sueños sin ocuparse los unos de los otros, Marthe torció, vino hasta Jean y le dijo:

—Tengo que hablarte.

Luego, se alejó. Habíale parecido a Jean que tenía ella una cara fea bajo su pañuelo rojo, pero nadie era guapo a aquella hora, con el frío, la grisura, la piel sin lavar y los párpados sólo entreabiertos.

Se puso a trabajar, manejando el mazo para hundir las estacas, algunas de las cuales se rajaban.

Y, como los otros días, el sol salió sin que nadie hiciera caso. Tan acostumbrados estaban a ello, lo mismo que al paisaje, que ya no prestaban atención. Era un sol muy claro, un cielo que no era azul como en otras partes y que, sin embargo, tenía una pureza suma.

Verdad es que no estaban en el mundo corriente; no estaban ni en la tierra ni sobre el mar, y el universo, muy amplio, pero como vacío, se asemejaba a una inmensa valva de ostra, con los mismos tonos irisados, los verdes, los rosas, los azules que se

fundían como un nácar.

La isla de Ré, por ejemplo, o más bien su delgada línea de árboles, quedaba suspendida en el espacio a la manera de un espejismo.

«El Rompeolas» era apenas más real: una casa rosada, pero de un rosa demasiado fuerte, con un hilillo de humo que prolongaba la chimenea justamente por encima de los guijarros de la costa, allí donde las carretas, dentro de un rato, recobrarían el contacto con la tierra firme.

Y había vacas en el prado, unas vacas que la tía Emilie se ocupaba de ordeñar y que, desde lejos, no tenían aspecto de verdaderas vacas. Y, sin embargo, a veces, la brisa traía el eco de un mugido.

Cada cual, sin ocuparse del vecino, labraba su parcela de mar, recogía cestos llenos de mejillones que llevaban hasta los volquetes cuyos caballos se hundían en el limo. Los chiquillos y las niñas corrían sobre las rocas y ayudaban a las mujeres a recoger las ostras.

El mar seguía su rumbo, se iba muy hacia dentro, tranquilo; y luego, volvía sin prisa, bordeado de una franja blanca, cantando como un arroyo.

¿Qué tenía Marthe que decirle? ¿Por qué de vez en cuando cesaba ella de trabajar y miraba hacia el lado de Jean, poniéndose la mano como visera ante los ojos deslumbrados por el sol?

—¿Vienes a ayudarme? —preguntó la tía Hortense cuando los cestos estuvieron llenos.

Jean era alto y ancho, pero su tía era tan alta y ancha como él, más dura todavía de aspecto, huesuda, sólida, de la misma cal que las ostras y las rocas.

Asieron los cestos, cada cual por un asa.

—¡Aúpa!...

No era necesario ver la hora, ni consultar el anuario de las mareas. Todo el mundo cargaba los mejillones, todo el mundo sabía que el mar estaba allí, a cien metros todavía, pero que aquellos cien metros eran los que recorría más de prisa.

Una vez colocados los cestos, Jean se quitó uno de sus jerseys, pues ahora hacía calor, buscó con los ojos el pañuelo rojo y lo vio no lejos de él, como esperando.

Entonces esbozó un gesto que significaba:

«Voy allá...».

Durante un rato, caminó junto a su carreta, con la tía. Luego, se detuvo, como para arreglarse las botas cuya parte superior había doblado. Esperó a Marthe y preguntó sin demasiada curiosidad:

—¿De qué se trata?

Ahora le inquietó verla tan pálida, con hondas ojeras, cuando el sol estaba ya muy alto. Tenía ella una manera ansiosa de mirar a su alrededor, como si fuese a revelar un terrible secreto.

—No te vi ayer... —comenzó ella.

—Estuve en Rochefort...

—Ya lo sé... Te esperé... Quería anunciarte...

¡Ella le tenía miedo! Por el modo de espiarle, se hubiera podido creer que esperaba recibir un golpe.

—... ¡Estoy embarazada, Jean!

Se hallaban a mitad de camino. La casa rosada se había agrandado, las vacas habían vuelto a ser vacas de verdad y se oían cantos de pájaros.

La tía Hortense se volvió y Jean balbució, separándose Marthe:

—Te veré luego...

Él no sabía ya lo que hacía, si andaba o si corría. Ayudaba maquinalmente al caballo a izar el volquete sobre el dique y sentía frío en medio de la espalda; seguía viendo, a pesar suyo, la mancha roja del pañuelo de Marthe en el universo azul, verdeoro.

Le habría sido difícil precisar, un poco después, cómo había entrado en la cocina, después de haberse descalzado, y de resultas de qué movimientos estaba sentado allí, delante de la gran mesa iluminada por una ventana cuadrada, mientras la tía Emilie, de pie ante la estufa, llenaba de café los tazones de loza con flores azules.

* * *

Después de la iglesia, en casa de la señorita Gléré, en donde había tres muchachas aprendiendo costura, llegaba el momento de saber quién sería la que se precipitaría antes a la ventana, cuando se oía lejos la moto de Jean.

Y si alguna de ellas no estaba allí, preguntaba después:

—¿Qué traje llevaba?

—El gris...

—Yo le prefiero vestido de azul marino...

Otras muchachas hablaban de ello. Casi todas.

—El domingo, en La Rochelle, estaba dos filas delante de mí, en el cine.

—¿Con Marthe?

—De todas maneras, no le hacía mucho caso...

Hasta una chiquilla de trece años, de piernas largas, que, por la noche, ¡iba montada en la bici de su hermano para merodear alrededor de «El Rompeolas»!

Tenía él veintiocho años, pero no era un mozo como los otros, quizá porque había vivido siempre con sus tías. Por alto y fuerte que fuese, de pelo castaño, su expresión era dulce, a causa de sus ojos azul claro, de largas y sedosas pestañas, que le daban una mirada de muchacha.

—¿No comes? —se sorprendió la tía Emilie que, al contrario de su hermana, parecía endeble, achacosa, eternamente replegada sobre ella misma.

—Perdón...

¿De dónde venía? Desde su sitio veía siempre el mar, unas barcas que el oleaje enderezaba finalmente, un último volquete que escalaba el dique.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí?

No le pasaba nada. No sabía. Necesitaba reflexionar. Ya podía ocurrir lo que fuese, no lograría conturbarle. ¡Pero aquello!

Así estuvo durante la mayor parte del día, con sus ojos fijos en Dios sabe qué y con aquel estremecimiento repentino cuando le dirigían la palabra.

Hasta el punto de que un poco después no recordaba ya si la tía Hortense estaba sentada a la mesa o no aquella mañana. Debía estar. Estaba, seguramente. Pero no conservaba ninguna imagen de ello en la memoria. Y seguía teniendo esa mirada indecisa de los que han mirado durante demasiado rato al sol.

En el patio, Pellerin, a quien llamaban el capataz porque se había titulado así él mismo, transbordaba los mejillones desde la carreta al camión, después de haberlos clasificado. Luego, la tía Hortense pasaba al despacho para preparar las facturas de expedición y las etiquetas.

Quedaba otra costumbre aún: la necesidad de hacer ciertos gestos, de ir aquí o allá, de ponerse de limpio, y al poco rato de trepar al asiento del camión para dirigirse a la estación de La Rochelle y una vez allí, en el muelle de la Pequeña Velocidad, cumplir los requisitos habituales.

¡Jamás había él pensado que Marthe podía estar embarazada! ¡Y con mayor motivo no se había preguntado lo que haría en semejante caso!

La veía casi todas las noches, desde Navidad. Y, mirándolo bien, lo que le gustó en ella era quizá su perfume más que nada. Era bonita, pero no una belleza. Y más alegre que las otras, más decidida. Aparentaba burlarse de los muchachos.

Una noche, vio él que Marthe se dirigía hacia el bosque de la Richardière y fue allí, encontrando a la joven que fingía descansar.

—¿Viene usted a menudo a pasear por aquí? —le preguntó ella.

Aquello se convirtió en una costumbre. Truffaut, el cazador furtivo, los sorprendió quince días después, cuando por primera vez Jean se atrevía a realizar un gesto decisivo. Pero Truffaut no dijo nada porque habría armado un gran revuelo. Las muchachas del pueblo sospechaban algo, sonreían cuando Jean y Marthe bailaban en un local de fiestas y fingían después que se despedían.

—Son mis polvos... —afirmó Marthe una noche en que él le hablaba de su perfume.

—¿Polvos de qué?

—De lirio...

¿Qué iba él a hacer? Se tomaba tiempo, llegaba a la estación, hablaba a cada cual como si no pasase nada, regresaba a Marsilly olvidando un encargo que le hizo la tía Emilie, subía a su alcoba y se sentaba en la cama.

En realidad, aquello le ponía enfermo. Tenía el estómago revuelto como cuando se ha bebido demasiado. Intentaba pensar y no pensaba, porque en suma no había que pensar. ¡Era sencillo! O bien se casaba con Marthe o no se casaba...

¡Pero no! Era menos sencillo, puesto que además, sentía cierta ternura interna. De pronto Marthe no era ya Marthe, la Marthe del bosque de la Richardière. La veía de nuevo con sus hondas ojeras de aquella mañana y, poco a poco, exageraba las ojeras, la amargura de la boca, la palidez del cutis.

—Debe sufrir mucho... ¿Quién sabe? ¿Se va quizá a morir?...

Y era él...

—¡Jean! —gritó desde abajo la tía Hortense—. ¿Has telefonado al señor Priollet?

—¡No!

—¿Cuándo piensas hacerlo?

—Luego...

Ocupaba él una de las alcobas de Marsilly, con cretonas floreadas, una librería al alcance de la mano cuando estaba acostado, jarrones sobre los muebles y una alfombra.

Pero ¿qué iba a hacer? Qué dirían sus tías cuando...

Se sintió enfermo durante unas horas. No sabía dónde colocarse. La casa continuaba su vida cotidiana y él no lograba mezclarse en ella.

Eran las cinco cuando bajó de su alcoba, con gesto decidido, habiendo adoptado en efecto la decisión.

Pero ¿qué iba a hacer? Qué dirían sus tías que encontrase.

Era trampear. Pensaba que sería Hortense la que, a aquella hora, se hallaba de costumbre en el despacho.

Pero no la vio y se encontró frente a la tía Emilie ocupada en dar de comer a las gallinas y a los conejos.

No había prestado mucha atención a lo que ocurría a su alrededor, pero el recuerdo que evocó fue el de un día magnífico, un día raro, templado y luminoso con un mar tan en calma como la leche, hasta cuando en marea alta, venía a lamer la cresta del dique como el borde de un vaso demasiado lleno.

—Tía Emilie... Querría decirte algo...

No le hablaría en la cocina ni en el despacho, donde corrían el riesgo de estar sentados cara a cara y donde la conversación resultaría demasiado solemne. Prefería aprovechar el momento en que ella cruzaba el huerto, con su cubo de maíz en la mano.

—Te escucho...

Los rábanos salían de la tierra. Las lechugas estaban a punto para el trasplante.

—Creo que voy a tener que casarme...

Hablaba lo más ligeramente posible, mirando a otra parte, como si se tratase de una cuestión sin importancia.

—¡Ah!

—Cuando digo «voy a tener» debes comprenderme... Marthe me ha anunciado esta mañana que iba a tener un hijo...

—¿Marthe Sarlat?

¡Claro que Marthe Sarlat! ¡Era también su mala suerte! Con otra, las dificultades hubieran sido menores. Pero desde el momento que se trataba de la hija de Justin Sarlat, el exalcalde, que no hacía nada bueno y que se pasaba los días jugando a las cartas en la terraza del café...

—¿Se lo has dicho a la tía Hortense?

—Todavía no.

—¿Estás seguro de que es tuyo?

No podía él responder. ¡Era demasiado tonto! La verdad era que, la primera vez, se comportó tan torpemente que no había notado nada. Sólo después se preguntó si Marthe era tan inocente como había aparentado.

—Sí, tía.

—¿Por qué pones esa cara?

—¿Qué cara pongo?

—Se diría que vas en un entierro...

Él intentó sonreír.

—¡No, no! Te lo aseguro...

—¿La quieres?

—Pues...

No quería concretar. Se empeñaba en la vaguedad, en cumplir su deber, sin más, sin adoptar ante los hechos una actitud demasiado categórica.

La tía Emilie, lo mismo que Hortense, iba siempre vestida de negro y también conservaba siempre aquella calma, aquella dignidad que hacía de las dos hermanas unos seres aparte en la comarca.

—¡Mi pobre Jean!...

Un leve suspiro. Ella no alzaba los brazos al cielo, no iniciaba una escena dramática como él temía.

—No... Creo que seré feliz... Es una buena chica...

—¿Tú crees?

—Me quiere...

Callaron al llegar cerca de Pellerin que binaba las patatas. O más bien Emilie murmuró a modo de conclusión:

—No te preocupes... Yo le hablaré a Hortense...

Él, por su parte, montó en su moto y fue a pasar la velada solo, en La Rochelle.

* * *

Otra faja lívida de cielo, y las carretas en fila por la arena y la roca, el aire frío, el mar huyendo a lo lejos y en algún sitio el pañuelo llamativo de Marthe semejante a una señal de socorro.

Jean pudo acercarse a ella, sólo un instante, para decirle en un murmullo:

—He hablado a mis tías...

No debió ella comprender, o no lo creyó, porque pareció desconcertada, a punto de llorar.

Jean trabajó como si su suerte dependiera de sus mazazos, no vio el amanecer, se encontró de pie, con la espalda empapada, junto al volquete y, al buscar a su tía Hortense con los ojos, la divisó a cien metros de allí, conversando con Marthe.

No se reunió a las dos mujeres, terminó solo la carga de los mejillones, esperó a su tía y estuvo todavía un cuarto de hora antes de hablar.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué iba a decir?

—¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes de eso.

Y él no se preocupó. El día, como el anterior, fue excepcional, lleno de cantos de pájaros, con sol en todas partes, perfumes de flores, manchas vibrantes, con esas ligeras humedades de verano que hacen surgir una voluptuosidad de los menores gestos.

Cuando Jean cruzó la plaza en el camión, vio a Sarlat, el padre de Marthe, que tomaba ya un aperitivo en compañía de los hombres de la calera.

Todo lo encontraba bueno Sarlat. Se pasaba la vida ante los veladores verdes del café, tan pronto con unos y con otros, o con viajeros de paso, jugando a los dados, a las cartas, hablando de política o de los nuevos criaderos de ostras.

No era tonto. Decían que tenía el título de abogado. Procedía del sur de Francia y habíase casado con Adelaïde, la hija de los Boussus, la que bizqueaba y a quien no se veía nunca en las calles del pueblo.

¿Sería verdad que le pegaba y que ella se pasaba la mayor parte de los días llorando? ¿Sería cierto que casi la había arruinado y que un día u otro venderían la granja en pública subasta? ¿Era cierto que contaba con protecciones en las altas esferas y que le verían de diputado algún día?

Todo eso se murmuraba y él, mientras tanto, vestido de claro como un hombre de la capital, jugaba a las cartas, tomaba aperitivos, o ideaba planes prestigiosos, como el de la motora.

Una barca ultraveloz, que había comprado a la Marina, con dos motores de doscientos caballos.

Pretendía ir a buscar las ostras a la isla de Oléron para trasplantarlas a los viveros; pero desde hacía un año que revisaban el barco los motores no querían arrancar.

Jean pensaba en aquello y en otra cosa, o mejor dicho en nada, en sus tías, en su moto cuyo carburador quería cambiar para superar los ciento treinta y en lo que Hortense había podido contar aquella mañana a Marthe.

¿No era lo mejor evitar ocuparse de ello? Eran tres mujeres, incluyendo a Marthe, que sabían lo que hacían. ¡Aquello no era ya asunto suyo! Ellas arreglarían todos los detalles. Él se casaría y...

Le agradaba el gran patio pavimentado de la Pequeña Velocidad, hacia las once de la mañana, cuando estaban allí diez o doce, con camiones y carretas, que acudían a cargar o a descargar vagones. Se pasaba un buen momento, después de lo cual volvían a encontrarse en el bar de detrás de las verjas para tomar el aperitivo. Desde allí, se veían los barcos del puerto de La Rochelle. El aire denso daba una gran pereza.

Además, había siempre un plato de entremeses calientes y olores de cocina que se esparcían por la casa.

—Tendrías que ir a Saintes esta tarde... —anunció la tía Hortense.

—¿Para qué?

—Hay alguien que nos pregunta los precios corrientes...

—¿Y no se podría enviárselos?

¿Por qué razón protestaba Jean? Le gustaba mucho ir a Saintes en moto, sobre todo porque la carretera era muy buena y además tenía allí un camarada.

No regresó hasta las siete ni vio a Marthe en el camino. Era preferible. ¿Qué hubieran podido decirse?

En el despacho, adonde debía dar cuenta a la tía Hortense de su encargo, estuvo un momento en silencio pues le pareció reconocer el perfume de Marthe, el famoso perfume de lirio.

—¿Qué te pasa?

—Nada... ¿Ha venido?

—¿Quién?

—Marthe...

—No te ocupes de eso por el momento. ¿Aceptan nuestro precio?

—A condición de no garantizarnos una cantidad fija...

El patio, con sus gallinas, sus pavos blancos, sus pichones con los cuales venían a mezclarse unas gaviotas... El huerto, detrás del cobertizo... La cuadra... Y la casa en la que cada habitación mostraba un orden perfecto, el sol que iba bajando y que penetraba casi horizontalmente por las ventanas...

Pellerin, calzado con botas altas de montar como un director de circo, y no con zuecos como un criado, venía a preguntar con dignidad:

—¿Puedo marcharme?

—Sí, puede usted irse, Pellerin...

No le tuteaban. Y él lo prefería. Las hermanas Laclau no querían sirvientes alojados en casa y Pellerin, que tenía una casucha en el pueblo en donde su mujer criaba pavos, era muy estricto respecto a las cuestiones de matiz.

—Buenas noches, señorita Hortense; buenas noches, señor Jean...

Las horas se fundían unas en otras como se fundían los tonos en el cielo. Después de cenar, Jean fue a pie al pueblo, pensando que se encontraría quizá a Marthe y hablaría con ella. No lo deseaba. Pero creía que estaba un poco obligado a hacerlo.

Había gentes sentadas ante las puertas de las casas blancas. Era preciso levantar la

mano todo el tiempo.

—¡Buenas noches!...

—Buenas noches, señor Jean...

Unas ventanas se iluminaban y otras no; y la noche coloreaba de azul la crudeza de las fachadas.

—Salud, Jean...

—Salud...

En casa de los Sarlat, la persiana estaba bajada y acababan solamente de sentarse a la mesa, porque se oían ruidos de cucharas y de platos.

No vio a Marthe. A la mañana siguiente no acudió al vivero. Preguntó a la tía Hortense:

—¿Qué le pasa?

—¡Déjala! Son cosas de mujeres...

Insistió él tanto menos cuanto que aquel dominio misterioso le había impresionado siempre. A última hora, un vientecillo rabioso impidió trabajar como hubieran querido, pero cesó hacia las diez de la mañana cuando Jean se disponía a ir a La Rochelle en camión.

En resumen, aquello sumaba tres días, pero tres días fundidos de tal modo que él no los diferenciaba.

El azar quiso que en la estación tomase dos aperitivos en vez de uno. Cuando volvió al «Rompeolas», la tía Hortense estaba ya vestida para salir.

—Hay una subasta en La Rochelle... —le dijo.

—¿Quieres que te lleve en la moto?

—Ya sabes que no me gusta... Tomaré el autobús...

Estuvo a punto de dormir la siesta, subió a su alcoba con aquel propósito. Pero en el último momento se le pasaron las ganas, bajó al patio y puso la moto en marcha.

Al salir de Nieul, adelantó al autobús, y entrevió a la tía Hortense sentada junto a Marthe, más pálida que nunca.

Así pudo estar al corriente. Prosiguió su camino hasta La Rochelle como si no pasase nada, dejó su moto en la plaza de Armas, estuvo merodeando en torno al terminal del autobús y vio apearse a las dos mujeres.

Las siguió desde lejos, a lo largo de la calle Gargoulleau y luego por una callejuela mal empedrada en la que entraron en una casa de un piso.

Cuando se cerró la puerta, pasó por delante con las manos en los bolsillos. Sobre la puerta, una placa de metal toscamente grabada anunciaba:

SEÑORA BERTHOLLAT

Comadróna

Aquello le hizo el mismo efecto desagradable, físicamente desagradable, que cuando Marthe le reveló que estaba embarazada o cuando hablaban de aquellas cosas

femeninas.

Sin embargo, entró en un pequeño café, en la esquina de la calle, y esperó. Después de media hora, sentíase cada vez más desasosegado y palidecía. Cuando pasó una hora, no tuvo ya duda y pidió una copa grande de coñac.

No podía hacer nada. Había que esperar.

Y lo más siniestro fue el final. Las dos mujeres salieron. Desde lejos se tenía la impresión de que Marthe vacilaba, estaba a punto de desfallecer.

Se detuvo un instante apoyándose en el reborde de piedra de una ventana. La tía Hortense la animó y siguieron andando, torcieron a la izquierda, luego a la derecha y llamaron en la puerta del doctor Garat.

Jean percibió el timbrazo. Las dos mujeres estaban de pie en la acera, la tía Hortense bastante tranquila, Marthe esperando para lanzarse en derechura hacia delante.

Y en efecto, apenas se abrió la puerta, entró ella corriendo y debió de ocurrir algo dentro porque se oyó un gran barullo.

La moto estaba dos calles más lejos, cerca de la casa de la comadrona. Hubo un momento en que Jean estuvo a punto de ir a buscarla, pero no le agradaba alejarse de aquella casa en donde Marthe seguía y donde, sin una razón precisa, tenía la impresión de que estaría ella gritando.

Se sentía más que desasosegado: enfermo. Y como no podía continuar parado en la acera, divisó, cerca de un herrador, una puerta entornada y sobre el dintel la palabra cantina.

Era una calleja sin salida y Jean no se preguntó qué hacía allí aquella cantina. Lo supo cuando una voz salió de la sombra:

—¡Eh, Jean!... ¿Qué buscas por aquí? Reconoció a Jourin, un labrador de Esnandes, que había dejado sin duda su coche en una calle vecina. Jourin llevaba puesta su gorra, como siempre, su pipa curvada que le colgaba de la boca, sus ojos joviales, su piel lisa y tensa de animal rebosante de salud.

Estaba de pie ante un estrecho mostrador, pero reinaba tal penumbra en el café que no se distinguían los detalles más que poco a poco. Por eso Jean tardó un momento en descubrir los rasgos de la mujer que se hallaba al otro lado del mostrador, una mujer gorda y fofa, de mediana edad. Sonreía con una sonrisa casi maternal mientras Jourin, para no perder la costumbre, lanzaba con un guiño de ojo hacia la comadre:

—¿Has venido a echar una cana al aire?

Era su preocupación dominante y, en un radio de cincuenta kilómetros, se tenía la seguridad de ver su coche pararse ante todas las casas que ofrecieran posibilidades de amor fácil.

—... ¿Qué vas a beber, Jean? Es mi ronda...

Tenía un vasito delante, y otro delante de la mujer. Había una puerta entornada que dejaba ver un hornillo de gas cerca de una cama con una colcha roja.

—¡Oye! Le estaba contando... En fin, le contaba sin decirle todo, naturalmente... El día del consejo de administración en la lechería de Fétilly...

Jean quería marcharse, sólo esperaba la ocasión. La puerta del doctor seguía cerrada y él no podía imaginar lo que hacían a Marthe tanto tiempo.

Afortunadamente, Jourin no necesitaba que le diesen la réplica. Con los ojos turbios, seguía su pensamiento, expresando solamente los puntos culminantes:

—Tres que se han ido, y el tío Lajeaume el último... ¡El tío Lajeaume que tenía sesenta y cinco años!... Yo les decía...

«—¿Tengo que ayudarte?».

En las ventanas del doctor colgaban unas cortinas como en una casa burguesa y por eso no se sabía cuál de las habitaciones era el gabinete de consulta.

—¿Te acuerdas, Jean?... Hablo del tío Lajeaume... ¿Tú has vuelto a ver a Nine? ... Al parecer, ha estado a punto de ir a quejarse a la gendarmería...

Aquello había ocurrido hacía más de un mes, pero Jourin seguiría hablando de ello dentro de diez años. Un día en que salían del consejo de administración de la cooperativa lechera, empezaron a beber, cinco o seis. Luego no quedaron más que tres. Se acomodaron en el coche de Jourin y este coche, como ciertos caballos, parecía detenerse espontáneamente delante de las casas que su dueño frecuentaba.

Y así fue cómo se apearon los tres en casa de Nine, un café al borde de la carretera, donde siguieron bebiendo. Nine era una especie de yegua bigotuda, que empleaba un lenguaje más crudo todavía que el de Jourin, de un erotismo desbordante y vulgar.

La emborracharon. Después, como Jourin quería poseerla delante de los otros y ella se resistió, la ataron sobre la cama, pies y manos.

Jean estaba también borracho. Hizo lo mismo que los otros, pero fue de nuevo Jourin, a quien se le ocurrió, en cierto momento, sustituir el agua caliente por vino tinto.

—¿Te acuerdas?... A ésta estoy seguro de que no habría necesidad de atarla...

Y Jean comprendía el convite. El otro no estaba lo bastante borracho para mostrarse más categórico, pero sólo hubiera tenido que hacer una seña: y habrían entrado los dos en la alcoba de detrás...

—Tengo que irme —dijo él.

Le dolían el estómago y la cabeza. La puerta de enfrente seguía cerrada. Le importaba muy poco lo que hiciera Jourin en cuanto él se marchase.

—¿Qué le debo?

La idea de que aquella mujer, gorda y dulzona, iba a hacer cierto gesto al poco rato...

Chocó con alguien en la acera y no se disculpó. En el momento en que iba a salir de la calle, entraba en ella un taxi y él lo siguió con los ojos, sintiendo un estupor aterrado, seguro de que se detendría delante de la casa del doctor.

Y se detuvo allí, en efecto. Lo dejaron parado diez minutos; luego la puerta se abrió y Jean tuvo el tiempo justo de ocultarse en una rinconada. Su tía apareció la primera en la acera, miró a derecha y a izquierda, volvió a entrar en la casa y salió llevando del brazo a Marthe que andaba con dificultad.

Una vez instalada Marthe, la tía Hortense permaneció largo rato inclinada hacia el chófer como para hacerle unas recomendaciones y el coche arrancó por fin sin ella.

* * *

Jean no regresó al «Rompeolas» hasta las ocho de la noche, cuando sus tías habían cenado y su cubierto seguía aún sobre la mesa. Sin dar las buenas noches, entró en la amplia cocina que servía de comedor, se dejó caer sobre una silla y con gesto cansado apartó su plato.

Estaba extenuado. Unos relentes de alcohol flotaban a su alrededor y se veía un

polvo blanco sobre su chaqueta, como si se hubiese acostado sobre los guijarros al borde del mar.

Hortense se mostraba plácida, quizá más que de costumbre. La tía Emilie, nerviosa, efectuaba unos arreglos que le permitían ir y venir.

—¿No comes?

—No tengo hambre.

—¿Adónde has ido?

Entonces él alzó la cabeza y se atrevió a pronunciar, mirando a los ojos a su tía Hortense:

—¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

La tía Emilie prefería volverse de espaldas, pasar con un pretexto a la habitación contigua. El aire olía a sopa. El despertador, sobre la chimenea, sonaba a una velocidad loca.

—¿Qué has hecho con Marthe?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Os he visto.

Pero la tía, prudente, exigía detalles.

—¿Dónde?

—'En casa de la señora Berthollat.

—¿Qué hay de extraordinario en eso? Marthe me pidió que la acompañase...

Lo que extrañó a Jean fue pensar de repente que su tía era también una mujer, que bajo el caparazón de su vestido tenía un cuerpo femenino. Y aquel día, la femineidad le inspiraba una compasión mezclada de asco.

—¿Qué le han hecho? —repitió él mirando a otro lado.

No tenía ya casi valor para luchar. Se levantó, abrió una alacena, cogió el frasco de aguardiente y se sirvió un vaso.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque después habéis ido las dos a casa del doctor Garat y han tenido que traer a Marthe en un taxi.

—Ha vuelto ella sola.

—¡En taxi, sí!

Y se enterneció evocando la silueta de Marthe que apenas podía andar y que la tía Hortense sostenía hasta el taxi. Volvía a recordar algunos detalles en los cuales no quería pensar, recuerdos del bosquecillo de la Richardière, sobre todo de los primeros tiempos cuando, por anticipado, Marthe empalidecía y le miraba con ansiedad en espera del dolor.

Sin embargo, le habían repetido varias veces que no era él el primero y que el hijo de los Vexin, de La Rochelle...

Hubiera querido apartar todo aquello de un golpe. De pie en la cocina, era él enorme, con la cabeza tocando casi la bombilla. Y la tía Hortense permanecía

también de pie, para sentirse a su nivel.

—La has obligado a abortar, ¿verdad? —acabó él por pronunciar cogiendo una pipa de la tabaquera.

—Ha sido ella quien lo ha querido.

—¿Por qué?

—No lo comprendes, ¿verdad? ¿Crees que esa chica no ha notado que tú no tenías ganas de casarte?

—¡Yo no he dicho nunca eso! —protestó él sin convicción.

—Pero eso se adivina. Ella no ha pensado nunca que vuestros pequeños líos eran serios. Entonces, antes de ser desdichada toda su vida y de hacerte a ti desdichado...

Él volvía a encontrar en su interior rincones de serenidad. ¡Era cierto, después de todo, lo que decía su tía! Él no había pensado nunca en casarse. En cuanto a Marthe, ¿cómo había sucedido aquello? Rebuscando bien, muy al comienzo, él quiso solamente echárselas de listo, porque contaban que ella se acostaba con Lucien Vexin, el hijo de un armador que acudía a las fiestas pueblerinas.

Tenía ella una carita singular. Y luego olor a lirio... Y también el hecho de que se mostrase tan dócil cuando su padre era una mala cabeza... ¿Es que Justin Sarlat había oído decir que Jean era el amante de su hija?

—¿Qué va a contarle? —se sorprendió hablando en voz alta, prosiguiendo su pensamiento.

—¿A quién?

—A su padre.

—Ella ha debido bajar del taxi antes de la iglesia... Y Justin no la habrá visto regresar... Podrá siempre simular que se ha resfriado en un mal momento...

Él le dirigió una mirada atravesada. Le horrorizaban aquellos detalles. Y, maquinalmente, cogió de la mesa una raja de salchichón y se la comió.

—¿No quieres un poco de sopa?

—¡No!

Se volvía ya, indeciso.

—Créeme, Jean, no te ocupes de eso... Entre mujeres se arregla una mejor...

¡Seguramente! Pero no podía impedir que su mente trabajase. Y se daba cuenta, a los veintiocho años, de que existían asuntos en los cuales él no había, por decirlo así, pensado nunca.

Las mujeres... Las mujeres que...

¿Y su madre, entonces? Tenía muchas ganas de hablar. Estuvo a punto de hacerlo, pero la tía Emilie volvía con su labor de punto y se colocaba junto a la estufa.

¿Por qué su madre no había obrado como Marthe? Porque ella tampoco estaba casada. Y su padre, el hermano de Hortense y de Emilie, acababa en aquella época de marchar a Gabón en donde iba a morir.

Era una cabeza loca, sí, un poco del género de Sarlat. Pero ¿y su madre?

—No nos preguntes nunca sobre eso —habíale dicho un día Hortense—. Es inútil

remover recuerdos penosos. Tu pobre madre murió al darte a luz.

¿Y Marthe?

¡Sí! Todo aquello se embrollaba y, presa de malestar, no podía estar quieto, no sabía qué hacer ni qué decir.

—¿Ha sufrido mucho?

Se refería a Marthe, pero hubiera podido hablar lo mismo de su madre.

—¡Nada de eso! No es tan doloroso como se cree...

¿Qué sabía ella de aquel trance? ¿Y la tía Emilie, que volvía su rostro de monja?

—¿Qué quieres que le diga, cuando la vea?

—No tienes nada que decirle... Seguiréis siendo buenos amigos...

¡Mala suerte! Prefería subir a acostarse y vaciló en el momento de besar a la tía Hortense en la frente, como todas las noches.

—¡Sobre todo no te quemes la sangre! Ya verás cómo todo se arreglará. Los hombres no pueden comprender.

Seguramente el día más desagradable de su vida, desagradable en un mal sentido, en el sentido de desazonar, de descomponer, de algo no muy limpio. ¿Por qué no iba a llamar en casa de Sarlat y...?

Ahora era demasiado tarde. ¡Ya estaba hecho! Se acostó, apagó la luz y oyó llegar hasta él un cuchicheo regular, monótono, el de las dos mujeres, que, abajo, parecían recitar letanías.

El alcohol que había bebido le ayudó a dormirse. No había aún comenzado a soñar cuando se sobresaltó, arrancado a su sueño por unos golpes violentos dados con las maderas del piso bajo. Y cosa que no le había sucedido nunca, porque no era miedoso, se quedó un largo momento presa de palpitaciones; y una de sus tías tuvo tiempo de levantarse, abrir la ventana y preguntar sin emoción:

—¿Qué es?

—Quisiera telefonear a un médico —profirió desde la carretera la voz de Sarlat.

Jean no se movió. Tenía frío. La ventana volvió a cerrarse. La tía Hortense se ponía un vestido, y deslizándose sobre el suelo encerado, encendía la luz de la escalera.

Ya les había ocurrido, el año anterior precisamente, a causa de un incendio. «El Rompeolas» tenía el teléfono número 1 y, por la noche, estaba conectado directamente con La Rochelle. En caso de fuerza mayor, las gentes de Marsilly tenían derecho a venir a telefonear.

Jean se levantó y, descalzo, apoyó la oreja contra su puerta para escuchar.

—Entre usted, Justin...

Porque Sarlat y las tías, que eran casi de la misma edad, habían ido juntos a la escuela.

—¿Hay algo que no marcha?

A Jean le asqueó aquella hipocresía apacible, y siguió escuchando.

—Ya sé que el doctor de Nieul está de vacaciones —gruñía Sarlat—. Mi hija no

está bien y voy a telefonear a alguien de La Rochelle...

—¡Al doctor Garat! —Tuvo la frescura de proponer Hortense.

—¿Es bueno?

—Eso creo... Se habla mucho de él... ¿Le sirvo una copita de algo, Justin?... Parece que está usted inquieto...

—Son esas hemorragias... Duran desde hace media hora...

Jean volvió a acostarse, hundió su cara en la almohada, no quiso oír nada más, ni el timbre del teléfono, ni las palabras que decían, ni a su tía que acompañaba a Sarlat hasta la puerta, ni finalmente a las dos mujeres que murmuraban en la alcoba contigua.

¡No se podía hacer nada, más que esperar! Esperar al día siguiente. Y entonces ¿quién sabe, si ocurriría quizá la catástrofe, los gendarmes vendrían a buscarle, el juez de instrucción y esa atmósfera gris y pesada de reprobación general y de asco que rodea los asuntos de aborto?

No lloró, pero estaba chorreante de sudor, sentía escalofríos en medio de la espalda, y no se dio cuenta de que se dormía, que no hacía más que dar vueltas y más vueltas en su cama cuya almohada rodó por el suelo; y por la mañana encontró las sábanas hechas una bola.

Pasaban las carretas hacia el mar, con las mujeres con pantalones bombachos y zuecos, los hombres mal despiertos, los caballos como de madera. La faja de claridad lívida ocupaba su sitio en el cielo y se oían golpes en la cuadra donde Pellerin enganchaba la yegua.

Jean escuchó para cerciorarse de que los otros ruidos de la casa seguían el ritmo habitual y comprendió que el gas estaba encendido, abajo, para calentar el café en el cazo de loza azul; y que la tía Hortense se vestía...

Estaba tan derrengado como por una fuerte gripe e iba a intentar dormir de nuevo cuando pensó que, si no le veían en el criadero, habría comentarios.

Abajo, bebiendo su café, no habló a su tía y se contentó con observar sus ojos cansados.

—¡Hay que llenar treinta cestos! —le anunció ella.

—Bueno...

Se calzó sus botas altas, se puso sus dos jerseys. La carreta se unió a la fila en el éxodo cotidiano hacia los viveros de mejillones.

—¡Salud! —se gritaban desde lejos.

—¡Salud!...

Todo el mundo sabía ya que la hija de Sarlat había estado mal durante la noche y que tuvieron que hacer venir a un médico de La Rochelle. Y se sabía también que Jean...

Pero era la hora en que tenían que ocuparse de los mejillones.

* * *

Fue solamente en la mesa, hacia las diez de la mañana, cuando la tía Hortense murmuró observando a Jean:

—Tú no estás bueno. Creo que iré a La Rochelle contigo.

—¿Para qué? —Se atrevió él a protestar.

—Tengo además que hacer unos encargos... ¿Verdad, Emilie?

No valía la pena de mentirle. Él había comprendido. Temían que al pasar, a la ida o a la vuelta, fuera él a preguntar noticias de Marthe o sino que en La Rochelle quisiera él ir a casa del doctor Garat.

Pues Hortense pensaba ir a verle a ella misma.

—¿Quizá podrías quedarte aquí? —le propuso—. Pellerin conducirá...

—Mejor será que él te acompañe —insinuó suavemente Emilie.

Y Jean miró a la una y después a la otra, desalentado de antemano.

Las gentes que conocían mal a las dos hermanas hablaban sobre todo de Hortense:

—¡Es toda una mujer, fuerte como un hombre, que sabe llevarlo todo a la baqueta!

Y era cierto que Hortense se ocupaba de las ostras, del criadero y de la venta de los mejillones. Hasta, cuando Jean era pequeño y no existían todavía camiones automóviles, era ella quien guiaba la carreta en el pueblo y quien descargaba los cestos en el patio de la Pequeña Velocidad.

Emilie, por su parte, salía menos, mantenía pocas relaciones con la gente, cuidaba a los animales, iba con Pellerin a los campos y, sin embargo, parecía que no trabajaba. Siempre de negro, estaba aseada desde la mañana a la noche, con una dulce sonrisa en los labios. Andaba con unos pasos tan silenciosos que sorprendía encontrarse de pronto ante ella; y cuando hablaba lo hacía con una voz monótona:

—Es preferible que hagas esto...

Hortense jamás discutía, hasta el punto de que era quizá, en definitiva, Emilie quien dirigía la casa.

Por lo cual, ahora, notando que Jean estaba roído por la incertidumbre, tuvo el cuidado de anunciarle:

—Lo de esta noche fue una falsa alarma... Finalmente, todo ha terminado bien... El doctor ha vuelto esta mañana y asegurado que no será nada...

La palabra chocó a Jean como un retruécano.

—*¡No será nada!*

Todas las casas estaban blancas, brillantes, con las puertas y las ventanas abiertas sobre la sombra azulada. La tía Hortense, vestida como el día anterior, iba acomodada en el asiento del camión, al lado de su sobrino. Los dos evitaron volverse hacia la casa de los Sarlat delante de la cual estaba parada la camioneta del carnicero.

—No vayas demasiado de prisa.

Jean hubiese preferido la lluvia o un tiempo grisáceo a aquella luz de apoteosis

que caía sobre el paisaje desde hacía varios días y que acababa por darle dolor de cabeza.

—Más adelante nos dará las gracias.

¿Por qué profería ella de repente aquellas palabras cuando iban a atravesar Nieul?

¿Y por qué, tres kilómetros más allá, cuando se descubrían los tejados de La Rochelle y los muros amarillentos del cuartel, repetía ella, como si hubiese hablado un momento antes?:

—Es por tu bien, te lo aseguro...

Lo que le chocó es que ella parecía tener miedo. Era la primera vez que sentía aquella impresión ante su tía y la observó, se sintió emocionado a su pesar. La veía diferente de los otros días, casi suplicante, llena de ansiedad en todo caso, y como aferrada desesperadamente a él. Tuvo incluso la intuición de que, por un poco, habría ella llorado.

—Ya lo sé... —suspiró Jean.

—Por eso, ¿comprendes?, debes dejarnos hacer...

¿No les había dejado hacer todo cuanto querían? ¡No sólo en aquella ocasión sino toda su vida! Se había dejado educar como una niña, hasta el punto de que a los cinco años los chicos de la escuela se burlaban de su pelo largo.

A los dieciséis años su sueño había sido hacerse mecánico y abrir algún día un garaje; y renunció a ello porque sus tías pretendían tenerle junto a ellas.

¿No hubo algo peor, un incidente que le ruborizaba todavía cuando lo evocaba? Cuando llegó a la edad del servicio militar, las tías sostuvieron unos conciliábulos secretos y emprendieron por separado varios viajes.

—¡Ya verás cómo te declararán inútil! —afirmaban ellas.

¡Cuando le hubiera gustado tanto ingresar en la aviación!

—¡Pero si no estoy enfermo!

—Tienes los pulmones y el corazón débiles. No sabes que cuando estabas en la cuna tuviste convulsiones. El médico militar ante el cual te reconocerán es un primo lejano. Le vi ayer...

Y él, que medía un metro ochenta y dos y un metro diez de pecho, fue en efecto declarado inútil ¡mientras que los de peor constitución eran admitidos en el servicio!

—... *comprenderás que debes dejarnos hacer...*

¡Veía de nuevo a las dos, llorando, la primera noche que volvió borracho!

Y aquella vez que...

—¡Cuidado, Jean! Has estado a punto de chocar con el volquete...

¡Sí! ¡Tendría cuidado! Bordeaba la villa, penetraba en el patio de la estación, saltaba al suelo suspirando y se quitaba la chaqueta para comenzar la descarga de los cestos.

—¿Me esperas aquí?

¡Sin duda! Esperaría, mientras ella iría furtivamente ¡a preguntar noticias al doctor Garat! ¡La verdad es que tenía ella miedo! ¡Jean no sabía ya si tenía miedo o

no, si estaba furioso o no! Lo cierto era que fue a tomar café al otro lado de las verjas, a tomarlo por tomarlo, porque estaba harto de pensar.

No podía ver a Marthe más que pálida, con ojos dolientes, y un andar vacilante. Se negaba obstinadamente a pensar en todo lo que le habían hecho padecer, pero aquello volvía a su mente a su pesar y provocaba siempre el mismo malestar, el mismo derrumbamiento de sus nervios.

Tuvo tiempo para ocuparse de sus envíos, de ir a buscar en Gran Velocidad tres bultos que habían llegado para él y de permanecer más de un cuarto de hora en el asiento de su camión, contemplando el puerto en donde los mástiles de los barcos pesqueros se alzaban como trazos.

Por último la silueta negra de la tía Hortense se deslizó a lo largo de las casas. Llevaba unos paquetes dentro de una caja de pasteles. Subió a su asiento preguntando:

—¿Te he hecho esperar?

—No mucho.

—Es que había mucha gente.

No precisó si era en casa del doctor o en la pastelería o en otra tienda. Siguieron las antiguas fortificaciones donde unos soldados senegaleses estaban tumbados sobre la hierba de los taludes entre dos ejercicios.

Y salían ya de la villa cuando Hortense suspiró por fin:

—No será grave. Según parece, la chica no ha tenido nunca salud...

A Jean le impresionaron aquellas palabras. Comprendió solamente que era quizá lo que le había seducido en Marthe: era más débil que las otras, frágil, con una timidez en los movimientos y en la sonrisa. Por eso la primera vez que la acarició, tuvo una decepción al descubrir que su seno no era duro, sino tibio y fluido, siempre sudoroso, como el resto del cuerpo.

Se acostumbró a ello y se convirtió para él en una seducción.

De igual modo cuando Marthe iba en bicicleta por la carretera y venía un coche hacia ella torcía dos o tres veces el guía torpemente antes de detenerse al borde de la carretera, por prudencia, y de apearse.

—Adelaïde no tenía tampoco salud —añadió la tía Hortense después de un silencio.

Otras tenían un apellido o un apodo: la gente decía «la mujer del alcalde», «la carnicera», «la señora Gléré»...

La mujer de Sarlat, madre de Marthe, fue siempre para todo el mundo Adelaïde.

Y la respetaban. Había ciertos matices en la manera de pronunciar su nombre. Ella pertenecía a una de las familias más antiguas de la región, una familia que había sido dueña hasta de doscientas hectáreas de tierras, así como del molino que se veía aún en ruinas, hacia el lado de Marron.

¡La familia Boussus! Un apellido que se encontraba en todas las alamedas del cementerio y sobre uno de los vitrales de la iglesia.

Después los Boussus tuvieron varias desgracias, unas muertes sucesivas en la casa, y Adelaïde, al quedarse sola, se casó con aquel hombre natural de los alrededores de Béziers o de Narbonne, aquel Justin Sarlat que vivía en el café y que debía haberle comido la mayor parte de sus bienes.

—*Adelaïde no tenía buena salud tampoco...*

Para Jean, aquella frase evocaba otro Marsilly, el Marsilly del tiempo en que Adelaïde, las tías y todos los que eran ahora viejos volvían de la escuela como las niñas que obstruían ahora el camino.

Tocó el claxon. Sonó otro claxon detrás de él y el coche gris de Jourin le adelantó; el labrador sacó la cabeza por la ventanilla e hizo un signo alegre que no terminó viendo a Hortense.

—¡Ahí está otro a quien el Crédito Agrícola hará que lo venda todo, un día u otro! —decretó la tía Hortense, que parecía ver disgregarse un mundo. ¡Cuidado, Jean! Hay bicis delante de nosotros. Tomas los virajes tan ceñidos...

Nieul... El bosque de la Richardière que se veía a la izquierda, más abajo, junto al mar chispeante de sol... Marsilly con su torre cuadrada, sus casas blancas, sus granjas en serie hasta «El Rompeolas»...

El auto penetró en el patio y en seguida, en algo indecible, en unos detalles que no hubieran podido determinar, Hortense y Jean percibieron que había *alguien*.

Sin embargo, no se veía parado ningún auto, ningún carricoche. Jean bajó primero del asiento y ayudó a su tía. Ésta empujó la puerta de la cocina, que estaba vacía y donde cocía un guiso con gran refuerzo de vapor y de estremecimientos de la tapadera.

Iba ella a quitarse el sombrero cuando oyó una voz. Abrió entonces la puerta del despacho, murmuró:

—Perdón...

Emilie dijo:

—Entra...

Y esto, con una voz enlutada, después de lo cual añadió:

—¿Está ahí Jean?

—Sí. ¿Por qué?

—Aléjale un momento.

Sarlat estaba sentado en el sillón, con las rodillas separadas, y la mirada duramente clavada en el suelo encerado. Esperaba el final de aquel pequeño manejo como un hombre que dispone de todo su tiempo.

—¡Jean! —llamó Hortense—. ¿Quieres ir a la tienda a buscar... pimienta?

Adivinó él que ocurría algo, lanzó una mirada resignada a la casa, y fue hacia el portalón.

Hortense entró de nuevo en el despacho, cerró cuidadosamente la puerta y miró a su hermana como diciendo:

—¿Qué ha pasado?

—Acabamos de tener una larga conversación con Justin —declaró Emilie—. ¡Ya sabes cómo es! Ha terminado por calmarse, por comprender que no es nuestra la culpa. Tiene empeño en que todo se haga normalmente...

No era necesario precisar.

—... *en que todo se haga normalmente...*

Justin alzó los ojos hacia Hortense que volvió la cabeza y dijo:

—Bien.

Y él suspiró:

—Es preferible para todos, ¿verdad? ¡Vamos! Decidle que venga a hacer su petición. Estaré en casa a eso de las cinco...

La tienda de comestibles estaba casi a un kilómetro, enfrente de la iglesia, en lo peor de la revuelta. Cuando Jean llegó con un paquetito de pimienta, se encontró a Sarlat que caminaba mirando al suelo. Los dos hombres se dieron los buenos días con la mano, y luego Jean se volvió y vio que Sarlat se volvía también.

Entró en el patio cálido de sol, no sintió curiosidad por ir a mirar en el despacho donde sabía que ya no había nadie, empujó la puerta de la cocina y echó el paquetito sobre la mesa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con una triste aceptación.

—Óyeme, Jean...

—¿Quiere que me case con ella?

Fue inútil la respuesta. La tía Hortense, con los brazos adosados a la pared, y la cabeza entre ellos, estalló en sollozos mientras la tía Emilie, con su paso menudo y resoplando, ponía la mesa.

—**B**uenos días, Hortense.
—Buenos días, Adelaïde.

El tono fue el mismo por parte de la una y de la otra, serio, convencido, un poco triste; y cada una de ellas, al hablar, inclinaba la cabeza, ofrecía la mejilla, aparentaba besar a su pareja, aunque los labios sólo rozaban el vacío.

—Buenos días, Emilie.

—Buenos días, Adelaïde.

Residían en el mismo barrio, a seiscientos metros las unas de la otra; y, sin embargo, hacía cerca de un año que no se habían visto más que en la iglesia, con ocasión de un entierro.

—¿Estáis contentas? —preguntó Adelaïde a las dos hermanas, con una sonrisa taciturna.

Y Hortense respondió, como si su réplica estuviera escrita:

—¿Qué tal tu riñón?

Las palabras no tenían importancia. Lo que contaba era el rito, el hecho de estar vestidas de seda negra, con todas sus alhajas, de encararse las unas y la otra con un afecto solemne, sin olvidar la frase, el tótem de cada cual.

Adelaïde era, desde siempre, su riñón. A una lejana tía Boussus, que estaba casada con un Giraud, de Lalande, había que preguntarle:

—¿Y tu hijo?

Porque tenía un hijo de doce años escayolado.

Jean, de negro, con su cuello de una blancura brillante, estaba desconocido. Hubiérase dicho, así de pronto, que era un muchacho tímido, entorpecido por su corpachón. Permanecía en un rincón de la sala, junto a la puerta, de pie; y cuando miraba a su alrededor se notaba que la casa le resultaba extraña, que observaba sus detalles como los de otro mundo, sobre todo cuando se trataba de tías y de tíos a quienes no conocía.

No había muchos: sólo aquellos que era forzoso invitar. Por lo demás, era una boda muy sencilla. No una boda vergonzosa, organizada de prisa y corriendo, sin ceremonia, sino una boda en familia, sin perifollos.

Las damas de honor iban vestidas, sin embargo, de tafetán azul pálido y los muchachos de *smoking*. Adelaïde resultaba muy bien. Cuando se vestía de gala, con sus pendientes y su cadena-collar de oro, tenía un aspecto digno, hierático, como un personaje de museo.

—¿No necesitas nada, Jean? —Vino a preguntarle discretamente—. Marthe va a estar arreglada en seguida...

Se la oía ir y venir en el piso primero, adonde llamaron a Adelaïde, porque fallaba un detalle. Si se entreabría la puerta de la granja, se descubría una larga mesa, preparada ya para el almuerzo; Adelaïde había tenido empeño en que se hiciera en

casa, como en su propia boda.

—Hubiera sido tan sencillo ir al restaurante —decía la tía de Lalande a Hortense a la que apenas conocía—. Esta pobre Adelaïde se ha tomado un trabajo...

Estaban en julio. El día era tan caluroso que en La Rochelle habían dado las vacaciones a los niños de las escuelas. Y lo curioso era que los escudos y las banderas estaban colocados para la fiesta nacional, con lo cual el aspecto del pueblo era realmente el de unos festejos.

Algunos creían que Jean había llorado porque tenía los ojos enrojecidos. La tía Hortense sabía que era por su baño demasiado caliente; y el hecho de que su traje había resultado estrecho y además que se había cortado al afeitarse, le daba, en suma, una especie de fiebre.

En cuanto a Justin Sarlat, al que no se le había visto todavía, hizo una entrada cuando menos sensacional, pues le vieron llegar con su traje gris de diario, una camisa de cuello blando y una corbata roja que era la que se ponía para enrabiatar a los reaccionarios del pueblo.

Ninguna compunción. Nada de abrazos.

—¡Salud a todos! —lanzó él—. ¿Qué, vamos allá?

Lo hacía a propósito, sin duda. Tenía un traje negro y un *smoking*, pero siempre le había gustado escandalizar al prójimo. Era un hombre original.

Cuando pasaban, más o menos en cortejo, ante el Café de Correos donde él vivía la mayoría del tiempo, entró en el local, arrastrando con él al tío de Lalande que no se atrevió a resistirse.

—Ven a tomar un vaso de blanco. Ya los encontraremos en la iglesia...

Marthe buscaba de vez en cuando la mirada de Jean, tímidamente, con miedo. No estaba todavía restablecida por completo ni había recobrado sus colores, pero sonreía como si le dijese:

«¿No estás muy enfadado?».

Todo el pueblo les vio pasar, como era lo habitual. Repicaron las campanas. Un acólito con sobrepelliz cruzó la plaza a paso de carga para ir a comprar cerillas en la tienda, porque ya no tenían en la sacristía.

—¡Cuando se piensa en todo lo que ese hombre le ha hecho sufrir! —decía entre tanto Hortense que caminaba al lado de Jean.

Se refería a Adelaïde y a Justin Sarlat. Y añadió:

—Afortunadamente, ella es una verdadera santa. Nadie le ha oído nunca quejarse...

Jean no hubiese podido decir si sus pies tocaban la tierra; y el decorado a su alrededor no era más que unas manchas informes de sol.

Se detuvieron en el atrio y al volverse no vieron a Sarlat y al tío, que llegaron limpiándose los labios cinco largos minutos más tarde.

En la alcaldía fue donde Justin se mostró más desagradable. No olvidaba que había sido alcalde y que su adversario iba a casar a su hija. Por eso, en el momento de

entrar, encendió un grueso puro que había comprado a propósito y lo conservó entre los dientes durante la ceremonia, así como siguió con el sombrero puesto.

El alcalde se vengó, es cierto, diciendo a modo de discurso:

—Espero que vivirán como buenos esposos y buenos ciudadanos y que tendrán muchos hijos...

Insistió en las últimas palabras, con una mirada maligna a Justin.

Finalmente, se celebró el almuerzo. Adelaïde se levantaba a cada momento para ir a echar una mano en la cocina, aunque no lo parecía cuando volvía a su sitio; y las tías se maravillaban.

—¿Cómo has podido preparar todo en casa?

—He hecho venir a la vieja Tontine.

—¿Qué edad tiene ahora? Más de setenta años...

—Setenta y ocho. Y sigue haciendo todas las comidas de bodas...

Aquellas gentes, hombres y mujeres de cierta edad, a quienes Jean no conocía, se tuteaban, aludían a otras personas a las que habían tratado, la mayoría de las veces a personas que habían muerto o sufrido desgracias.

—¿Te acuerdas de Victor?

—¿El que tenía una mujer que cojeaba?

El personaje a quien Jean observaba más, casi sin querer, era Justin Sarlat, que le parecía descubrir ahora.

Hasta entonces, no se habían tratado con frecuencia, pues Jean ponía rara vez los pies en el Café de Correos. Era un sitio aparte, la sede de una especie de Estado Mayor, de un pequeño grupo al margen de la comarca que sólo vivía en el café, jugaba a las cartas, tomaba aperitivos y, sobre todo, discutía interminablemente de política.

Justin, con su eterno traje claro y su corbata roja, era allí el centro y cuando pasaban se oía su voz desde lejos.

Pero Justin Sarlat no era sólo eso, y Jean se daba cuenta ahora. Le miraba, miraba después a Adelaïde y luego sucesivamente a los hombres y las mujeres que circundaban la mesa con siluetas negras y rostros sonrosados.

La diferencia entre Justin y ellos ¿era algo indefinible en la actitud y en la mirada, algo desenvuelto, quizá irónico?

¡Hacía lo que le agradaba, en suma! No le preocupaba lo que decían de él. Ni creía que una ceremonia en su casa tuviese importancia, ni el hecho de estar siempre a dos dedos de la ruina, ni...

Jean tenía calor y cuando sentía sobre él la mirada de Marthe, hacía un esfuerzo para sonreírle.

Ella estaba asustada, se notaba perfectamente. Pero ¿asustada de qué?

¡De él, sin duda! ¡De lo que él decidiera!

Podía, desde el día siguiente, desde aquella noche, vivir como Justin, sin preocuparse de la felicidad o del infortunio de los otros.

¡Eso era! ¡Jean empezaba a concebir las cosas con mayor claridad! Justin no creía en la felicidad ni en la desgracia. ¡Vivía a su antojo, egoístamente! Como se aburría en su casa, se pasaba el tiempo fuera. Durante mucho tiempo, había sido el amante de la antigua modista, la que había cedido el puesto a la señora Gléré e iba a verla en pleno día. Esto era lo que le había perjudicado más en las elecciones.

¡Tanto peor para Adelaïde! Y era probable, como se contaba, ¡que la zurraba cuando volvía demasiado beodo!

Tales problemas no habían nunca rozado la mente de Jean, y ahora comprendía de repente su importancia, volvía sin cesar a Justin que contaba ya historias groseras, sólo por hacer rabiar a los parientes llegados de Lalande y de otros lugares, unos Boussus de segunda fila que no habían tenido éxito y que no por ello dejaban de estar menos preocupados por lo que pudiese afectar a su dignidad.

Así, por ejemplo, el caso de un Jourin no se parecía en absoluto al caso de Sarlat. Jourin perseguía a las mujeres, sobre todo a las de cierta edad, un poco gruesas, a esas que se tumban riendo en las trastiendas de ciertas tabernas. Jourin era grosero él también.

Sin embargo, cuando hablaba de su mujer, que era de una excelente familia (tenía un hermano sacerdote en Vendée), decía:

—La señora Jourin...

Y se hubiera sentido vejado si sus trigales no fueran los más hermosos de la región.

Era sí un libertino, pero trabajaba como dos hombres, sudando desde la mañana a la noche, y había hecho ingresar a su hija en el pensionado de las monjas en Rochefort.

Eran dos casos diferentes, en efecto...

En cuanto al Boussus de Lalande, no se atrevía apenas a comer de un plato sin pedir de un vistazo permiso a su mujer.

¡Y no sólo se trataba de eso! Había otras cuestiones, algunas de las cuales Jean únicamente alcanzaba a entrever. Hasta entonces no había hecho más que vivir sin pensar, con unas ideas simples como las imágenes en color que cubren las paredes de las escuelas: la granja, la familia, la villa...

La familia, era el abuelo en su sillón, la abuela haciendo punto y que usaba gafas, su madre que se ocupaba del benjamín, la muchacha que tocaba el piano y su padre que leía un libro...

No había intentado nunca controlar aquellas verdades. Y ahora, mirando a su alrededor a la veintena de personas que comían, no veía ninguna familia de aquel género.

La única vieja que podía haber sido su abuela era Tontine, que estuvo de cocinera en una casa burguesa durante cuarenta años y que a los sesenta y ocho iba a preparar las comidas de bodas, de entierro y de primera comunión.

—¿En qué piensas?

Le sorprendió oír la voz de Marthe, se volvió hacia ella y su mirada debió revelar su sorpresa, porque la muchacha se turbó y murmuró:

—¿Estás triste?

Él respondió, con toda sinceridad:

—En absoluto.

No era tristeza. Reflexionaba simplemente. Reflexionaba sobre temas no muy alegres.

—¡En absoluto!

¿Lo dijo en un tono muy torpe? Porque Marthe esbozó una mueca apenada, se levantó y fue al corredor. Momentos después, su madre se levantó a su vez precipitadamente y se dirigió también al corredor; y se la oyó hablar tiernamente a su hija.

Jean frunció las cejas. Le pareció que comenzaba *aquello* y miró a Justin como si hubiera llegado el momento de tomar una decisión. Y Justin le miraba justamente como si dijese:

—¡Ésta es la cosa, muchacho!

Bebía mucho. Todo el mundo bebía. Había ya en el servicio de los platos y de los vinos cierto desorden; y a veces se veía levantarse un hombre congestionado que iba a darse una vueltecita por el patio.

—Ven...

Adelaïde traía a su hija que se secaba los ojos, y explicaba a los otros:

—Es la emoción...

Le pareció a Jean que la tía Hortense le observaba. ¿Comprendía ella también? En cuanto a la tía Emilie, él no la veía, pues estaba en el mismo lado de la mesa que Jean, pero más lejos, oculta por otros parientes.

—Te pido perdón —musitó Marthe, ocupando de nuevo su sitio.

¿Perdón de qué? Todo lo que había ella conseguido era tener la nariz roja, lo cual hacía resaltar la palidez de su cutis. Pese a lo cual, prosiguió:

—¡Pero es que no me dices nada! ¡No me has dicho nada todavía!

El gesto de Jean no fue ni un gesto a lo Sarlat, ni a lo Jourin. Buscó la mano de Marthe por debajo de la mesa y se la estrechó un momento.

No podía ver sufrir.

* * *

Fue mucho después, cuando las ideas eran confusas, se realizaban las digestiones y se bebía alcohol fumando puros en el patio donde se apilaban los cestos de ostras cuando ocurrieron cosas incomprensibles.

Marthe estaba demasiado ceñida en su vestido de novia y su madre la llevó a su alcoba para que se cambiase. Justin, que estaba lanzado, buscaba todas las ocasiones para ser desagradable a los invitados, cuando, al mirar hacia la carretera en donde

oían pasos, se precipitó gritando:

—¡Kraut!... ¡Eh, Kraut!...

Jean no hizo caso al principio. Como todo el mundo conocía a Hermann Kraut, un viejo alsaciano que vivía en Marsilly desde hacía cuarenta años, un hombre también original, pero de otro género que Sarlat.

Había sido mozo de labranza, en otro tiempo, y hacía ya muchos años que no efectuaba ningún trabajo regular más que el de tambor municipal y el de guarda rural.

Lo cual le permitía ir a casa de unos y de otros, hacer servicios a derecha e izquierda, por la comida y la bebida.

Porque Kraut comía y bebía. Constituía esto toda su vida. Comía, bebía y sonreía como un bendito rumiando pensamientos celestiales.

—¡Ven aquí, Kraut!... Oye... Si vas a buscar tu cornetín, se te invita...

Kraut tocaba también el cornetín durante las fiestas. Tuvo que hacer lo que le pedían, pues pasó un largo rato sin que se le viese. Cerca de él, Jean oyó la voz de Sarlat que lanzaba:

—¿Qué, se divierte mi vieja Hortense?

La tía Hortense estaba allí, conversando en voz baja con una mujer de cierta edad que le contaba sus altercados con un notario.

—Déjame en paz, Justin —protestó.

Todo el mundo se tuteaba, en otro tiempo, luego se llamaron de usted; después en ciertas ocasiones el «tú» volvía espontáneamente.

—Ese bueno de Kraut va a obsequiarnos con música.

—Gracias por la intención. Por tu parte, harás bien en no beber más. Cualquier día, te dará un ataque...

Verdad era que Justin estaba muy colorado y que se advertía cierta indecisión en su andar. Pero estaba lanzado y en lo sucesivo nada le detendría.

—Te dará ocasión para asistir a mi entierro.

—¡Seguramente no iré al entierro de un muerto tan malo!

—Pues yo te prometo ir al tuyo, sólo para cerciorarme de que el ataúd está bien cerrado.

Adelaïde volvió a bajar, siempre digna, dulce y doliente, lanzó una ojeada de dueña de casa a su alrededor para comprobar que no faltaba nada, y otra mirada más breve, más ansiosa, a su marido, a quien conocía mejor que nadie.

—¿Quién es? —preguntó al oír que llamaban a la puerta.

—¡Deja! Es Kraut que va a tocar algunos trozos musicales. ¡Por aquí, Kraut! ¡Y lo primero a tu salud! A la de Jean y mi hija...

Qué había debajo de aquello, Jean no conseguía captarlo. Desde hacía unos instantes, las entonaciones eran menos naturales y las actitudes también. La tía Emilie se acercó vivamente a Hortense y Jean oyó claramente:

—¿Vas a dejarle hacer?

Kraut había ya bebido en otra parte. Le servían aguardiente en un vaso de vino y

él se lo bebía de un trago sin la menor vergüenza.

—Oye, Justin...

Era Hortense quien hablaba en voz baja a Sarlat, con una cara seria, casi trágica. Éste se encogió de hombros, pero Jean no oyó su respuesta.

—¡Una polca, Kraut!

Y aquel nombre se convertía en una obsesión. ¡Kraut!... ¡Kraut!... Ponían una extraña insistencia en pronunciarlo. Sarlat pretendía hacer bailar a Hortense, que le rechazó colérica.

Los agudos chinchines del cornetín, sin acompañamiento, resonaban curiosamente en el patio lleno de sol y ya unos chiquillos se agrupaban ante el portalón.

Jean divisó a Marthe que acababa de bajar vestida de azul; uno de los tíos tuvo la desdichada ocurrencia de lanzar:

—¿Por qué no bailan los recién casados?

Otros insistieron. Era grotesco, pero Jean tuvo que decidirse a ello, mientras Marthe, él lo habría jurado, con la cara sobre su hombro, contenía el llanto.

—¡No estás alegre! —No pudo él impedirse de observar.

—¡No soy yo!

Mientras bailaban, Jean vio a Sarlat y a la tía Hortense que se peleaban en un rincón del patio. La tía Hortense estaba rígida por una cólera refrenada y Sarlat tenía una risa de conejo oyendo lo que ella le decía.

—¿Qué sucede? —preguntó Marthe, que intuía un misterio.

—No sé.

—Mi padre ha bebido, ¿verdad?

—Un poco.

—Sería preferible que nos fuéramos lo antes posible.

Aquella idea también la trastornaba. Un muchacho y una niña endomingados bailaban, así como una pareja de edad. Una mujer decía a su marido, el de Lalande:

—Procura vomitar.

Y el marido se dirigió con pasos vacilantes hacia el seto que separaba el patio de la huerta.

Un entreacto bastante largo lo proporcionó la llegada del fotógrafo. Jean subió, a una alcoba que debía ser la de Adelaïde, para arreglarse el traje mientras Marthe volvía a su cuarto para ponerse de nuevo su vestido de novia.

Cuando bajaron, Justin no estaba allí, y Kraut, en un rincón, se tragaba gruesas tajadas de pierna de cordero y unos espárragos que mojaba en la salsa.

—¿No has vuelto a ver a tu padre? —preguntó Adelaïde a su hija.

—No.

Nadie le había visto e hicieron primero el retrato de los recién casados delante de la puerta de la casa. Luego, esperaron largos minutos para tomar el grupo y, finalmente, al extremo del camino vieron a Sarlat que se acercaba con tres camaradas

a quienes había ido a buscar al café.

—¿Es para la foto? —exclamó—. ¡A vuestra entera disposición! ¡Venid también vosotros! ¡Y tú, Kraut! ¡Sí, sí... Con tu cornetín!...

Adelaïde miraba hacia otro lado; Marthe no podía apenas contener las lágrimas. La tía Hortense dijo a su hermana:

—Haríamos mejor en marcharnos.

—Espera todavía un poco, por la gente.

Fue forzoso hacer la foto con los amigos del bar, que eran el carnicero en traje de faena, el albañil y un joven de la villa al que nadie conocía.

Un momento después, formaban el grupo en un rincón del patio, alrededor de las botellas, un grupo en donde reían muy fuerte mirando al resto de los invitados.

—¿Vuelvo a quitarme el vestido? —preguntó Marthe.

—Sí. En cuanto sirvan los pasteles, podréis marcharos los dos.

Jean no se daba cuenta de que había bebido como los otros, pues quisieron todos brindar con él. Tenía la cabeza pesada, y estaba de un humor desapacible. Le irritaba sobre todo no comprender.

Tenía un poco la impresión de ser un chiquillo a quien sus camaradas han contado unas patrañas. Sarlat le miraba ahora de un modo claramente agresivo y los de su grupo le seguían sin cesar con los ojos, hablaban sin duda de él y soltaban la carcajada.

—¿Adónde vas? —le preguntó la tía Hortense cuando cruzaba el patio.

Se desprendió refunfuñando:

—¡A ningún sitio!

Iba hacia allá, a plantarse ante ellos y a lanzarles:

—¿De qué se ríen?

—De Kraut... —replicó Justin.

Jean se volvió hacia el tambor municipal que seguía comiendo, o más bien atracándose, fijándose solamente en las fuentes que quedaban sobre la mesa.

—¿Es tan gracioso hasta ese punto?

—Mucho más gracioso de lo que te figuras.

—Le agradecería que me lo explicase.

—¡Nunca jamás! ¡Mira! Aquí llega Hortense para hacerme callar. ¿Verdad, Hortense?

Ella quería mostrarse digna delante de los compañeros del café.

—¡Está usted borracho, Justin!

—¿Y Kraut? Está repleto de manduca y de vino...

—¿Vienes, Jean? —murmuró la tía.

—¿Tienes miedo a dejárnoslo un momento?

Tenía ella miedo, en efecto, era un hecho, hasta el punto de que Jean no sabía ya qué pensar y, por un poco, hubiera provocado una gresca.

—Mejor harías en estar serio, en un día como éste.

Y la tía Hortense le miraba desdeñosa mientras Sarlat buscaba una frase maligna que dirigirle.

—¡Sí, es verdad que las bodas —se le ocurrió decir— son bien raras en «El Rompeolas»!

Jean se volvió hacia su tía pidiéndole consejo. Ella musitó:

—¡Déjale!

Y en voz alta a Sarlat:

—¡Debería darte vergüenza!

—¿De qué? ¡Sí! Anda, dime para que yo lo sepa, ¿de qué debería darme vergüenza?

Hasta sus camaradas que no estaban tranquilos y los otros, diseminados por todas partes, se daban cuenta de que algo feo se preparaba.

—¿Olvidas que he sido alcalde y que he tenido en la mano el certificado de defunción de tu hermano Léon?

—¡Ven, Jean! —decidió Hortense, categóricamente—. ¡Está borracho!

Jean hubiera preferido no alejarse, pero no se atrevió a desobedecer a su tía. Preguntó, en cuanto estuvieron a unos metros:

—¿Qué ha querido decir?

—¡Nada! Te repito que está borracho. Se las echa de listo delante de sus camaradas. Cuando pienso en la pobre Adelaïde que va a quedarse sola con él en esta casa...

Se dirigió hacia Adelaïde que servía el café, le habló en voz baja, con un gesto doloroso, como se habla a una persona muy enferma o muy desgraciada.

* * *

—¿Sabes que todavía no me has besado?

Jean se estremeció, vio la cara descompuesta de Marthe y se sintió de pronto conmovido, apiadado de ella y de él, de todo el mundo.

Era la primera vez en todo el día que se sentía enternecido, que la miraba así, que se inclinaba y que ponía su mejilla ardiente sobre la de ella.

—¿Qué te pasa? —le preguntó también.

—Nada.

—Esto va a terminar. Mamá sirve los pasteles. Y después, podemos marcharnos. Marcharse, sí.

La palabra le impresionó y sus labios se distendieron en una sonrisa que no era ya tan agradable. ¿Marcharse al «Rompeolas»? ¿Marcharse con Marthe que, en breve rato, entraría en la casa de las dos tías?

¡Oh! Ya estaban arreglados los menores detalles. La alcoba de Jean era la mayor, la única que tenía dos ventanas. Sin embargo, sus tías habían vaciado el trastero contiguo para obtener una segunda alcoba.

—Pondréis ahí vuestras cosas —había decretado Emilie—. Y así, en caso de que Marthe estuviera enferma...

El médico había prohibido a Marthe que, durante mucho tiempo, trabajase en el criadero. Por otra parte, a la tía Hortense no le hubiese agradado verla cada mañana con ella y Jean en el vivero de mejillones o en el de las ostras.

—Podría ocuparse de las vacas —había insinuado ella.

Pero entonces fue la tía Emile quien no quiso ceder su puesto.

—No es lo bastante fuerte para eso. Y además no tiene costumbre. Los quehaceres domésticos siempre los había realizado la propia tía Emilie, salvo la colada, para la cual venía una mujer una vez por semana.

Ahora bien, según el médico no era lo bastante vigorosa para lavar. ¡Apenas para planchar, y eso tomando precauciones!

—La pondremos en la cocina. Allí planchará. Y luego, como ha aprendido, se ocupará de la ropa blanca y de los vestidos. No en balde ha trabajado dos años en casa de la señorita Gléré...

* * *

Cuando Jean se volvió de nuevo hacia el grupo de Justin, vio a Kraut con ellos, un Kraut congestionado, con la panza atiborrada y una sonrisa divina. Los otros parecían excitarle. Se resistía, se levantaba por fin vacilante y le sirvieron casi a la fuerza un último vaso.

En aquel momento, Adelaïde cortaba las tartas que habían hecho traer de La Rochelle. Algunos parientes que sentían pesadez de estómago rondaban por la carretera, satisfechos de mostrarse ante los convecinos con sus trajes de fiesta.

Jean estaba demasiado lejos. No vio casi nada. Kraut, lanzado por sus camaradas, con el cornetín en la mano se acercaba a las tías Hortense y Emilie.

¿Qué quería? ¿Qué les dijo? Por sus gestos, podía creerse que intentaba besarlas. Y parecía también que les dedicaba un extraño cumplido.

La cuestión fue que Hortense, sin moverse, le atizó una bofetada y, acompañada de su hermana, se dirigió hacia el portalón. Las dos cuchichearon. Los hombres reían.

Una vez desaparecidas con dignidad las tías, Jean se encontró más desamparado en medio de aquel patio como no lo había estado jamás en su vida.

El tipo de Lalande, que había vomitado y que se hallaba revigorizado, aprovechó la ocasión para confiarle:

—No creo que sea un hombre malo...

Marthe le buscaba, con el sombrero puesto y sus guantes en la mano, como para ir a la villa, cuando no tenían más que seiscientos metros de carretera que recorrer. Pero ¿no era una partida mucho más definitiva?

Ella titubeó, se dirigió hacia su padre al que besó y luego hacia su madre, que la llevó a una de las habitaciones de la casa. Una vez allí, debieron estar llorando un

largo rato, abrazadas.

Por último, Adelaïde fue a decir a Jean:

—¡Iros! Es preferible...

Les miraban. Tuvo ella el gesto preciso, y abrazando a su yerno le besó en las dos mejillas y luego por tercera vez.

—¡Iros!

Los parientes se acercaban por turno, unos Boussus a quienes Jean no había visto nunca antes de aquel día, y todos le besaban tres veces, compungidos.

—¡Hasta la vista, Jean!

—Hasta la vista, primo... Hasta la vista, prima...

—Adiós, Marthe...

¡Si se hubieran marchado ya! ¡Pero aquello no se llamaba partir! Mientras el grupo Sarlat seguía bebiendo, pasaban el portalón y se hallaban en la carretera en donde, desde siempre, permanecían desde la mañana a la noche. No tenían más que torcer a la derecha y divisaban los muros rosados del «Rompeolas» que se recortaban sobre un mar verde pálido.

Al principio caminaron separados, pero, como se sentían torpes, en el camino deslumbrante de sol, con unos chiquillos que les seguían a distancia, se juntaron. Marthe llevaba un gran ramo que le habían puesto en la mano en el último minuto. Su otra mano buscó el brazo de Jean, que tenía una de las suyas metida en el bolsillo y con la otra fumaba maquinalmente un puro.

—¡Estoy segura de que seguirán bebiendo! —dijo ella.

Luego caminaron de nuevo en silencio. Se precisaban algunos detalles de la casa. Las dos ventanas de la antigua alcoba de Jean estaban abiertas. Había marea alta y las barcas se balanceaban a unos metros de los guijarros del dique.

Generalmente se entraba por la puerta del patio y luego por la cocina. Pero Jean se dirigió hacia el portal de la casa, que daba acceso al corredor. La empujó, volvió a percibir el olor familiar y vio en la percha los dos sombreros de sus tías.

Murmuró simplemente, después de lanzar una mirada hacia el interior y después hacia fuera:

—¡Entra!

Como decía Jourin, todos los días eran de fiesta mayor. Los propietarios de la región se habían reunido para comprar en común una trilladora que funcionaba desde hacía una semana, tan pronto en casa del uno como en casa del otro, y cada cual para tener mano de obra a su vez, debía efectuar un número determinado de jornadas.

Así, Jean, que sólo tardaba unas horas en trillar su trigo, debía trillar seis días con Pellerin; y hacía ya cuatro que duraba aquello, con un sol abrumador de agosto bajo el cual crepitaban las rastrojeras.

Para los que utilizaban la trilladora, se trataba de ver quién haría mejor las cosas; y las mujeres andaban de cabeza con una semana de anticipación, preparando empanadas, carne en salazón y pasteles para los festines nocturnos que se celebraban generalmente fuera, ante la máquina que descansaba al fin y los almiarres todavía informes.

Trabajaban como unas bestias, bebían, comían, reían, gritaban tanto que al cuarto día Jourin estaba ronco y que otro, un mocito del Molino Nuevo que tenía apenas dieciocho años, tuvo que acostarse con fiebre.

¿Por qué aquella cuarta jornada había sido excepcional para Jean? No era porque la hubiese marcado un suceso memorable, o una alegría inesperada; era excepcional en el sentido de éxito singular e involuntario, de armonía, incluso de emoción.

¿Quizá aquello se debía a su sueño nocturno, en el cual no pensaba ya pero que le impregnaba a su pesar? Un sueño que había tenido ya dos o tres veces, pero menos claro. No sabía dónde estaba, y el aire era azulado como en la maleza. Sí, aquello debía ser la maleza o un parque, en el crepúsculo, no real, sino poetizado, como en los cuadros. Y tenía a Marthe en sus brazos. ¡Era todo! Una Marthe vestida de blanco, más pálida que la auténtica, con unos ojos extraordinarios que contenían como una luz interna. ¡La blancura de su vestido era también luminosa, a la manera de la luna, aunque menos acusada!

Marthe sonreía mirándole, con una sonrisa que no tenía relación alguna con la realidad; y murmuraba:

—¡Sosténme bien, Jean! Tengo miedo...

¿Estaba él destapado en el momento de tener aquel sueño? Lo cierto era que le recorrieron unos escalofríos.

Por la mañana, contempló a Marthe en su cama. Le dijo hasta la vista besándola en la frente. ¡Evidentemente aquello no tenía ninguna relación!

Aquel día, justamente, se trillaba en la Richardière; la máquina estaba colocada a menos de cincuenta metros del bosquecillo donde él tuvo sus citas con Marthe.

—Hoy, señor Jean, sería mejor que ocupase usted el sitio de arriba —vino a decirle Pellerin con mucha seriedad.

Pellerin era el único que trabajaba con polainas de cuero y chaqueta de caza. Por

lo cual, se parecía tanto a un mayordomo de castillo que, cuando un representante de tractores agrícolas pasó por allí, al que llamó fue a él:

—Oiga, patrón...

Pellerin hubiese querido que Jean se quedara subido a la trilladora, atrapando los haces que los otros le entregaban. Y Jean, por el contrario, se obstinó en quedarse abajo, en el puesto más duro, porque tenía que izar los haces con la punta de la horquilla. Ni el propio Jourin, que era forzado, aguantaba allí más de dos horas.

Vivían entre el estruendo del motor, de las transmisiones, de los hierros en movimiento y de una nube de polvo fino y dorado que penetraba por todas partes en los ojos, en la boca, en la nariz, que se introducía hasta en las costuras de la ropa.

Sobre la hierba, sobre la paja, veíanse litros de vino semivacíos, chaquetas, gorras, y la máquina no se paraba, los hombres la utilizaban sin descanso, sin tener apenas tiempo para secarse la frente con el revés de la manga o de lanzar una broma.

* * *

El sudor olía bien a verano y a paja, y llegaban hasta no sentir fatiga cuando se detenían para respirar.

Jean, que no pensaba todo el tiempo en Marthe, seguía, sin embargo, estando impregnado de su sueño, y había cierta nostalgia feliz en sus ojos azules, una misteriosa satisfacción en su sonrisa.

¡Por lo demás, sin ninguna razón concreta! Tenía solamente la impresión, aquel día, de que las cosas podían arreglarse. Era algo vago. Y no intentaba saber más, por temor a disipar aquel optimismo que le dispensaba el azar.

El descanso de mediodía resultó inaudito, una de las horas más inauditas que había vivido. Bebieron vino blanco, comieron conejo y pollo. El sol caía a plomo sobre el campo que descendía en suave pendiente hasta el mar.

Jean habíase acostado, como los otros, con la cabeza sobre un montón de paja, un pañuelo sobre los ojos y con los párpados cerrados, había saboreado unos fuegos artificiales de imágenes, de sensaciones y de ensueños hasta el punto de que, cuando la máquina volvió a ponerse en marcha y él se levantó, estaba más alelado y más entumecido que un borracho.

Hay que señalar que cada día comían y bebían más, porque los propietarios a cuyas casas iban querían superar a los anteriores.

¡Era realmente la fiesta mayor y algunos llevaban tres semanas y más de aquel régimen!

Por la noche, alrededor todos de una larga mesa, mientras el cielo se extinguía, se hubieran quedado horas y horas, con el cuerpo apático, contando historias mientras fumaban sus pipas, escupiendo de vez en cuando en la tierra.

Aquel día, por casualidad, se mencionó el bosque de la Richardière cuyos castaños se veían por encima del muro bajo. En cierto momento, el perro tiró de su

cadena y ladró. Uno de ellos se volvió hacia el vedado y el granjero dijo:

—No es nada... Otra pareja de enamorados...

Entonces, el más viejo de todos, un campesino a quien hasta las gentes de cierta edad llamaban abuelo, masculló:

—¡La de veces que hemos jugueteado en ese bosque!

Cualquier otro día, aquello no hubiese impresionado a Jean. Pero ahora su emoción estaba a flor de piel. Le parecía que aquella reunión de hombres cansados, alrededor de la mesa puesta, junto a la máquina adormecida, con las muchachas sentadas en la hierba y una pequeña faja de mar en la lejanía, le parecía que todo aquello, y la hora, el crepúsculo en suspenso, una pipa que borbotaba, unos pájaros en el seto, el perro, los hombros caídos, que todo, en suma, correspondía de pronto a la vida tal como él la consideraba posible y grata.

Con ocasión de su boda, también se habían reunido, comiendo y bebiendo, pero aquello no era parecido. Era un acto preparado, artificial.

Mientras que...

Y le chocó que aquel viejo sin un diente hubiera estado, él también en otro tiempo, en el bosquecillo. Momentáneamente aquello le contrarió, le vejó. En seguida evocó a Marthe de una manera ahora nueva, una Marthe que era la continuación de todas las muchachas que habían acudido allí a amar bajo los árboles.

¡Esto pensaba aquella noche! Aunque no eran pensamientos. Era algo más vago, más impreciso, unos extremos que no se juntaban, unas bocanadas de un sentimentalismo indeciso, de una aspiración a un porvenir semejante a la hora que vivía.

Pronto el cigarrillo de Pellerin marcó un punto rojo en la oscuridad que se había extendido silenciosamente; y Jean fue el primero en levantarse, con el cuerpo pesado pero con el espíritu ligero.

—¡Buenas noches a todos!

—Buenas noches, Jean.

No regresó por la carretera, sino que bordeó el bosque, saltó el arroyo, pasó por el boquete de un seto y se encontró en los campos del «Rompeolas».

Por aquel lado había más claridad, porque el terreno estaba descubierto y el mar reflejaba todavía un poco de luz plateada. Las casas del pueblo, a lo lejos, eran de un blanco lechoso, rodeadas como de un vacío sonoro que repercutía los ruidos a lo lejos, hasta el punto de que se oía al tendero de comestibles cerrar los postigos de sus ventanas.

—¿Ya estás aquí, Jean?

Se sobresaltó. No esperaba aquel murmullo que se elevó muy cerca de él y musitó a su pesar:

—¿Eres tú?

Era, en efecto, la tía Hortense que había acudido a su encuentro, paso a paso, haciendo su labor de punto; y su silueta indecisa, en el claroscuro, sobre el cielo de

tonos imprecisos, hacía pensar en una monja o en un fraile vagando sin ruido por un claustro.

—¿Terminasteis en la Richardière?

—Queda media jornada, mañana.

—¿No estás muy fatigado?

—No.

Seguía ella andando despacio, obligándole a ir a su mismo paso; y comprendiendo que su tía había venido deliberadamente a su encuentro para decirle algo, frunció el entrecejo.

—¿Está Marthe acostada?

—Ha subido hará una media hora.

¡Aquello volvía a empezar! No podía precisar el qué. ¡Aquello volvía a empezar! Una manera de ser, de hablar, de vivir, de expresarse a medias palabras, con reticencias y suspiros...

—¿Cómo se encuentra?

—¡Siempre lo mismo, mi pobre Jean! Ya puede decirse que no tienes suerte...

—¿Ha venido el doctor Carré?

—Ha estado tres cuartos de hora en casa.

—¿Y qué dice?

—Dice lo que quiere decir. ¡Ya le conoces! Al tío Dufieu le soltó crudamente que reventaría antes de un mes y han pasado diez años de esto. Respecto a Marthe repite siempre su estribillo: cuidados, higiene y paciencia. Y además tranquilidad y reposo...

—¿Y la operación?

Jean no sabía ya adonde mirar. Aquellas cuestiones de intimidad femenina seguían provocando en él el mismo malestar físico. Había palabras que no podía oír, como la relacionada con aquella operación: ¿no se preveía la necesidad de extirpar un ovario a Marthe?

—No se decide. Pretende que el cirujano sólo tiene mucha prisa porque busca su beneficio...

—¿Y Marthe?

—Le es igual. Hay que creer que no se da cuenta. Habla de ingresar en la clínica como si se tratase de un paseo...

Se veía luz en el piso bajo: era la de la cocina, donde la tía Emilie debía estar ocupada. En cuanto a la ventana de la alcoba, no se podía ver porque daba a la carretera.

—Ha vuelto a ir a su casa esta tarde —suspiró la tía Hortense.

Él no se movió.

—¿No te parece exagerado que vaya allí casi a diario? Sabe que nosotras no vemos ya a su padre, después de lo que nos hizo...

Lo más desconcertante era que Jean ¡no sabía a punto fijo lo que Sarlat había

hecho a Hortense! Ella no lo había explicado. Declaró solamente:

—¡Es un bandido! No quiero que tengamos ya la menor relación con él.

A la tía no le parecía aún suficiente; dio media vuelta, deseosa de proseguir aquel paseo en la calma nocturna y de hablar.

—¡Estoy segura de que ella se queja de nosotros!

—¿Por qué iba a quejarse?

—Tú no puedes comprender. No eres una mujer.

Era realmente porque no comprendía por lo que algunas veces, en el fondo de sí mismo, sentía impulsos de rebelarse contra sus tías.

¿Qué les iba a decir? ¿Qué había de malo en su actitud? Rodeaban a Marthe de cuidados, esto era un hecho. Gentes que venían a visitarlas y a quienes ellas contaban lo que hacían, admiraban su paciencia.

Solamente aquella palabra: *cuidados*... Se repetía en la conversación desde la mañana a la noche; y cada vez Jean sentía una náusea. A las diez de la mañana, Hortense salía de su despacho y buscaba a Marthe.

—¿Está lista el agua? —preguntaba.

Metía los dedos para cerciorarse de que estaba bastante templada.

—¿Vienes?

¡Las curas! La chimenea estaba llena de frascos y de instrumentos. La alcoba olía a rancio, con un trasfondo de medicamentos.

Aquello volvía a empezar después de la comida, con una fórmula que resultaba ritual.

—¿Vienes «a hacer tu cura», Marthe?

Él no sabía ya dónde colocarse, se esforzaba en pensar en otra cosa para desechar unas imágenes demasiado precisas.

Solamente la tía Emilie hablaba menos y no se ocupaba nunca de aquello, aunque tenía un gesto compasivo al mirar a Jean, y le rodeaba de pequeñas deferencias.

—Esta noche te he preparado una nata con limón.

Era excesiva la insistencia. Hacían que la atmósfera de la casa resultase sofocante. Cuando él salía en su moto, le suplicaban:

—¡Ten mucho cuidado, Jean!

¡Y cuando volvía le preguntaban si no se había resfriado! Como para, a veces, creer que el enfermo era él, o que una catástrofe que Jean era el único que no preveía estuviera suspendida sobre su cabeza.

—Reconozco —murmuraba la tía Hortense, deteniéndose ante el mar— que ella es bastante valiente. Apostaría yo a que no te confiesa nunca lo que sufre...

—¿Pero sufre tanto?

—Con toda seguridad, mi pobre Jean. No ha sido nunca fuerte... Sus órganos...

¡Otra palabra que le hacía rechinar los dientes! ¡Por favor! ¡Que le evitasen aquellos detalles!

—... no se han desarrollado nunca normalmente...

¿Era para hacerle comprender que él no tenía nada que ver en la enfermedad de su mujer?

—Oye, tía...

—¿Qué?

—No sé...

—¿Qué has querido decir?

—Nada... O más bien... Sois muy amables, la tía Emilie y tú, pero...

—¿Pero qué?

—¡Nada! Te pido perdón...

Le besó en la frente y añadió:

—¡Volvamos!

Estaba tanto más malhumorado cuanto que le habían amargado un hermoso día. ¡Y esto no era todo! El resto era menos grave, pero le ponía, sin embargo, de mal talante. Los otros, al volver de la trilla, se habrían detenido en el café, promoviendo una animación extraordinaria.

Claro estaba que no podía ir allí, con Marthe enferma. Ni siquiera podía entrar en el local durante el día, al pasar, porque no se hablaban ya con Sarlat. ¡Como no se hablaban ya, el carnicero, que era el íntimo de Justin, no le hablaba tampoco! Y...

Entró, frotó los pies en el felpudo, y fue a la cocina en donde la tía Emilie marcaba unas sábanas con hilo rojo.

—¡Buenas noches, Jean! —dijo ella con tristeza ofreciéndole la frente—. ¿No estás muy cansado?

—¡Pues no!

¿Por qué habría él de estar *muy* cansado?

—Marthe está arriba...

—¡Ya lo sé!

—¿Vas a subir en seguida? ¿No quieres tomar un bocado?

Se quitó él sus botas de suela claveteada, sentóse en su sillón de mimbre, el único de la habitación, que le reservaban como al cabeza de familia. Emilie le trajo sus zapatillas de fieltro y afirmó:

—Estás muy arrebatado.

¡Caray, como siempre que se trabaja en la trilla! Por tan poca cosa, no merecía la pena de mirarle compasivamente.

—¡Buenas noches, tía!

—Buenas noches, Jean.

La misma compasión, el mismo tono convencido de los padres que se besaban el día de la boda.

—No la despiertes.

Subió, empujó la puerta de su alcoba y encontró a Marthe todavía vestida, sentada junto a la ventana, en la oscuridad. Él quería decirle algo cariñoso y pronunció a pesar suyo:

—¿Qué haces ahí?

Ella se turbó, como cogida en falta. Se levantó torpemente.

—Nada...

—¿No te has acostado?

¿Es que él no lo veía?

—Te esperaba.

—¿Y si hubiera vuelto más tarde?

—Sería lo mismo. Duermo más que suficiente.

Cometió el error de encender y se arrepintió de ello en seguida. En la semioscuridad, con sólo un halo que venía de la ventana, el rostro de Marthe era casi parecido al del sueño. Hubiese debido aprovechar aquello. Ahora era demasiado tarde, pues era el rostro cotidiano de su mujer el que iluminaba la lámpara. La besó, sin embargo, y balbució:

—¿Has tenido dolor?

—No.

—¿Nada, nada? —insistió él, receloso.

—¡Apenas! Estoy mucho mejor.

¿Qué contaban entonces las tías? ¿Por qué no eran más francas con él? Cuando sus tías hablaban de Marthe, se hubiese podido creer que la muchacha estaba moribunda y que sufría el martirio. ¡Y les faltaba poco para cuchichear en la casa como en una capilla ardiente!

Pues bien, Marthe estaba en pie, con su vestidillo de tela blanca floreada, un vestido que llevaba cuando era soltera. No tenía ciertamente muchos colores, pero su mirada era vivaz y sonreía.

—¿Has comido bien?

—Muy bien. Esta noche nos habían preparado unas judías con un ganso entero y Jourin nos contaba...

Olvidó en seguida que ella estaba enferma. Se despojó de la camisa y cerró la ventana para quitarse el pantalón y ponerse su camisa de dormir.

—¿No te desnudas?

—¡Sí!... ¿Qué contó Jourin?...

—... ya sabes cómo son sus historias...

Y, de pronto:

—¿Has tenido contestación de tu padre?

Se acostó él con toda naturalidad, y luego añadió:

—Abre la ventana antes de meterte en la cama...

Y después encadenando esta nueva pregunta a la anterior:

—¿Qué te ha dicho?

Aquello estaba relacionado con los incidentes de la boda, un mes antes. En varias ocasiones le habían intrigado ciertas frases de Sarlat y estuvo a punto de ir a que le informasen en la alcaldía.

Finalmente no se atrevió a causa de las tías. Ni tampoco habíase atrevido a preguntarles, y dijo a Marthe:

—Pregúntale a tu padre qué es lo que ha querido insinuar.

Y Marthe se mostraba ahora azorada.

—¿Te importa mucho? —preguntó ella peinándose para dormir.

—No. ¡Me gustaría saberlo simplemente!

—¿Y tú qué crees?

—No sé. Mis tías me han dicho siempre que yo era hijo de su hermano Léon, el que murió en Gabón y de una muchacha de Saintes que también ha muerto...

Lo cual no obstaba para que no se llamase Laclau, sino Jean a secas. No mentía al pretender que aquello no le afectaba demasiado. Sin embargo...

—Pues bien, al parecer, según los papeles de la alcaldía, tú no puedes ser hijo de Léon Laclau, dado que él estaba en Gabón desde hacía tres años cuando naciste...

Estaba él acostado, con los ojos abiertos. Unas mariposas nocturnas chocaban contra la bombilla.

—Entonces, ¿de quién soy hijo?

Se rascó la nariz. Marthe no respondió. Y Jean prosiguió después de un silencio:

—Si no soy hijo de su hermano, ¿por qué me han recogido?

Otro silencio. Con unas horquillas entre los dientes, Marthe, en combinación, alzaba los brazos descubriendo la sombra de las axilas.

—¿Tu padre no te ha dicho nada más?

Ella negó con la cabeza, a causa de las horquillas.

—Que no sea yo hijo de Léon Laclau me tiene sin cuidado. No era un tipo simpático...

Sólo le conocía por sus retratos, que figuraban en el álbum de fotografías, como un personaje legendario. Mientras sus dos hermanas, Emilie y Hortense, eran morenas y sólidas, él era un pelirrojo de ancha cara y ojos claros (alguien había dicho a Jean que Léon Laclau tenía los ojos amarillos) y que no hizo nunca nada bueno en la vida, hasta el punto de que terminó su servicio militar en un batallón disciplinario.

—¿Comprendes? —explicó Jean—. Tengo que ser hijo de alguien.

—¿Qué te puede importar eso?

—¡Evidentemente! Tu padre, ¿sigue estando tan furioso contra mis tías?

—¿Él? Él no está nunca furioso. Finge estarlo por divertirse, pero no se sabe nunca con precisión lo que piensa. ¡Mira! Estoy segura de que te quiere de verdad.

—¡Ja, ja!

—¡No te rías! No te digo esto por darte gusto, ni para ponerte a bien con él. Hay gentes a las que no puede ver, pero con éstas, te aseguro que es de otra manera.

—¿Y a tu madre?

—¿El que, a mi madre?

—¿La quiere también mucho?

—¡No hables así! Es más complicado de lo que tú crees. Las gentes se figuran que la hace desdichada adrede. Mi madre no es desgraciada.

—¿No has terminado con tu pelo?

—¡Voy!

Durante unos segundos entrevió sus senos que no eran bellos; luego sintió su cuerpo flaco contra el suyo, sus pies desnudos sobre sus pantorrillas.

—Ya verás como todo eso se arreglará —murmuró ella.

—¿Todo qué?

—¡Todo! ¡Tus tías y mi padre! ¡Y lo demás! Estas cosas acaban siempre por arreglarse. ¡Vaya! Me olvidé de abrir la ventana...

Estuvo él a punto de levantarse, pero como Marthe iniciaba ya el movimiento la dejó hacer.

—He propuesto a tus tías matar un cabrito para el día que traigáis aquí la trilladora.

—¿Y qué te han contestado?

—Que no valía la pena obsequiar con un cabrito a todos esos holgazanes. En mi casa van a asar un cochinillo.

Esto no le agradó a él, no podría decir por qué.

—Buenas noches, Marthe.

Momentos después, ella preguntó:

—¿En qué piensas?

—No pienso.

Era cierto y no lo era. Él intentaba recordar su sueño, ver de nuevo el rostro irreal de Marthe parecido a las vírgenes de las imágenes religiosas.

Así, pues, desde hacía varias generaciones, el bosque de la Richardière...

En la oscuridad desenrollaba torpemente una especie de madeja que provenía de aquella verdad primera.

El día de la boda le había impresionado ver que las gentes se besaban, se saludaban tuteándose, gentes de cuarenta años o de sesenta que, en algunos casos, no se habían visto desde hacía años y años, o que aun viviendo pared por medio no se encontraban más que con motivo de un entierro...

Así sus tías y Adelaïde, que eran de la misma edad y que debían haber ido juntas al baile, hablar riendo de los muchachos, disputarse al que en aquella época era el más guapo del pueblo, como lo había sido Jean en los últimos tiempos.

No era un descubrimiento, con seguridad, pero él no había pensado nunca en aquello antes. Comprendía solamente que el pueblo que él veía, el pueblo inmóvil, con cada cual en su sitio, había estado ocupado por una juventud inestable y que no se había creado una apariencia de solidez más que a fuerza de amoríos (de contactos íntimos, como decía Jourin) y de bodas, a fuerza de disputas también con toda seguridad, ¡con crisis de desesperación y cóleras!

Por dos veces en unos minutos, cambió él de costado; y Marthe preguntó, porque

ella tampoco dormía:

—¿No te encuentras bien?

—¡Calla! Duermo.

¿Cómo pudo él vivir hasta los veintiocho años sin caer en la cuenta de una verdad tan sencilla: que nada es definitivo, que nada se queda estancado, que nadie puede detenerse un instante, ni sustraerse a la corriente que le arrastra, al río que corre? Un mes antes, Jean era un muchacho que no se preocupaba más del porvenir que del pasado, como si hubiera sido el único habitante en el mundo.

Pensó súbitamente en Léon Laclau, quien, con su pelo rojo y sus ojos amarillos, tenía una cabeza de *clown* y que había muerto en Gabón...

¡Y ahora él no era su hijo!

¿Era acaso hijo de la joven cuyo nombre ignoraba y que había fallecido en Saintes al darle a luz?

No había acabado con el pasado que formaba ya parte del porvenir, puesto que se hallaba acostado en su lecho con su mujer y podía, él también, tener un hijo...

Esto le producía un terror vago. Palabras oídas cuando los hombres hablaban entre ellos adquirirían al fin su verdadero sentido:

—En tiempos del abuelo, poseían tierras hasta Esnandes...

Pues bien, se trataba de personas de cuarenta años cuyos reducidos bienes habían sido vendidos en pública subasta, con los muebles y las herramientas amontonados delante de la puerta...

O sino decían:

—Su hija se ha casado con un profesor de Lhoumeau que se mató en un accidente de moto; y ella vende ahora quesos en el mercado...

¿Es que no era para producir miedo? Aquellas vidas que se ataban y se desataban, y su propia vida que se iba Dios sabía adónde...

¡Y él que había pensado que, porque sus tías eran dueñas de «El Rompeolas», de treinta hectáreas de buena tierra, de dos casas en Marsilly y de unas Obligaciones estaba al abrigo del azar hasta el final de sus días!

—Un día en que había bebido la mató a hachazos...

No eran bulos periodísticos, que ocurren no importa dónde, sino hechos sucedidos en la región, hechos realizados por gentes a quienes veía. ¡El hombre que había matado a su mujer a hachazos tenía ahora sesenta años y trabajaba en la calera!

Y una frase más:

—¿Qué hubiera podido hacer él con una mujer siempre enferma y unos hijos distintos de los otros?

Marthe no dormía, él lo notaba. Quizá comprendía que según decían, Jean tenía fiebre. Porque su piel ardía. Tenía seca la garganta. Le hubiese gustado beber un gran vaso de agua.

De modo que porque una vez la había citado en el bosque de la Richardière...

¿Y ella? ¿No era todavía peor su caso? ¿Se hablaba de operarla! El año anterior,

en las fiestas, ¡Marthe era aún una muchacha que discutía sobre los jóvenes con las otras!

En cuanto a él, sus días estaban regulados como quería, con un tiempo para cada tarea, unos ratos de parada en la cocina, para comer, junto a la ventana; y luego, el camión, el patio de Pequeña Velocidad, la moto, las partidas de billar y sus tías que estaban siempre allí...

—Tienes calor, Jean.

—Tengo sed —murmuró.

Fue ella la que se levantó y fue, descalza, a buscarle un vaso; y permaneció de pie junto a la cama mientras Jean bebía.

Esto le conmovió. Amanecía. Quizá sentíase tan emocionado sobre él como sobre Marthe.

—No vayas a enfriarte, Marthe.

Volvió ella a acostarse y Jean tardó un rato en acercarse a ella, a causa de una especie de pudor. No tenía costumbre. Avanzó un brazo, como por azar. Ella no se movía. Esperaba.

La tía Emilie, que había terminado de marcar las nuevas sábanas, subía a acostarse, y se oía resbalar sus zapatillas sobre el suelo de la alcoba contigua.

Marthe estuvo a punto de decir:

«¿Qué te pasa?».

Afortunadamente no lo dijo. Porque, en el mismo momento, él avanzó un poco más, con los ojos cerrados, para que ocurriese como en su sueño y, restregando su mejilla rasposa de barba contra la de su mujer, murmuró:

—¡Te quiero mucho, Marthe!

Tuvo ella que rechazarle suavemente, minutos después; Jean se había dormido en mala postura y respiraba cada vez con más dificultad.

Por tres veces seguidas, en la misma semana, hubo gresca, o escaramuza, y las tres veces fue para Jean como si unas cosas hasta entonces inanimadas, neutrales o benévolas, se revelasen de repente hostiles. Aquello le hubiera hecho un poco la misma impresión que, en una pesadilla, ver las paredes ponerse en movimiento y cercarle.

Primero el almuerzo el día de la trilladora. Porque, como acabaron de trillar al mediodía, no había ninguna razón para dar de cenar. Aquello incumbía al vecino, a cuyo campo transportaban ya la máquina.

Sirvieron estofado de vaca y conejo. Jean objetó que sería la quinta vez que comería conejo; la tía Emilie respondió que las otras veces no eran asunto suyo y que a quien no le gustase el conejo no tenía más que irse a comer a su casa.

En definitiva, no resultó aquello peor que en los otros sitios. Había de todo a discreción y muchas botellas de vino tinto y blanco sobre la mesa instalada en el patio, a la sombra del camión.

No resultó peor, pero sí diferente. En la Richardière, en el Molino Nuevo, en todas partes, era una parranda general en la cual participaban las mujeres, las muchachas y hasta las abuelas que acudían a escuchar las historias contadas después de beber. Se levantaban de la mesa, cada cual con su plato para ir a sentarse debajo de un árbol, y no se alejaban ni cinco metros si tenían que hacer alguna necesidad, e incluso proseguían la conversación comenzada.

Las tías, por su parte, se mostraban correctas. Habíanse puesto unos delantales a cuadritos azules sobre su vestido negro. De pie junto a la mesa, cerca de la cocina, vigilaban para que no faltase nada, y además servían.

Hasta Marthe que, sin querer, ayudaba a dar aquella impresión de que los hombres de la trilladora eran recibidos por las gentes del castillo, como sucede con ocasión de un aniversario o de un suceso memorable.

Había ella querido trabajar y ayudar lo mejor que podía. Se había puesto un vestido muy lindo, de verano, que, completado por una pamelita de paja de alas anchas, hacía que pareciese una paseante distinguida.

Las tías no dijeron nada. Ni Jean tampoco. Aquello no tenía importancia. Además, sin haber terminado el almuerzo Marthe, en la que un momento antes había notado Jean una viva palpitación de las aletas de su nariz, entró rápidamente en la casa. Poco después, la tía Hortense entró allí a su vez y, finalmente, no tardaron en oír ruido en la alcoba del primero. Era quizá lo acostumbrado, pero Jean creyó percibir durante un segundo un ligero olor a éter.

Miró a Hortense cuando ésta volvió. Hortense le hizo seña de que no era nada. Desde hacía siete días duraba aquella francachela que parecía sempiterna, no era ya necesario mucho vino para dar un giro atrevido a la conversación.

Fue el viejo quien comenzó, aquél que había hecho ya confidencias respecto al

bosque de la Richardière. Contó, en dialecto regional, una historia que Jean desconocía y que era no sólo escabrosa sino sucia, de un mal gusto molesto.

Entonces Hortense, que estaba presente, profirió con aquella calma, aquella frialdad que hacía sus observaciones tan desagradables:

—¿No le da vergüenza, a su edad?

Hubo como una vacilación en tomo a la mesa y el viejo empezó por bajar la cabeza sobre su plato, pero fue para levantarla en seguida, chispeándole los ojos de malicia.

—Oye, hija mía...

No había ninguna turbación en su voz, en su actitud. Afectó cierta condescendencia irónica y resultaba bastante inesperado ver a la tía Hortense, alta y recia como una torre, tratada como una niñita.

—¿... No crees que hay gentes que no tienen más derecho que el de callarse?

Entonces, contra toda previsión, Hortense no se movió, ni tampoco Emilie que escuchaba, con las manos enlazadas sobre el vientre.

Sin embargo, el viejo terminó:

—¡Mira! ¡Mejor harías en servirme una copita!

Momentos antes, un comensal había ya pedido alcohol, y Hortense contestó en tono categórico que no se servía por la mañana y que había bastante vino en la mesa.

Pese a lo cual fue a la casa a buscar una botella blanca y un vasito de vidrio grueso. Sirvió al viejo que dijo oliendo:

—¡A tu salud, hija mía!

A Jean le hizo aquello una impresión extraña. Sentíase humillado por sus tías, por la casa, pues aunque la agarrada no había alcanzado una proporción demasiado seria, Hortense había capitulado por completo, ante aquellas gentes, incluso sobre la cuestión de la copita.

¿Y qué hacía ella, unos minutos más tarde, en su despacho, con aquel viejo? Jean les vio allí, mientras los otros se disponían a marcharse. Era la tía quien hablaba, pero aunque veía moverse sus labios y agitar su cabeza, no podía, a través de los cristales, percibir las palabras.

¿Qué fue lo que él le había dicho?

—¿... *No crees que hay gentes que no tienen más derecho que el de callarse...?*

Por la tarde, Jean repitió la frase cuatro o cinco veces; y cada vez volvió a ver a la tía Hortense que, delante de todos, se batía en retirada.

* * *

Dos días después por la mañana no tenía ya que trabajar con la máquina y, como la temporada de los mejillones no tardaría en llegar a su pleno apogeo, se hallaba en el cobertizo, embreando unas estacas.

Podía realmente creerse en la paz de un oasis, o de un convento: al fondo, el muro

rosado de la casa, con una sola ventana en aquel lado; en el patio un rectángulo de sombra y otro de luz, unas cuantas gallinas a las que dos gallos perseguían sin cesar; la verja abierta a la carretera, sobre el mar desierto...

—¡Jean! ¿Estás ahí? ¡Jean!...

Era la tía Emilie que venía de la otra parte de los edificios, con unas briznas de baja sobre su vestido y en sus cabellos.

—Deberías coger la moto e ir a buscar a Rachin...

Rachin era el veterinario, que vivía en Nieul.

—¿No has telefoneado? —preguntó él.

—Me han dicho que debe estar en la feria de Esnandes y que no volverá hasta la noche. Creo que la vaca se nos va a morir...

No se lavó él siquiera las manos, que olían mucho a brea. Descolgó su chaqueta suspendida de un clavo, se pasó los dedos por el pelo, montó en su máquina, y un estruendo inundó el patio. Serían alrededor de las once y media. Cuando iba a llegar al pueblo, unas explosiones le advirtieron de que no quedaba ya gasolina en el depósito.

Y sólo podía adquirirse en el Café de Correos. Para no detenerse allí, Jean solía surtirse en la villa, o en cualquier sitio de camino, pero aquel día no podía seguir más lejos.

Desde el recodo, vio el surtidor rojo al lado del toldo desteñido que daba sombra a los dos veladores verdes y a las varias sillas de la terraza.

Allí estaba Justin Sarlat, con otros tres o cuatro, ante unos vasos color ópalo. Habían inventado una nueva originalidad: se tocaba, no ya con un sombrero de paja, sino con un salacot colonial caqui que daba a toda la plaza un vago aspecto exótico, tanto más cuanto que una palmera se recortaba sobre la blancura cruda de una fachada.

Jean notaba que le veían llegar, que hacían comentarios sobre él. Paró, sin embargo, su máquina bajo el surtidor, metió la cabeza en la sombra del café y lanzó:

—¡Cinco litros, por favor!

El dueño no estaba. Se veía a su mujer ocupada en la cocina de la que llegaban ruidos de aceite hirviendo y olores.

—¿Quiere usted esperar un momento? Se me va a quemar el guiso...

Unos albañiles con blusas manchadas de yeso comían en una mesa de mármol. Una voz, la de Justin, interpeló a Jean:

—Oiga, mi buen yerno, ¿por qué no aprovecha esta parada para tomar el aperitivo con nosotros?

Jean no necesitó observarles demasiado para comprender que querían burlarse de él. Y justamente por aquel motivo, respondió con calma:

—Con mucho gusto.

No lo esperaban. El carnicero le cedió su sitio y fue a buscar otra silla. Justin preguntó:

—¿Qué va a tomar? ¿Lo mismo que nosotros?

Además del carnicero, hombre de cierta edad, y del herrador, cuyo negro antro se abría enfrente, estaba el nuevo maestro, un joven de veinticuatro o veinticinco años, con largo pelo de artista.

—¡Vete a servirle, tú, carnicero! Antes de que Mélie haya terminado su guisote.

Jean esperaba, sabiendo que no tardarían en atacarle, decidido a no retroceder. Por otra parte, estar sentado allí, a aquella hora, le daba una curiosa impresión de destierro.

Aunque el bar estuviera situado en pleno centro de Marsilly, no por ello dejaba de formar en el pueblo como un enclave, como un mundo aparte. Muchas gentes, incluso viejos, no habían puesto nunca los pies allí, mientras otros lo ocupaban de modo estable, establecían en aquel local su cuartel general.

Estos últimos, desde la terraza en verano, o en invierno desde el interior dominado por una voluminosa estufa, miraban y comentaban con sarcasmos la vida del pueblo.

El dueño del autobús, que él mismo conducía, venía en cada parada a soltar unas palabritas; era un antiguo soldado de infantería colonial que, según aseguraban, había estado en la cárcel.

—¡A su salud, yerno! Hace ya mucho tiempo que no tenía el gusto de verle.

Los otros esperaban, presintiendo que iban a reírse. Jean esperaba también, resuelto a ponerse de parte de los que se riesen.

—¿Cómo están las dos arpías?

Se acercaba la tormenta. Jean alzaba los ojos cargado ya de cólera hacia Sarlat, que estaba un poco chispado y que sonreía con un gesto falsamente bonachón.

—¿Qué ha dicho usted?

—Te he preguntado noticias de las dos arpías. ¿No las has envenenado aún? ¡Pues sí que tienes paciencia, hijo mío!

Acababa de tutearle y las risas comenzaban a relajar las caras mientras la dueña manejaba al fin el surtidor de gasolina.

—¿Supongo que no habrá usted querido referirse a mis tías?

Y Justin replicó con una risotada:

—¡Bueno, llámalas tías si quieres!

¡No resultaba muy fácil aquello! Para pelearse, había que levantarse y dar la vuelta a la mesa. Y atacar además a un hombre sentado, cómodamente instalado, con las piernas cruzadas y un puro en los labios.

—¡Hay quizá injurias, señor Sarlat, que debería ser el último en permitirse proferir!

No estaba acostumbrado a la trifulca. Las aletas de su nariz vibraban. Lo que acababa de decir era una alusión a un hecho que él conocía, por su tía Hortense, desde hacía sólo pocos días. No sólo cierta mañana Justin había estado en la casa para exigir el casamiento con su hija, sino que también, so pretexto de que sus asuntos

iban cada vez peor y que corría el riesgo de acabar en la cárcel, había solicitado un préstamo de cincuenta mil francos.

Y había recalcado lo de *préstamo*. ¡Un dinero, claro es, que no volverían a ver! Y aquel supuesto préstamo, ¡no era ni más ni menos que un chantaje!

—Escucha, Jean...

Estaba tranquilo Justin. Se inclinó para acodarse en la mesa, como un hombre que va a pronunciar palabras memorables. Se quitó el puro de la boca, tomándose un tiempo y miró a los ojos a su interlocutor.

—¡Hay gentes honradas y gentes honradas! ¡Hay granujas y granujas! Y, por último, están las arpías, que son de la raza más vil. Me molesta hablarte así, puesto que mi hija está en su casa, pero ésas a quienes llamas tus tías, son dos famosas arpías. Ya me lo dirás más adelante...

Los otros, era indudable, por la expresión de su cara, que compartían su opinión. No era posible responder. O sino habría que entrar en ciertos detalles que era preferible no vocear en la plaza pública.

Por añadidura, Jean no se sentía tan seguro de su derecho como hubiese creído. Quería, sin embargo, hacer algo. Se levantó e irguiendo toda su estatura, se inclinó por encima de la mesa para aferrar a su suegro de los hombros y sacudirle.

Al hacerlo, tiró una jarra y un vaso. El carnicero le asió el brazo derecho. El maestro le empujó. Hubo un corto bullicio durante el cual Justin tuvo tiempo de levantarse, de acercarse a Jean, al que mantenían a cierta distancia de él.

—Comprenderás, hijito, que ya he peleado bastante durante la guerra y quizá seas más fuerte que yo. Pero puedes repetir a tus tías lo que te he dicho. Y puedes preguntar al carnicero y a los otros si tengo razón...

—¡Son doce francos veinticinco céntimos en total! —Vino muy oportunamente a declarar la dueña.

Era preferible pagar y marcharse. Jean quiso abonar también su aperitivo y lo que se había roto, pero Sarlat se opuso. Cuando montó en su máquina, vio que había algunas mujeres ante sus puertas y unos chiquillos que volvían de la escuela y que se habían detenido para presenciar la escena.

Le zumbaban las sienes. Rodó a toda velocidad, estuvo a punto de patinar en el viraje a la izquierda de la iglesia y entró en Esnandes, cuyas calles estaban llenas de carricoches, sin tomarse la molestia de aminorar la marcha.

Jamás en su vida se había sentido tan humillado. Y no sólo era por no haberse salido con la suya. Tuvo la impresión, sin poder explicárselo, de que no era él quien tenía razón.

—¡Oye! ¿Has visto al veterinario?

—Debe estar en la granja Roulleau.

Se deslizaba entre los puestos donde vendían delantales, herramientas y zuecos.

—¿No está aquí el veterinario?

—Acaba de pasar.

Lo encontró por fin, hizo su encargo, regresó a Marsilly y cruzó la plaza sin volverse, entre el potente zumbido de su máquina.

—Va a venir —anunció a Emilie.

—Parece que tienes calor. ¿No llevabas puesta la gorra?

—No es nada. ¿Está arriba Marthe?

—No he querido que se levantase. Hortense es de mi opinión. Está en el momento de sus jaquecas.

¡Sí! ¡Bueno! ¡Pero, por amor de Dios, que no le dieran todos aquellos detalles! ¿Es que las mujeres no podían guardar sus miserias para ellas?

—¿Adónde vas?

—Vuelvo en seguida.

—No tardaremos en comer.

¡Qué le iba a hacer! Necesitaba andar. Recorrió el dique de los gruesos guijarros recibiendo en los ojos todos los reflejos de sol que le enviaban los millones de facetas del mar.

Seguían complicándole la vida, no sólo la suya, sino la vida tal como él la veía. Así, aquella estúpida disputa en el Café de Correos trastornaba todas sus ideas sobre el pueblo, dando a éste como una cuarta dimensión.

¿Cuántas veces había repetido Sarlat la palabra arpía? ¡Y los otros de acuerdo, como si no fuera posible ninguna duda! ¡Incluso el maestro, que era joven y nuevo en la región!

Jean sabía además que éste odiaba a los propietarios y en general a todos los campesinos. No se lo ocultaba a los niños, a quienes decía todo cuanto pensaba.

El padre de un chiquillo, un concejal dueño de más de cincuenta hectáreas, fue a verle una vez después de la clase, porque había dado un empujón a su hijo.

Durante cinco minutos largos había intentado hablar sin que el maestro levantase los ojos de los cuadernos que corregía.

—Le estoy hablando, ¿entiende usted? —aulló al fin el padre del alumno, que no había sido recibido nunca así.

El otro mostró unos ojos sorprendidos y dando la vuelta a la clase se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¿Quiere usted decirme qué significan estos manejos? ¿Está usted sordo o es usted un insolente?

Entonces, el maestro señaló con la mano su cabeza. El otro no comprendió e instintivamente buscó un espejo para mirarse; pero no lo había en la escuela.

—¡Le prevengo que escribiré a nuestro diputado!

El maestro hizo el mismo signo y por fin el campesino se llevó la mano al cráneo, o más bien a su gorra que tenía allí encasquetada y se la quitó para mirar qué tenía de extraordinaria.

—¡Vamos! —había suspirado el maestro, con alivio—. Me horroriza que entre aquí la gente y que me hablen con la gorra puesta. Y ahora, quiero declarar a usted

sin más dilación que, cuando su hijo vuelva a venir a la escuela con la nariz llena de mocos y las orejas rebosantes de suciedad, le mandaré otra vez a la granja hasta que se decida usted a lavarle...

* * *

¿Por qué pensaba Jean en aquella historia que le habían contado? No se trataba de eso, sino de la palabra que Sarlat repitió:

—... *las dos arpías*...

Aunque tampoco de la palabra, en definitiva, sino de algo más sutil, de una actitud que no era solamente la de Justin, sino la de todo el grupo del Café de Correos.

Jean había percibido en aquellas gentes un desprecio muy especial, que no se explicaba claramente, pero cuyas causas creía, por el momento, adivinar. Verdad era que, cuando intentaba concretarlas, su mente se embrollaba.

Sarlat zurraba a su mujer, la pobre Adelaïde, y todo el mundo estaba de acuerdo en compadecerla. Desde hacía años y años, vivía sólo del dinero de ella. La había arruinado. Y cuando se enteró de lo sucedido entre Jean y su hija, acudió al «Rompeolas» para aprovecharse de ello.

¿Por qué Jean no llegaba a despreciarle? ¿Por qué, hacía un rato, sintió él cierta satisfacción en sentarse en la terraza del café y en contemplar el pueblo desde aquel observatorio?

Como cuando era pequeño y sus tías le decían:

—Prohibido ir a jugar en la calle...

O bien:

—¿No ves que son unos golfillos y que copiarás sus modales?

Le llevaron a clase a La Rochèlle. No había estado nunca en la escuela del pueblo.

¿Quizá por eso le asombraba ver a todos los otros, incluyendo a los viejos, hombres y mujeres, tutearse y evocar cosas que él desconocía?

Jugaba al billar. Era uno de los más diestros. Asistía a los bailes y las muchachas cuchicheaban:

—¡Ahí está Jean!

¡Pero, precisamente, si anunciaban así su presencia, esto se debía a que no era como los demás!

¡Ni siquiera con los mejillones! Los encargados de los viveros de Marsilly efectuaban sus transportes por medio de un camionero de La Rochelle que venía a cargar a diario, mientras que sus tías habían comprado un camión para ellas solas.

Sentíase molesto, desasosegado. Le habían echado del Café de Correos donde no estaba su sitio y ahora iba a volver al «Rompeolas» y oír a la tía Hortense que diría suspirando:

«¡Hoy también ha sufrido ella mucho, mi pobre Jean!».

Todos los días era lo mismo: las tías que le compadecían y rodeaban de atenciones delicadas y Marthe, en su alcoba, echándoselas de valiente, sonreía, ¡jurando que ahora no le dolía tanto y que, para la primavera siguiente, estaría restablecida!

¿Por qué aquel día, al pasar por el despachito que era sobre todo el de la tía Hortense, se detuvo él ante los dos retratos colgados en la pared, con sus marcos ovalados?

Eran unas ampliaciones fotográficas, una de la madre y la otra del padre de sus tías. La del padre debía haber sido hecha sobre un mal retrato, pues estaba desvaída, como borrosa. Una cara larga, demasiado larga, demasiado estrecha, una cara que se hubiera dicho estirada en una materia blanda y mostrado únicamente como señal distintiva un bigote de guías caídas y en lo alto de la frente, un ligero mechón de pelo.

Era Laclau, Victor Laclau, del que Jean sabía vagamente que había muerto a los cuarenta y nueve años de una herida insignificante que se había enconado.

La mujer mostraba el cuello ceñido por un encaje negro, un medallón sobre el pecho, el moño apretado encima de la frente; tenía los pómulos salientes de la tía Hortense, la nariz fruncida y el gesto de mandar a un ejército de criados.

—Parece que no estás bien —observó la tía Emilie cuando él se sentó en su sitio, cerca de la ventana que podría estar abierta durante un mes todavía antes de los primeros fríos.

Las miró a una tras otra, y estuvo a punto de decirles:

«¿Por qué me habéis contado que era yo hijo de Léon?».

Y si no era hijo de Léon, ¿qué hacía en aquella casa?

—Sigue hablando de hacerse operar —anunció Hortense pasándole una fuente de lenguados.

—¿Y qué dice el doctor?

—No dice ni sí ni no. Da a entender que sería peligroso. La hija de Bertrand se hizo operar de apendicitis y falleció ocho días después. ¡Y era una chica fuerte!

Él sentía necesidad de actuar, aunque sólo fuese para disipar su malhumor y apartar todos aquellos retazos de pensamientos que acababan por exasperarle. Apenas terminado el almuerzo, subió a su alcoba.

—Si duerme, no la despiertes.

No respondió y empujando la puerta entrevió un segundo el rostro sombrío de su mujer sobre la almohada; pero ya, un instante después, tuvo ella tiempo de sonreír.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Jean.

Y ella, sin contestar:

—¿Qué has estado haciendo?

—He ido en busca del veterinario...

—¿No te has encontrado a nadie?

Hubiera él podido responder:

«¡Sí, a tu padre!».

Pero era inútil. La compadecía. No era capaz de enternecerse siempre y había momentos en que aquella enfermedad expuesta siempre ante sus ojos le exasperaba; pero se daba cuenta de que debía tener consideración con Marthe.

—¿Vas a quedarte en la cama?

—Tus tías quieren que me quede. Hubiera podido bajar, sentarme a la sombra, en el patio, coser un poco. Aquí, tan sola, me aburro. ¿Qué tienes?

—¿Yo? ¡Nada!

—No es nada alegre tener una mujer enferma, ¿verdad?

—¡No es culpa tuya!

Habían bajado las persianas y no penetraban más que algunos rayos horizontales de sol que quedaban suspendidos en la penumbra. Marthe estaba apoyada en dos almohadas y había unos frascos sobre la mesilla de noche, y un periódico encima de la colcha. Sobre el suelo, bien encerado, las alfombrillas que él había visto siempre y en las paredes los mismos cromos, las mismas acuarelas que desde su infancia...

—¿Qué haces durante todo el día? —preguntó Jean sentándose indolentemente en el borde de la cama.

—Espero... Y luego, cuidarme...

¡Una vez más! Justamente en el momento en que iba él a pensar en otra cosa, en que entreveía quizá la posibilidad de vivir de otra manera, a la vez como en su sueño y como lo había ideado vagamente el día en que estaban trillando en la Richardière...

Porque tenía la sensación cada vez más clara de que allí, en la casa, estaba rodeado por todos lados de elementos hostiles, peligrosos, y en último caso molestos. El pueblo, desde que no tenía para él la nitidez de una tarjeta postal, le producía a la vez miedo y repulsión.

Comenzaba solamente a presentir allí la vida compleja y hacía sólo unas horas que comprendía la posición de los dos grupos principales, el del Café de Correos y el otro, el grupo de aquellos de quienes no se hablaba, a los que apenas se les veía, que vivían detrás de los muros blancos de las casas, detrás de las persianas verdes y que se encontraban únicamente, vestidos de negro, sin una mota de polvo, en los bautizos, las bodas y los entierros.

—¿Es verdad que quieres que te operen?

—El doctor asegura que después estaré completamente curada.

Luego, más bajo, humildemente:

—Salvo que no podré ya tener hijos y que, sin duda, engordaré... No comprendo por qué... ¿Adónde vas?

—Tengo que hacer un encargo.

Montó en su moto, sin decir a sus tías adonde iba. Pasó por delante del Café de Correos; pero a aquella hora no había nadie en la terraza. Llegó de nuevo a Esnandes de donde volvían unas gentes conduciendo bueyes o corderos.

Era la hora de la consulta del doctor Carré; lo sabía y era el que trataba a Marthe,

pues no se habían atrevido a volver a casa del doctor Garat, en La Rochelle; y las tías no quisieron confesar la verdad al médico de Nieul que había sido siempre el médico de la familia.

Jean entró en un cuartito sucio en donde esperaban diez personas, sin hablar, clavados los ojos en el suelo o en la pared cubierta con un papel descolorido.

El doctor Carré, barbudo hasta los ojos, con el pelo de un gris vago, era sucio y brutal. Cuando abrió la puerta de su gabinete para que entrase el cliente siguiente, vio a Jean y frunció las cejas, pero no le dirigió la palabra.

Transcurrió una hora, abriéndose la puerta de vez en cuando; Jean adelantaba un puesto detrás de una niña con la cara cubierta de costras. Y cada vez que le llegaba el turno a un nuevo cliente, la mirada del doctor caía, como casualmente, sobre Jean, una mirada fría, casi maligna.

Cuando entró a su vez en el gabinete donde había una especie de lecho articulado y donde unos algodones sucios se amontonaban dentro de un cubo, el doctor preguntó:

—¿Está usted enfermo?

Jean, azorado, balbució:

—No. No se trata de mí. Quería hacerle a usted algunas preguntas...

Un gesto del médico hacia la sala de espera en donde, un día de feria, los clientes no cesaban de afluir.

—¡Diga usted de prisa!

—Es respecto a mi mujer.

Siempre aquella mirada fría, sin comprensión. Acaso aquel mismo doctor no decía a las gentes:

—Tirá usted ocho días. Lo mejor será que ponga sus asuntos en orden.

Y era él también a quien un viejo encargado de unos viveros suplicaba:

—¿No hay nada que hacer, doctor?

—Poca cosa.

—¿Y poniéndolo precio?

—¿Cuánto quiere usted gastar? ¿Doscientos, trescientos francos? Si se empeña, le haré una receta por valor de trescientos francos de medicamentos...

¡Era como el maestro: les detestaba! Y les despreciaba por añadidura porque les veía en los momentos en que nadie piensa en fanfarronear. Fumaba su pipa desde la mañana a la noche, en su gabinete, en la alcoba de los moribundos, hasta el punto de tener los dientes negros de sarro; y respondía cuando se lo hacían notar:

—¡Es para no notar que apestan!

Esperaba.

—Yo quisiera que me aconsejase usted. Mis tías no quieren oír hablar de una operación.

—¡No es nada raro! —interrumpió el médico.

—¿Por qué?

—Porque eso les costaría alrededor de los diez mil francos con los gastos de clínica. ¡Y aun así! Si hay que volver a empezar después...

—No creo que sea eso lo que ellas temen.

El doctor esperó de nuevo.

—Mi mujer no tiene miedo. Por eso, yo me pregunto...

—¿Y si se lo hubiera usted preguntado antes, sí, antes de entregarse al amor en el bosque con una muchacha que no sentía placer en ello y que no podía ocultar sus muecas de dolor?

—Yo creía...

Se había puesto todo rojo. Era la primera vez que le atacaban así de frente y tenía la impresión de haber recibido una bofetada. Y experimentaba también la sensación de una injusticia. Quería explicarse. Era necesario.

—¡Por supuesto! ¡Siempre cree uno!

—Creí que las primeras veces...

—¿Y cuando la llevó usted a casa de la que fabrica angelitos?

—¡No fui yo!

—¡Fueron las arpías de sus tías!

¡Arpías! ¡Como Sarlat! El médico había proferido la misma palabra casi con el mismo acento.

—Me he casado con ella —protestó Jean con un supremo esfuerzo.

—¡Desde luego! Óigame, tengo ahí enfermos que esperan. ¿Qué es con exactitud lo que ha venido usted a buscar?

Se mostró humilde a su pesar.

—Quisiera saber si es preciso operarla o no...

—Si se la opera, no será ya una mujer. ¿Le es a usted igual eso? ¿No tiene usted empeño decidido en que le dé un heredero? Si no se la opera, necesita constantes cuidados y no cuenta con probabilidades de salir de esto hasta pasados unos años. ¡Elija usted!

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿Quiere usted tal vez que sea yo quien cargue con las responsabilidades de usted? ¿He sido yo quien se aprovechó de ella en el bosque?

Y poniendo de pronto fin a la conversación, con una expresión maliciosa brillándole en los ojos, dijo:

—Son veinte francos.

Jean pagó, salió por la puertecita, como los otros, cruzó el patio y se encontró ante una gran sombrilla bajo la cual un hombre vendía máquinas de afeitar eléctricas.

De modo que desde que el movimiento se iniciaba, la vida se complicaba, para decirlo así, cada minuto más y el pueblo, con sus casas blancas, el cocoricó de sus gallos, sus vacas en el prado y sus almiarés que se doraban en las rastrojeras, ¡se convertía en un mundo espantoso!

El doctor había dicho:

—... *las arpías*...

A diez metros de él, Jean divisó a Jourin que había venido a vender unas reses; y dio un rodeo por temor de que el otro le arrastrase a algún cafetucho que conociese, regentado por una mujer gorda de risa picaresca y de muslos fáciles.

Durante los últimos días hermosos habían reanudado el trabajo con el vivero, los envíos de mejillones, el éxodo diario y tranquilizante, con las carretas, por el lecho del mar que se retiraba. La vida tenía de nuevo un ritmo, el de las mareas, al que obedecía toda la comarca.

Marthe no estaba mejor. Jean no intentaba ya comprender. Tenía ella a veces unos dolores tan intensos que la hacían gritar y que les obligaba a aplicarle pociones calmantes.

Transcurrieron ocho días sin que saliera de su alcoba. Por dos veces Adelaïde vino a verla, con sombrero y guantes para recorrer un trecho de carretera de seiscientos metros sin una casa. Evitó ella entretenerse abajo; en cambio, no había mostrado ninguna hostilidad. Llamó a la puerta, a la verdadera, la del corredor, lo cual no ocurría dos veces al año. Y con su inalterable compunción:

—Buenos días, Hortense... Buenos días, Emilie... Os molesto, ¿verdad?... ¿Puedo subir?

La primera vez permaneció allí arriba una media hora, sin hacer nada indudablemente, sin hablar, pues se hubiera oído desde abajo un murmullo de voces semejante al vuelo de un moscardón.

—Buenas noches, Hortense... Buenas noches, Emilie... ¿Permiten ustedes que vuelva uno de estos días? He pensado que podría traerle los libros que le dieron como premio en la escuela...

Hortense respondió:

—Si quiere leer, hay montones en el granero.

Cuando Adelaïde volvió, tres días después, Jean estaba en el patio, hurgando en su moto. En el momento de marcharse, se detuvo ella junto a su yerno, pareciendo más retrato de museo que nunca en el sol poniente que la formaba una aureola. Y le dijo con una voz imposible de olvidar:

—¡Vigílala bien, Jean! Es una pobre niña...

A él le irritaron aquellas palabras turbadoras que no podía apartar de su mente y que, sin embargo, no bastaban para arreglarlo todo. La víspera había él ido a una casa de mujerzuelas a La Rochelle, como protesta contra un sentimiento que no sabía definir con exactitud.

Y ahora que acababan de almorzar, en lugar de dormir la siesta, repintaba un poco su barca. ¿Era quizá el último día caluroso del año? El sol caía abrasador, más coloreado que en el mes de agosto, el cielo era de un azul más fijo; en cambio, el mar, aun estando en calma, revelaba un trabajo sordo al acercarse el equinoccio, y a pesar de la falta de olas se percibía un rumor misterioso.

Los barcos del pueblo estaban en tierra, sobre los gruesos guijarros del dique en pendiente. Eran barcas de fondo plano, la mayoría verdes, menos una que habían pintado de un azul tan brillante que se convertía en el centro del paisaje.

«El Rompeolas», con sus muros rosados y sus ventanas abiertas, se alzaba a veinte metros y, finalmente, cosa excepcional, una mujer estaba tumbada sobre los guijarros, una parisiense casada con un mozo de la región que era chófer de taxi y que estaba allí de vacaciones con sus hijos.

Ella, en maillot de baño, había puesto a su lado un bolso que contenía lo preciso para bordar y la merienda. Los dos chiquillos jugaban a lanzar piedras al agua y ella levantaba a veces la cabeza para gritar:

—¡Francisco!... Cuidado con tu hermanito...

Jean frunció las cejas al ver a una muchacha que entraba en el patio del «Rompeolas»; y después, dejó de pintar para cerciorarse de que no se marchaba todavía.

Era Babette, una joven de veintiocho años que cosía en casa de la señorita Gléré, de quien no era ya discípula sino más bien socia. Un labio leporino la afeaba, contribuía a darle ya el aspecto de una solterona. Sin embargo, dos años antes, Jean había sentido tal deseo de ella, durante ocho días, que pasaba y volvía a pasar por delante de las ventanas de la señorita Gléré, y que en el baile de San-Xandre sólo había bailado con Babette.

Eran sus nalgas las que le excitaban de repente, no sabía por qué. Recordaba todavía la piel sudosa que su mano encontró bajo las gruesas lanas con que se vestía Babette todo el año.

No había ido más lejos. Le dio una cita y tuvo buen cuidado de no acudir a ella. Lo cual carecía de importancia; no era la única muchacha del lugar que él había conturbado.

Lo que se preguntaba era por qué había venido a ver a Marthe. ¿O era ésta quien la había llamado? En cuyo caso, no podía ser más que por mediación de Adelaïde... ¿O bien alguien había confiado un encargo a Babette?

Hacía más de un cuarto de hora que había ésta desaparecido en el interior de la casa cuando entró él a su vez, miró a su alrededor con aquel gesto que adoptaba cuando no le agradaba un detalle, aun sin querer decirlo.

—¿Está arriba Babette? —preguntó a la tía Emilie que restregaba las cacerolas con estropajo—. ¿A qué ha venido?

Recordaba los grupos de muchachas, sus risas, sus comentarios sobre los jóvenes y sus confidencias. Sacó la cabeza por el hueco de la escalera y escuchó el murmullo de una conversación que transcurría con la regularidad de un manantial.

Entonces subió a paso de lobo, pasó sin ruido por delante de la puerta, entró en la alcoba contigua, la antigua trastera que habían arreglado para proporcionar un segundo cuarto al matrimonio y que estaba reservada a Marthe ¡para sus curas!

Flotaba allí el mismo olor insípido que por la mañana en la alcoba, un olor insulso y un poco agrio a la vez, que le hacía el efecto de un elemento hostil.

La puerta entre las dos habitaciones estaba entornada. Babette decía:

—¿No tienes miedo?

Y por el sonido de su voz, por la voz de Marthe cuando respondió, por el ritmo de la conversación, se adivinaba que las dos mujeres se hallaban sentadas ante la ventana abierta, ocupadas en alguna costura, teniendo a veces una hebra o una aguja entre los labios, con unos instantes de atención a una puntada difícil. ¡Aquello era tan cierto que, por la rendija, Jean entrevió sobre la mesa el bolso de algodón con flores en el cual había traído Babette su labor!

—¡Puesto que me anestesiarán! —replicaba Marthe—. No comprendo que la gente tenga tanto miedo a una operación. Según parece, no se siente nada. ¡Se despierta una y se acabó!

—¿Y si no se despierta?

Debería marcharse, o manifestar su presencia. Pero no resistió al deseo de saber lo que Marthe podía contar cuando él no estaba allí, cómo podía ser ella.

Era ya curioso que no tuviera en absoluto la misma voz. Con él era más floja, más reservada, como para dar una impresión de debilidad y de sumisión.

Con Babette era diferente. Marthe no era realmente alegre, pero tampoco era triste, ni preocupada. Contaba su pequeña historia como hubiera contado en otro tiempo sus aventuras de muchacha.

—Comprenderás que si no hago que me operen, tengo para años cuidándome y quedándome metida aquí, pues Jean no puede servir de enfermero y no somos lo bastante ricos para pagar a uno. Si me operan, se acabará todo en seguida...

—¿Y es cierto que ya no serás como las demás?

—No podré ya tener hijos.

—¿Y te es igual?

—No los quería después de todo.

—¿Y Jean?

—Apostaría a que no ha pensado nunca en eso. Ya sabes cómo es. Con tal de tener lo que desea...

Ni siquiera sonrió ante las artimañas utilizadas por Babette, aquella solterona, para saber ciertas cosas sin parecer que hablaba de ellas.

—¡Justamente! ¿Y podrá tener todavía lo que desea?

—No lo sé. ¡En el fondo es tan poca cosa! ¡Y está muy lejos de lo que se imagina! En todo caso, por mi parte, quiero privarme de ello toda mi vida. Y es más, prefiero, si es preciso, que vaya él de vez en cuando a estar con unas mujerzuelas...

Él no había oído nunca aquella voz, no había sospechado nunca que existía aquella Marthe tranquila y reflexiva que se expresaba con una cruda sencillez.

Hubo un silencio bastante largo. Cayó un objeto al suelo. Marthe dijo:

—¿Quieres darme el dedal? Me expongo a que me duela, al bajarme...

Desde su sitio en la ventana, debían ver el mar y una parte de las barcas, y también, sin duda, a los dos niños que jugaban cerca de su madre medio desnuda.

—¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí!... Una vez restablecida de la operación, intentaré conseguir de Jean que nos vayamos de esta casa...

—¿Tú crees que sus tías le darán el dinero?

—No lo necesitamos tan inmediatamente. Él trabajará. Por mi parte, yo preferiría un piso pequeño en La Rochelle o en Rochefort. En cuanto a Jean, es lo bastante instruido para encontrar un puesto en una oficina. Llegará forzosamente el momento en que heredaremos a sus tías y entonces, si él se empeña, podemos volver a instalarnos aquí.

La voz reflexiva de Babette replicó:

—¡En el fondo a ti te ha gustado siempre la ciudad! ¿Te acuerdas? Decías que no te casarías nunca con un campesino...

No hubo respuesta. Un nuevo silencio. Pasaba una carreta que llevaba estacas hasta el borde del agua. Se oían chillidos de gaviotas.

Cada una seguía su pensamiento. Jean miraba el suelo, con las manos colgantes, y quizá iba a marcharse cuando se reanudó el murmullo.

—¿Has vuelto a ver a Lucien? —preguntó muy suavemente Marthe.

Jean se estremeció. Se trataba de Lucien Vexin, el de La Rochelle, de quien hablaban algunos como de su antiguo amante.

—Espera que me acuerde... ¿Cuándo fue la última vez?... No estaba en las fiestas de Esnandes... ¡Ah, sí! El mes pasado cuando fuimos al «Familia» con Germaine...

—¿Te habló?

—Vino en el entreacto y nos convidó a cerveza.

Babette removía sus recuerdos como cabos de lana en los cuales se busca el tono que haga juego.

—Hablamos de la película... ¡Espera!... Me preguntó si era cierto...

—¿El qué?

—Que tú le habías hecho marcharse.

Babette no se atrevía a pronunciar ciertas palabras y empleaba púdicamente perífrasis.

—¿Qué le contestaste?

—Que habías estado enferma, aunque yo no sabía lo que habías tenido.

Un silencio, de nuevo.

Y la voz muy baja, inquieta de Marthe:

—¡Babette!

—¿Qué?

—¿No has oído nada?

Jean prefirió abrir la puerta, entrar en la alcoba, con toda su talla, toda su anchura, todo su peso. Como Babette hizo ademán de levantarse, él le dijo:

—Puedes seguir.

—¿Estabas ahí? —preguntó Marthe.

—Sí, desde hace un momento. Estaba harto de pintar la canoa.

Por la ventana divisó a la mujer en maillot de baño que había dejado resbalar uno

de los tirantes para tostarse el hombro.

—Es muy amable en ti venir a saludar a Marthe.

—No tiene nada de particular. Coser aquí o coser en casa de la señorita Gléré.

—Le he pedido que venga de vez en cuando a hacerme compañía por la tarde.

—¡Ah, sí! Tú se lo has pedido...

Y a Babette:

—¿Le has traído noticias de Lucien? ¿Está bien? ¿Echa de menos a su antigua querida?

No fue premeditado. Hubiera él deseado, por el contrario, representar el papel brillante, mostrarse tranquilo, irónico, lo cual hubiera sido todavía más amenazador. Pero la cólera estallaba a pesar suyo.

—¿No vendrá él a verla uno de estos días?

—¡Jean!

—Verdad es que cuando tengamos un pequeño piso en La Rochelle...

—¡Jean!

Salió bruscamente, dando un portazo y bajó la escalera pisando con fuerza.

—¿Qué pasa? —le preguntó la tía Emilie, quieta en la paz soleada de la cocina.

—¿Qué va a pasar?

—¿Habéis disputado?

—¿Por qué íbamos a disputar?

Afuera, puso su moto en marcha para ir a calmarse en cualquier sitio. No era una cólera pura. Había en ella de todo, humillación, tristeza, sí, una verdadera tristeza, esa que se llama pena, y también desconcierto, incluso angustia.

Los otros estaban allí, los del Café de Correos, los que no dudaban jamás de ellos y que, instalados ante su velador como en el Olimpo, presenciaban riéndose vivir el pueblo.

Justin Sarlat había adoptado una nueva actitud. Cuando veía acercarse la moto, se levantaba y saludaba ceremoniosamente a Jean al pasar.

Jean no los miró, dejó atrás en seguida Esnandes, y se lanzó por la marisma de un horizonte tan amplio que él abarcaba de un solo vistazo hasta ocho campanarios de iglesias.

Tranquilamente, sin la menor vacilación, Marthe había decidido:

—Haré que me operen. Así, ya no tendremos necesidad de nadie. Iremos a vivir a La Rochelle o a Rochefort, en un piso pequeño, y Jean buscará una colocación en alguna oficina...

Porque una vez pasada su primera rabia, era en aquello en lo que pensaba, mucho más que en Lucien.

¡Marthe disponía de él, arreglaba el porvenir a su gusto! Y Adelaïde tenía el descaro de lloriquear:

—¡Vigílala bien, Jean! Es una pobre niña...

¿De verdad una pobre niña? Una pobre niña que confesaba a aquella solterona

sudorosa de Babette:

—¡Es tan poca cosa, en el fondo!

¡Y la enorgullecía grandemente despreciar «aquello»!

—... No me importa suprimir eso toda mi vida... Y prefiero, si es necesario, que vaya él de vez en cuando a buscar mujerzuelas...

¡Justamente estuvo allí la víspera!

Lo más singular era que a cada momento sentía que su rencor iba a derretirse. Y entonces se preguntaba si no era más fácil así. ¿Por qué? Era un arreglo como otro cualquiera, aunque adoptado al margen de él.

¡Pero no! ¡No! ¡Y no! Prefería dar la vuelta, y a pleno gas entrar en el patio, dejar caer su máquina contra el muro.

—¿Se ha marchado?

—¿Quién? ¿Babette? Acaba de salir. Me extraña que no te la hayas encontrado.

Subió los peldaños de cuatro en cuatro, se precipitó en la alcoba, y preguntó sin tomar aliento:

—¡Contéstame! ¡Dime la verdad! ¿Era tu amante?

—¡Jean!

—¡Nada de Jean! ¿Lo era, sí o no?

—Cómo puedes preguntarme eso cuando tú has tenido la prueba...

—¿Te ha besado?

Bajó ella la cabeza y acabó por suspirar:

—¿Tiene eso importancia?

—¿Te ha acariciado? ¡Responde! Quiero saberlo todo...

Y ella, sincera:

—Hasta cierto punto.

—¿Te producía placer eso?

—¡No! Pero ya sabes lo que sucede...

—¡Como conmigo! —rió él, sarcástico.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque de ti he estado siempre enamorada. Ya cuando tenía catorce años, te acechaba detrás de los visillos.

Él le dirigió una mirada extraña, en la que había una nueva sospecha.

—¿Es eso cierto?

—Pregúntales a todas mis amigas, ¡mira, a Babette! ¡Ella te lo dirá!

—¿Pensabas ya vivir en La Rochelle?

Buscó ella su pañuelo, como quien va a llorar. Tenía puesto el peinador rosa que se había comprado para su boda, con entredoses de encaje.

—Hoy quieres mostrarte como un hombre malo —se quejó ella.

¿Malo él? ¡Se contenía! Había momentos, por el contrario, en que se consideraba la víctima más lamentable.

¿Qué había hecho? Lo que hace todo el mundo, poseer una muchacha, en el bosque, una noche. ¡Y tuvo que quedar encinta! Y tuvieron las tías que llevarla a casa de aquella maldita partera, y luego que le obligasen a casarse con Marthe a pesar de todo...

¿A casarse con quién? ¡Con una mujer enferma! ¡Una mujer que se arrastraba desde su cama a su sillón y que sólo hablaba de cuidarse!

¡Era una mujer tranquila! ¡Estaba contenta! ¡Tenía el hombre que había elegido! ¡Y se las arreglaría para que Jean hiciera lo que ella había decidido! Y, por lo demás, le permitiría ir de vez en cuando a estar con las mujerzuelas...

—¿Qué piensas, Jean? ¿Te he hecho sufrir?

—¿Tú?... ¡Nada de eso! ¡Me divierto, por el contrario!... ¿No ves que esto me divierte, que soy el hombre más feliz de la tierra?...

—¿Es culpa mía?

—¡No! ¡Cien veces no! Sé que la culpa es mía, que soy yo quien te poseyó como una bestia y quien... ¡Y todo, todo lo demás! ¡Hasta el punto de que merecería yo la cárcel! ¿Es esto lo que querías decir?

¡Tenía realmente la impresión de ser una víctima! Era él quien hubiese querido llorar. Era él al que debían compadecer. Pero era de ella de quien decían:

—¡Es una pobre niña!

Sentía la garganta como hinchada y tenía ganas de sollozar; y un momento después, viéndola que gesticulaba ella también, quizá con la esperanza de calmarle, la compadecía, estaba a punto de hallar de nuevo aquella emoción del sueño, aquel calor indefinible, aquella especie de piedad inmensa, dulce, que había estado a punto de captar tantas veces, pero que se disipaba en seguida.

—Escucha, Marthe. No merece la pena de que riñamos...

¿Para qué? Si ella era una pobre niña, ¡él era un pobre chiquillo! No porque midiera más de un metro ochenta podía...

—Creo que estoy un poco nervioso estos últimos tiempos...

—¿Por mi causa?

—¡No, en absoluto!

¡Aunque sí, por el contrario! ¿Por qué formular aquella pregunta? Era una vida envidiable el volver a su casa para encontrarse a sus tías que le decían cuchicheantes:

—*¡Mi pobre Jean!... ¡No está mejor!... Ha sufrido de nuevo toda la tarde y ha habido que darle doble poción...*

¡No era ya «El Rompeolas»! ¡Ni era tampoco su casa!

Había intentado persuadirse de que amaba a Marthe ¡y ni siquiera podía acostumbrarse al olor de la alcoba desde que ella estaba allí!

Le daba compasión, y esto era todo, con su pobre rostro descompuesto, sus ojos con un cerco oscuro, su boca que ya no se tomaba el trabajo de pintar; y sus hombros flacos, sus pelos negros en las axilas y los dedos de los pies largos, montados unos sobre otros...

No era solamente la casa lo que había cambiado: ¡era la vida total! Era el pueblo que él no lograba ver como antes, las gentes a quienes miraba con otros ojos, descubriendo sin cesar nuevas especies, nuevos pequeños mundos tan ajenos a él los unos como los otros.

¡Ella lloraba ahora! ¡Con ligeras sacudidas que hacían saltar sus senos blandos!

¿No podía ella comprender que no era así como debía proceder?

Sólo conseguía desesperarle. ¡Y una vez desesperado, se volvía furioso contra ella!

—Detestas a mis tías, ¿verdad?

Ella tuvo una mirada sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo he notado muy bien, hace un rato, cuando hablabas a Babette.

—Son ellas las que me detestan. Delante de ti, fingen quererme. Deberías, sin embargo, saberlo.

—¿Por qué?

—¡Porque eres el hombre! ¡Porque no me perdonan el que haya venido a adueñarme de ti!

¿Qué era aquella nueva insinuación? ¿Que él era el hombre para sus tías?

—Vamos a ver, ¿qué estás diciendo?

—¿No lo comprendes? Han sido siempre dos a tu alrededor y ahora hay una tercera que... ¡Fíjate! Ante la idea de que duermo en tu alcoba, en tu cama, estoy segura de que...

—Estás loca, ¿no?

Iba a volver a enfurecerse, y sin embargo percibía confusamente que el equivocado era él.

—¿Que mis tías están celosas porque duermo con mi mujer? ¡Tienes unas ideas chocantes, te lo aseguro! No sé si será tu madre quien te las ha metido en la cabeza o si ha sido Justin...

Su cólera era como un río que no ha encontrado aún su cauce definitivo y que lo busca por todos lados, repartiéndose en veinte brazos, dispersándose en arroyos.

Jean se lanzaba sobre una idea y casi en seguida veía que no le llevaba a ninguna parte, cambiaba de dirección, con una furia acrecida.

—¿Por qué te has casado conmigo, si no te gusta hacer conmigo de marido?

—¿Tú crees que no se puede amar a un hombre por su cabeza?

Algo se movió en la escalera: una de las tías que estaba escuchando, sin duda. ¡Qué más daba!

—¿Y si me negase a ir a vivir a La Rochelle? ¿Y si tuviese una querida?

—¡Eres malo, Jean!

¡Pues sí! ¡Tenía ella razón! Se comportaba como un bruto, porque no podía hacer otra cosa. El enternecimiento no estaba lejos. Habría bastado con una pequeñez, pero ¿cuál? Él lo intentaba. La contemplaba diciéndose que estaba enferma, que era culpa

de él, que, hasta en el bosque, cuando no eran más que dos enamorados, él le hacía daño y le tenía sin cuidado...

Tal vez lo que le enrabiaba más, era aquella historia del piso en La Rochelle...

¡Precisamente porque comprendía que era una solución posible! Aquí, lo que les ahogaba, lo que les enfrentaba sin cesar, era aquella casa en la que Marthe no tenía su puesto, las tías que fingían quererla, el pueblo, Sarlat emboscado en el Café de Correos, el maestro con su pelo largo y su mirada segura y despreciativa, y hasta el doctor Carré, deliberadamente cruel...

Pero suponiendo que todo aquello no existiera, que estuviesen los dos, sólo ellos dos, en un nuevo decorado, entre seres nuevos... ¿Es que la emoción de su sueño no renacería poco a poco? ¿Es que no acabarían por acurrucarse uno contra otro, enternecidos?

—¿Qué te hace creer que podría yo trabajar en una oficina?

—No sé. He pensado...

¿Por qué, diantre, pensaba todo el mundo cosas respecto a él, por qué todo el mundo se permitía arreglar su vida?

¡Y para empezar, sus tías! No recordaba que le hubiesen pedido su opinión. ¡Incluso cuando Marthe estaba encinta! Le habían hecho venir sin decirle nada. Fue Hortense quien le habló, afirmándole que Jean no se casaría con ella y la que había propuesto aquel innoble viaje a La Rochelle, aquella visita a la señora Berthollat, y luego al doctor Garat...

Después, cuando surgió Sarlat, amenazador, fueron de nuevo sus tías...

¡Y ahora, Marthe decidía a su vez!

Abrió bruscamente la puerta, seguro de que había alguien detrás. Era la tía Emilie, que no se tomó siquiera el trabajo de parecer azorada.

—¿Por qué gritas tan fuerte? —le preguntó con un tono de reproche.

—¡Por nada! Discutíamos.

—Marthe necesita tranquilidad. Mejor sería que la dejases. Además, es la hora de su cura y Hortense va a subir.

Flotaba él de nuevo, sin encontrar nada a que aferrarse.

—¿Vienes, Jean?

—Voy.

Emilie esperaba, no quería darle tiempo a que se empeñase de nuevo en una idea.

—Empieza a preparar lo necesario, Marthe —le dijo.

Hortense subió en cuanto Jean y Emilie estuvieron en la cocina.

La tía Emilie profirió en seguida, con su voz siempre igual:

—No debías haber gritado así. Quién sabe si las gentes han oído algo.

No tenía ella miedo de la mirada de Jean que se volvía solapada, ni de la manera rabiosa con que se movía por la habitación. Sabía que él no se atrevería a enfurecerse con ella.

—Tengo que decirte una cosa, Jean: para todos seremos siempre nosotros los que

tenemos la culpa. Por lo tanto, no debes tomar esa actitud.

—¿Tomar aquella actitud? Él se estremeció. No comprendía. La palabra le hacía un efecto raro, un efecto casi físico.

—Estás nervioso, hace días. Se comprende, liemos hablado de ello con Hortense.

—¡Y ellas habían tomado una decisión, seguramente! ¡Ellas también! ¡Ellas una vez más! ¡Por él! ¡En su lugar!

La tía Emilie no levantaba la voz, ponía en orden un armario, como para dar más ligereza a sus palabras, entrecortándolas con gestos familiares.

—Ya sabes que los asuntos no se arreglan muy bien con nuestros clientes de Argel. Montreux, de Esnandes, nos ha quitado una parte de los pedidos. Según parece, ha logrado vender más barato que nosotros. Hortense es de mi opinión y tú podrás recuperar eso.

—¿Recuperar el qué?

—El negocio de Argel. Te bastarán unos días.

Murmuró él con una voz apagada, soñadora:

—¿Queréis que vaya a Argel?

De pronto, se estremeció, sin motivo. Se levantó, porque se había sentado, acodado sobre la mesa. Cogió su gorra y se dirigió hacia el patio.

—¿Adónde vas, Jean?

—Vuelvo en seguida.

Necesitaba calmarse, a todo precio. El sol comenzaba a declinar. En la playa, la parisiense, siempre sentada, se dedicaba a una extraña gimnasia para despojarse de su maillot de baño y vestirse sin enseñar nada.

Él se alzó de hombros, fue a recoger el bote de pintura que había dejado junto a la canoa, metió la brocha y luego dio unos pasos por la huerta, sin saber dónde colocarse, ni cómo arreglárselas para no pensar en tantas cosas a la vez.

—Las dos ar...

—¡Sí, sí! ¡Las dos arpías! Era la palabra que volvía a su mente mientras miraba, hacia el lado de las dependencias, la casa rosada en donde se oía ir y venir a la tía Emilie en la cocina mientras Hortense, arriba, con su cara rígida y lívida, *curaba* a Marthe.

—¡Vigíla bien, Jean! Es una pobre niña...

Las dos arpías... Una pobre niña... Las dos ar... Una po...

Alelado, miraba fijamente una gallina blanca que había venido a empollar en el hueco de un peral y que le espiaba con su ojo redondo.

—¿Cuándo te marchas, Jean?

Ella lo decía con segunda intención, era evidente, puesto que él no le había hablado nunca de aquel viaje; sin embargo, Marthe estaba al corriente. La prueba es que ella hablaba con un tono demasiado natural, como si no se tratase más que de un incidente cotidiano. Pero Jean no se engañaba. Sentía horror de aquella manera de preguntar y se contentó con replicar:

—¿Quién te lo ha contado?

—Emilie.

Marthe no decía nunca tía Emilie ni tía Hortense.

—¿Cuándo?

—Ayer.

Volvía él de los viveros, empapado y lleno de barro, porque llovía a cántaros. A causa de un cambio en el horario de los trenes no había un momento que perder y todo el mundo, en el patio, se dedicaba a la selección de los mejillones, a su embalaje. Jean había comido un bocado, de pie, en la cocina.

Ahora, mientras se cambiaba de ropa, el motor del camión estaba en marcha, ya, bajo la ventana.

—¿Sabrás que si te marchas, no seguiré aquí durante tu ausencia?...

Él no tenía tiempo y le dirigió sin responder una mirada rápida pero descontenta.

—Lo aprovecharé para ingresar en la clínica y que me operen.

Jean se puso su chaqueta de cuero forrada de lana de borrego, y buscó sus manoplas.

—¿Qué te parece, Jean?

—Hablaemos de esto en otro momento.

* * *

No era más que un caso. Rebuscando un poco se hubieran encontrado varios por día: palabras, preguntas, actitudes, choques rara vez graves en ellos mismos, pero que venían implacablemente a añadirse al resto; y no siempre se trataba de Marthe, sino también de las tías, o de Adelaïde, hasta de gentes completamente ajenas al asunto.

La salvación provisional era el horario, el gesto por hacer, la tarea que esperaba y que no permitía que se eternizase una discusión, o complacerse mucho tiempo en tal o cual estado de ánimo.

Los vientos del Sudoeste se habían adueñado del cielo y del mar, manchando al primero de informes masas grises, el mar de crestas blancas sobre un fondo que, frente a Marsilly, no era verdoso como en el horizonte, sino de un tono oscuro de légamo.

Se volvían a encontrar por la mañana en los viveros y los criaderos de ostras, con linternas y los rostros morados del frío. Regresaban con la espalda encorvada bajo un trozo de toldo, porque los chubasqueros ya no bastaban.

Hortense caminaba al lado de Jean, con botas altas de caucho como él, abultada de ropa y lanzando ante ella una nubecilla de aliento.

—Me he informado respecto a los barcos de pasajeros. La travesía es menos larga por Port-Vendres.

Él no decía nada. Casi siempre llegaba el momento en que la carreta corría el riesgo de atascarse; o bien un cesto de mejillones amenazaba con perder el equilibrio.

Por su parte, él no pronunció nunca la palabra Argel que, para Jean, no era el simple nombre de una ciudad, sino que tomaba un sentido casi místico.

—*Cuando estés en Argel...*

—*Cuando vuelvas de Argel...*

Se detenía cada vez. Bajo aquel viaje a Argel adivinaba un montón de cosas reptantes que no quería ver, en las cuales no quería pensar.

La vida le ayudaba a ello, transcurriendo hora tras hora, minuto tras minuto, en una casa en donde el empleo del tiempo era tan minucioso como en un convento.

En una ocasión, había pensado que «El Rompeolas», con las dos tías y con él, se asemejaba bastante a una casa del cura en la que él fuese el cura, sus tías las sirvientas, ¡o más bien una, Hortense, por ejemplo, la sirvienta, y Emilie la madre del cura!

Fue en verano cuando pensó en ello, un día en que el aire estaba especialmente tranquilo y sonoro. Había él notado que, en toda la mañana, apenas se había percibido un movimiento en la casa.

Y, sin embargo, el trabajo se realizaba. Cada cual estaba en su puesto en el momento preciso en que debía estarlo. Los gestos se encadenaban a los gestos con una armonía tan maravillosa que no se adivinaba ni el esfuerzo, ni siquiera la organización.

No había visto aquello en ninguna parte. Ni aquella regularidad en todo, aquel orden —tan meticuloso que procedía del orden eterno— aunque sólo fuese por el sitio de un papel secante o de un cacharro de leche. Hasta los olores estaban en su sitio: el despacho de la tía Hortense que olía a tinta violeta, y, sin embargo, le parecía que, en otras casas, ¡la tinta violeta no tenía olor!, la trascocina, donde estaba la desnatadora, que olía a agrio, pero no demasiado, las alcobas en donde, a causa de la proximidad de los frutales, flotaban vaharadas de manzanas con los olores del heno que les servía de lecho...

—¡Jean! —decía la tía Emilie cuando él menos se lo esperaba—. Deberías ir al sastre. Tu traje azul no está ya muy flamante.

—No me lo pongo nunca.

Sin embargo, no discutía, porque Emilie no hacía más que pasar, con un cántaro de leche en la mano.

Así los sucesos no se desarrollaban más que por pequeños retazos que, tomados por separado, hubieran podido parecer anodinos. ¡Sólo Jean no dejaba pasar uno! Los registraba, amargado y receloso, sobre todo receloso, con un recelo que empezaba a tomar un tinte de maldad.

—¿Adónde vas? —Había él preguntado con dureza a la tía Hortense, aquel día, al encontrarla instalada en el asiento del camión que un toldo protegía malamente de la borrasca.

—Tengo que hacer en La Rochelle.

El toldo que restallaba impedía hablar. Al entrar en la villa, le preguntó:

—¿Dónde quieres que te deje?

—En ninguna parte. Iré primero contigo hasta la estación.

Y luego, una vez expedidos los mejillones:

—¿Y si lo aprovechásemos para pasar por el sastre?

Resultaba allí siniestro, entre los grabados horribles, las lanas oscuras, los alfileres y los jaboncillos.

—Ya que estamos aquí, podría usted, señor Godet, hacerle un traje gris con trabilla.

Y a los diez minutos largos:

—¿Y si te encargases un gabán de viaje?

¿Se figuraba Hortense que él no comprendía?

Si no decía nada, es que no había tomado todavía su decisión, aunque no estaba del todo seguro de que iba a dejarse manejar.

En tales ocasiones, le daban casi deseos de decir como los otros:

—¡Arpías!

No había pensado nunca, hasta entonces, en observar a sus tías. Para él, que las había visto siempre, eran ellas como estatuas. Empezaba tan sólo a comprender. Aquel orden de la casa, por ejemplo... Un propietario vecino, que poseía aproximadamente las mismas tierras y los mismos viveros, ¡empleaba tres hombres a cuatrocientos mensuales y apenas podía arreglárselas!

Pues bien, las tías, que no contrataban más que a Pellerin, no estaban nunca desaseadas, ni sudorosas, ni jadeantes ¡y Emilie tenía todavía tiempo, al menos una vez a la semana, de hacer algo de repostería!

Ellas no se violentaban. Ni le violentaban a él. Un día que entró en el despacho a buscar un sello, Hortense empujó suavemente una carta hacia él. Reconoció la firma del señor Misraki, su principal cliente de Argel.

«... espero, pues, a su sobrino que será bienvenido en nuestra casa, convencido de que su estancia en Argel será de lo más provechoso para sus negocios y para los míos...».

Miró a Hortense y comprobó:

—¡Le habías escrito!

Quizá porque ella estaba embebida en un montón de facturas, no inició una larga

discusión sobre aquello.

Algo se preparaba, sin duda, y eran sus tías las que lo preparaban lenta y minuciosamente, con infinitas precauciones para no asustarle o enojarle.

Marthe no se dejaba engañar y, cuando él volvía, le lanzaba una mirada siempre semejante, inquieta, interrogadora, como si ella hubiera esperado la noticia de un momento a otro.

Pero ¿qué noticia? ¿Y por qué aquel viaje a Argel adquiriría unas proporciones tan pavorosas?

Llovía, a diario, desde la mañana a la noche. Era la temporada, con viento, que ponía oblicua la lluvia y el cielo en perpetuo movimiento. Habían encendido las luces, recogido los animales, y la tía Emilie iba a ordeñar, por la mañana, con un farol que amarilleaba los cristales del establo.

Hasta después del almuerzo no marchaba Jean a La Rochelle con el camión. Como la tía Hortense iba a la villa dos o tres veces por semana, él la miraba siempre, en el momento de partir, y ella le hacía una seña negativa o bien subía a buscar su abrigo negro y su sombrero.

Entonces, ¿por qué aquel día?...

En La Rochelle, los campesinos llegados en el autocar frecuentaban casi todos un café tranquilo y no muy alegre, cerca de la estación de los autobuses.

Había otros cafés, cada uno para una categoría de clientes. Por ejemplo, el café de la plaza de la Armería, del que era asiduo Sarlat y que correspondía en La Rochelle a lo que era el Café de Correos en Marsilly.

Las tías no ponían jamás los pies en un café y, si tenían prisa para algo que precisaban, preferían hacer una pequeña compra en la primera tienda que encontrasen al paso.

Entonces ¿por qué?

Jean había sentido un choque al divisar, de pronto, a través de los cristales empañados de aquel café para gentes modestas «que llevan su comida», cerca del mercado cubierto, a su tía Hortense sentada ante una mesa con Justin Sarlat.

Ella no aprovechó el camión y había tomado el autobús. Era, sin duda posible, una cita.

¿Fue ella quien había avisado a Justin? ¿Era él quien le había transmitido un mensaje? ¿Y por quién?

No habló de ello aquella noche. No se le presentó ocasión de hacerlo. Además, no entraba en las costumbres de la casa precipitar las cosas.

Se contuvo impaciente, y se acostó a las ocho y media, a causa del trabajo en el vivero. Sólo al volver del mar, con la tía Hortense, preguntó de repente:

—¿Qué quería Justin?

—¿Por qué?

—¿Qué te preguntó ayer?

—¿Nos viste?

Y casi llegaron a la entrada de la casa.

—¿Otra vez dinero?

—¡No, no! No te preocupes.

Jean no insistió, pero arriba, en su alcoba, lanzó a Marthe:

—Tu padre ha vuelto a pedir dinero a mis tías.

—¿Estás seguro de eso?

Siempre el mismo ritmo, los mismos vacíos, los mismos gestos familiares durante los cuales se podía pensar sin parecer que se pensaba.

—¿Y se lo han dado?

Él se encogió de hombros y fue a buscar debajo del armario de tachuelas, sus botas.

Finalmente, en el momento en que iba a salir, Marthe suspiró:

—Debe haber líos entre ellos. Tendré que hablar a mi madre.

Pasaban los días. Jean tenía la certeza de que aquello no podía ya durar así, que la casa no podía permanecer en un equilibrio inestable. Cada cual debía notarlo como él y, sin embargo, no se producía nada más que sucesos insignificantes, siempre desagradables, que aumentaban la sensación de desasosiego y de incertidumbre.

Así, por ejemplo, cuando regresaba, la tía Hortense estaba en la cocina, a una hora en que no debía estar allí, y en cambio no vio a Emilie.

—¿Dónde está? —se extrañó.

Ella señaló el techo.

—¿Con Marthe?

—Tu mujer no quiere ya que sea yo quien le haga la cura. Al parecer, soy demasiado brusca.

—¿Habéis disputado?

—¡Ni siquiera! Hace un rato vino Adelaïde. Quizá sea ella la que...

—¿Cómo ella?

—Adelaïde no me quiere mucho. Desconfía de todo el mundo. La han sacudido tanto que mira a la gente de soslayo.

Hortense no le preguntó:

«¿Cuándo te marchas?».

Pero la pregunta flotaba allí, entre ellos, en toda la casa. Los dos trajes y el gabán habían sido entregados y Jean, acompañado de Hortense, se compró unos zapatos.

Ya no se veía, al pasar, a Justin con sus camaradas del Café de Correos, porque estaban dentro, pero se adivinaba a veces una cara irónica detrás de la puerta acristalada.

—Parece que ha tomado Kraut a su servicio...

Jean no comprendía el interés de aquel detalle, pero, desde el momento que sus tías hablaban de ello, es que el hecho tenía su alcance.

—¿Cómo está, Emilie?

—Ni mejor ni peor. Yo creo que si ella quisiera reaccionar, podría moverse como

cualquiera.

La casa estaba demasiado caldeada. Desde la cocina algo se tramaba sobre las vidas.

Y de hora en hora, de día en día, las palabras se encadenaban, los ojos se buscaban.

—¿Has hablado a tu madre?

—¿A propósito de qué? ¡Ah, sí! En lo del dinero no está al corriente. Sabe únicamente que mi padre le ha pedido de nuevo que firmase en papel timbrado, pero no le ha dicho nunca para qué. Le he hablado de otra cosa.

La miró, con la frente fruncida.

—¿Recuerdas lo que dijimos respecto a Léon Laclau? ¿Te molesta que te hable de eso?

—¿Por qué?

—Si te molesta no tienes más que decirlo. No quiero sobre todo que me acuses después de meterme en lo que no me importa.

Sus relaciones no habían cambiado mucho. Se hablaban sin acritud, pero sin ternura, como unos seres que están destinados a vivir juntos.

Sin embargo, a veces, tanto de un lado como del otro, había una vacilación, una mirada que significaba quizá una llamada y que parecía decir:

«¿Y si a pesar de todo probáramos?».

Para Jean aquello quería decir:

«¿Si probáramos como en un sueño?».

Pero él tenía la impresión, en tales casos, de que Marthe comprendía:

«¿Nos marchamos los dos? ¿Nos liberamos de las dos arpías?».

Y ello le hacía mostrarse más frío aún.

* * *

—No hay deshonra, ¿verdad? Yo me preguntaba por qué te habían recogido, desde el momento en que no eras el hijo de su hermano. Ya sé que hay personas que adoptan niños, aunque sean de un asilo, pero esto no se hace generalmente más que a cierta edad, cuando existe la seguridad de no tener una familia...

Estaba sombrío. Las palabras sonaban desagradablemente, hacían levantarse en él como una niebla.

—¿Quieres que me calle?

—Continúa, puesto que has comenzado.

—¿Estás enfadado?

—¡Habla! ¿Lo oyes? ¡Habla! ¡Dime lo que sepas!

Ella lo lamentaba, pero era ya demasiado tarde.

—Es que no sé nada en concreto. Creí que mi madre debía estar al corriente, dado que tiene aproximadamente la edad de tus tías y que han sido amigas. ¿Me escuchas,

Jean?

Había él apoyado su frente en el cristal y contemplaba la lluvia. Se contentó con hacer un signo para dar a entender que escuchaba.

—Es mucho más misterioso de lo que tú crees. Hasta el punto de que me pregunto si mi madre no ha exagerado, lo cual no es en ella habitual. Al parecer, la madre de tus tías era más fuerte y resistente que un hombre. Cuando murió, de una rotura de aneurisma, cuando trabajaba en el vivero, fueron tus tías las que rigieron la casa y no su padre...

Aquello le interesaba, pero al mismo tiempo sentía rencor hacia Marthe. La evocaba, en aquella alcoba, con Adelaïde, junto a la chimenea, charlando sin cesar acerca de los Laclau, con aquellos suspiros que Adelaïde sabía lanzar.

—Según parece, en esta casa, han sido siempre las mujeres las que han mandado. Esto se remonta a tiempos lejanos.

—Continúa, por favor.

—Esto es casi todo. Estaban tus tías y su padre. Se cuenta que el padre era un antiguo criado que se casó con la dueña...

Él se volvió y miró con dureza a su mujer.

—Te pido perdón —balbució ella—. Creí comprender que estas cuestiones te molestaban. ¡Si supieras que a mí todo eso me resulta indiferente!

—Estabas refiriéndote a mis dos tías y a su padre...

—Sí. No se les ha conocido nunca un novio. Trabajaban tanto como ahora, como si fuesen hombres. Son ellas las que han comprado de nuevo la pomarada y la tierra que está al norte de la carretera. Un buen día, salieron de viaje, dejando solo al padre. No dijeron a nadie adonde iban. El viejo juró que lo ignoraba, lo cual era muy posible, dada la poca importancia que tenía él en la casa...

¡Jean casi la compadecía! Recitaba su historia con desgana, ansiosa de terminar; y se imaginaba que él le tenía rencor cuando lo que estaba era a cien leguas de su pobre persona.

—Fue mi padre el que se encontró un día a Hortense, en Saintes, adonde él había ido a tratar de un asunto. No habló de nada de esto. Cuando ellas regresaron, las hizo rabiar con la cuestión, aunque él no lo sabía todo aún. Sólo dos años después trajeron a vivir con ellas a un niño pretendiendo que era el hijo de su hermano Léon. ¿Te entristece esto, Jean?

—¡No!

Y con una sonrisa perversa:

—¿Por qué crees que esto me entristece? ¿Y no hay más? ¿Son muchos en la comarca los que conocen esta bonita historia? Supongo que tu padre se habrá complacido en contársela a sus camaradas del Café de Correos...

—¡Jean! Te juro...

—¡Quizá tengas razón! Guardando su secreto para él solo, saca provecho de ello.

—¡Jean! Te lo suplico...

Estaba él tranquilo. Pero su cabeza y su corazón estaban henchidos de lo que había escuchado. Se hallaba casi ante la puerta cuando se volvió para preguntar a pesar suyo:

—¿Cuál es?

Y se mostraba tan despreciativo con respecto a Marthe que ella estalló en sollozos.

—¡No te vayas! ¡Jean! ¡No he querido apenarte! Yo no sé nada más. Nadie sabe más. Mi madre cree que es Emilie. Y yo también. No me mires así. ¡Si supieras lo nerviosa que me pone esta casa! Voy a confesarte una cosa. No te enfades. ¡Júrame que no te enfadarás! Cuando te marchas, pues... tengo miedo... ¿No comprendes?...

Fue a tocarle la cabeza, con un gesto protector, en señal de apaciguamiento.

—Cálmate.

—¿Y tú?

—¿Cómo yo?

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué haré?

—¿Irás a Argel?

—No lo sé aún.

Lo sabía menos que nunca. O mejor dicho...

Bajó pesadamente la escalera encerada que formaba un recodo y que una puerta hacía comunicar con la cocina. Ahora, Emilie estaba en su sitio; él se sentó en un rincón, sobre una silla de paja.

No era su sitio. No era su hora. Ella se sorprendió:

—¿Qué haces?

—Nada.

¡Miraba y nada más!

—¿Cómo se encuentra Marthe?

—Siempre igual.

Emilie era realmente la más mujer de las dos, la más delgada, la más fina, la que tenía mayor soltura de movimientos.

—Tía Emilie...

—¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Adónde vas?

No iba a ninguna parte. Vagaba. No pensaba, mirando fijamente los objetos sin verlos.

* * *

—¡Oiga! ¿El señor Marchandean? Aquí, la señorita Hortense... Si la de «El Rompeolas»... ¿Tendría usted la amabilidad de enviarme dos hierros de doce, y de

tres metros cincuenta de largo...? Sí...

Estaba ella en el despacho, como todos los días a aquella hora. En cuanto a él, para seguir el horario, tendría que haber ido a cualquier sitio a jugar su partida de billar.

—¡Emilie! —llamó Hortense a través del tabique—. ¿Está aquí todavía Jean?

—Sí.

—¿Quieres mandármelo?

Y la otra tía gritó:

—¡Jean!... ¡Jean!...

... Sin saber que él estaba a dos metros de la puerta de la cocina.

Hortense se sorprendió.

—¿Qué tienes?

—¿Yo? ¡Nada!

—Pues parece que estás malo.

—Quizá no he digerido el pato del mediodía. ¿Me llamabas?

—Es por si acaso fueras a La Rochelle en moto. Quisiera que dijese al vendedor de cereales...

¡Nuevos encargos! Como el padre de las dos tías debía hacerlos en la época en que...

Jean miraba precisamente su retrato, su frente estrecha, sus bigotes caídos.

Prefería no contemplar el otro retrato, el de su abuela, que se parecía demasiado a Hortense.

—Oye, tía...

—Te escucho... Un momento... ¡Oiga!... Sí... Anule la llamada a Luçon... Ya no la necesito... Gracias, señorita...

Y con otra voz:

—Te escucho, Jean.

Lo cual no le impedía seguir removiendo papeles.

—¿Qué hay?

En aquel preciso momento tuvo él la clara sensación de que iba a hacer lo que no debía. ¡Pero tanto peor! El impulso estaba tomado.

—Cuando estabais en Saintes, tía Emilie y tú...

Vio ante él un rostro de yeso, como si la fotografía de la abuela hubiese bajado de su marco. No podía continuar, no encontraba ya nada que decir. Y Hortense, que no abría la boca, le miraba fijamente con sus ojos grises.

Salió, montó en su moto, pasó sobre unos charcos, hablando solo, en varias ocasiones, entre el estruendo del motor.

Cuando regresó, más tarde que de costumbre, deliberadamente, encontró la mesa puesta. Emilie, en cuanto él entró, colocó la sopera en el centro. Y Hortense se sentó en su sitio.

—¿Has ido a La Rochelle?

—Sí.

—¿Diste mi recado al de los cereales?

—Sí.

No era cierto. No había ido ni a La Rochelle ni a la tienda del vendedor de cereales; había rodado y sólo se detuvo muy lejos, en un pueblo que no conocía, para sentarse junto a la estufa de un mesón y beber una botella entera de vino blanco.

Le relucían los ojos. Los de la tía Emilie estaban rojos, como si hubiera llorado. En cuanto a la tía Hortense, él juraría que se había dado polvos.

—¿Y Marthe?

—Ya la he curado —dijo la tía Emilie—. Como tuvo un ataque de nervios, ha tomado su somnífero. Debe estar durmiendo.

Él se estremeció. Era involuntario. Imaginó de pronto a Marthe, que no tenía dos adarmes de salud, que no podía siquiera bajar la escalera sin ayuda de alguien, la imaginaba, sola, tan flaca, y blanda, en su cama, atontada por una droga, mientras que la tía Emilie y la tía Hortense...

—¿No comes?

—No tengo hambre.

—Hay que comer de todas maneras.

Era una antigua frase de la casa, que le repetían desde el tiempo en que era muy pequeño.

—¿Adónde vas?

—Subo a la alcoba.

Abajo, la luz estaba encendida. En la alcoba no había más que una lamparilla porque, cuando Marthe se despertaba sobresaltada, especialmente en medio de una pesadilla, sentía unos terrores enfermizos.

Jean no tenía sueño: sólo dolor de cabeza. Su mujer dormía, con la boca entreabierta y la frente brillante.

Cogió una silla y se sentó a la cabecera de la cama; se quitó sus zapatos empapados y permaneció así, en calcetines, mirando hacia delante.

¡Hubiese querido realmente, pero no era posible! ¡No la conocía! Por mucho que intentó recordar el bosque de la Richardière, aquello le producía una impresión más bien desagradable.

Marthe respiraba como los niños. Su labio superior parecía hincharse a cada aspiración y entre el pelo ralo de las sienes se veía la piel lívida.

No se oía ningún ruido abajo en la cocina que era la misma desde hacía cuarenta años o más, mucho antes de estar él, quizá antes de sus tías...

Le parecía ver a Babette con su labio leporino, su ropa interior y su carne de solterona, unos cabos de hilo o de lana, oír de nuevo unas voces perezosas:

—... un piso en La Rochelle... un puesto en una oficina... un día u otro, la herencia...

Y de pronto los ojos, ante él, estaban abiertos, unos ojos más extraños que todo el

resto, que le miraban fijamente, a él también como a un extraño, y la prueba era que comenzaban por tener miedo.

—¿Qué haces ahí?

—Nada.

—¿Por qué no te acuestas?

—Sí, ahora.

—¿Hace mucho que has vuelto?

Atontada todavía por la droga, ella articulaba con dificultad. Su boca había dejado en la almohada una huella húmeda.

—¿No vienes?

—¡Sí, ya voy!

¿Quizá no estaba ella bien despierta? Al volverse, con torpeza, arrastraba las mantas con su cuerpo. Suspiró.

—Eres malo...

Para poner realmente sus pensamientos en orden, Jean hubiera necesitado un papel, un lápiz, como para hacer un cálculo. Pero aquello no tenía importancia. Poco representaba el camino tortuoso por el cual llegaba a ello: ¡lo que contaba, era que llegaba a alguna parte!

Llegaba, de pie en su alcoba, en camisa y pantalón, con las manos sobre la hebilla del cinturón que iba a soltar, prometiéndose:

—... *¡la última vez!*

Porque necesitaba decirse que era la última vez para tener el valor de meterse en aquel lecho, junto a un cuerpo extraño, ya cálido, ya sudoso, junto a un ser que no tenía nada de común con él, que estaba tan lejos como Adelaïde, por ejemplo, o que Justin y su pandilla.

—... tus pies...

Ella protestaba porque Jean tenía los pies helados. No se atrevía a tirar de la colcha hacia él. Pensaba:

«Argel...».

¿Qué podían decirse las de abajo? No se decidían a subir y hablaban tan quedamente —¡si es que hablaban!— que aquello no producía el habitual zumbido de mosca.

Y Marthe, ¿en qué pensaba, en su sueño, para murmurar:

—¿Sigues siempre enfadado?

¿Por qué *siempre*? ¿Por qué *enfadado*?

—... una pobre niña...

¡No! ¡No era posible esperar! Se levantó.

—¿Adónde vas?

—Duérmete.

—¿No digieres bien?

Se ponía el pantalón, la chaqueta, abría la puerta, veía luz por el quicio de abajo.

Las dos mujeres estaban sentadas, cada una en un extremo de la mesa; entró él y profirió, con la boca seca:

—Será preferible que vaya en moto a Burdeos, para tomar el rápido...

Las dos ar...

Tenía que actuar de prisa mientras le quedaba un ligero impulso.

—¿A qué hora sale el barco?

La tía Hortense se levantó, sin prisa, sin alegría aparente.

—Tengo el horario en el despacho.

La tía Emilie se levantó también, dio dos pasos hacia la estufa en donde quedaba un poco de lumbre.

—Deberías beber una taza de vino bien caliente. Estás muy pálido.

Los ruidos familiares de las puertas abriéndose y cerrándose, de las zapatillas sobre el suelo encerado, de la tapa convexa del buró.

Y finalmente, con los pasos, el arrugamiento de un papel.

—El Djebella sale mañana a las cinco de la tarde. Si logras tomar en Burdeos el rápido de las siete de la mañana...

No ponía ella en sus palabras ninguna vehemencia. Ni Emilie tampoco.

—Podrás rodar bien. Hay luna.

—No corras demasiado, de todas maneras.

Aquella noche, Marthe no se despertó cuando Jean, con los ojos cerrados y conteniendo la respiración, le rozó la frente con sus labios.

Había un flujo y un reflujo a merced de los cuales Marsilly se acercaba o se alejaba. Resultaba de lejos, minúsculo como una maqueta, con sus casas blancas suspendidas en el espacio, cuando aparecía más claro, resaltando sus detalles, unos detalles que Jean no recordaba siempre haber observado allí mismo o cuyo sentido no había percibido nunca anteriormente.

En aquellos momentos —era generalmente cuando había tomado varios aperitivos y vagaba de noche, esperando volver a su alcoba del hotel— tenía la impresión de comprenderlo todo, de ser capaz de desarmar y de montar de nuevo el mecanismo de aquel pueblo-juguete que había considerado no hacía mucho como un espantapájaros.

Hubiera podido, con la punta de su lápiz, señalar tal casa cuyas ventanas no se abrían nunca, una casa triste, al final de una calle que no llevaba a ninguna parte, y explicar como un profesor:

—He aquí por qué esa casa es triste, y por qué cuando era yo pequeño me daba miedo. No había pensado en esto, pero ahora comprendo. El hombre que vive en ella...

Y un instante después ya no era capaz de explicar nada porque en vez de ver a lo lejos el pueblo-maqueta, un recuerdo, una imagen se adhería a él, en tamaño natural, borrosa pero obsesionante.

El señor Misraki, el comprador de Argel, habíase presentado en tromba, no bien llegó el barco; y de buenas a primeras había impuesto a Jean su ritmo de vida, que era enloquecedor en su apresuramiento.

—No se ocupe de su equipaje. Enviaré a recogerlo. ¿No está muy cansado? Vamos primero a casa. Después, le enseñaré su hotel. Hubiera podido alojarle en mi casa, pero he pensado que usted preferiría tener más libertad...

¡Y ya una sonrisa de complicidad! Una sonrisa buena. Nada jocosa.

El señor Misraki era gordo, rollizo, bien afeitado, con un bigotito castaño y brillante, un pelo que olía bien, unas manos carnosas y unos pies pequeños calzados con unos zapatos muy finos que relucían al sol.

Se recostaba complacido en su hermoso coche que conducía un chófer indígena. Salían de la ciudad. Seguían unas avenidas nuevas por unos barrios nuevos también; y era otro mundo el que comenzaba, una gran villa moderna, con muebles modernos, paredes claras, espejos de luna, criados de blanco deslumbrante y una nurse que trajo al salón cinco niños, todos gruesos, todos de pelo negro, todos con grandes ojos color avellana.

Luego, una señora Misraki tan gruesa ella sola como toda la familia junta, blanda, de movimientos lentos, con el cuerpo envuelto en un mantón español.

—Voy a llevarle a su hotel. Naturalmente, estoy a su completa disposición. Cuando necesite usted mi coche, no tiene más que telefonar. Éste es mi número y el de mi oficina...

No era el estilo Sarlat, ni el de Jourin; aquello no recordaba nada que Jean conociese ya.

—En cuanto a mujeres, le aconsejo que desconfíe. Esta noche le presentaré a unas guapas chicas con las que no hay peligro. No se deje usted engañar. Ni dé nunca más de...

Dijo una cifra, una cifra que Jean no se hubiera nunca atrevido a ofrecer a unas mujeres con medias de seda que frecuentaban los bares americanos.

El flujo... El reflujo... Misraki le citaba, le acompañaba, se disculpaba por dejarle en el coche mientras él iba a visitar a algún alto personaje, le presentaba a personas, en su círculo...

Durante dos horas, se podía no pensar en nada, vivir en calles anchas, soleadas, tomar aperitivos, visitar los barrios indígenas o pasearse por el puerto.

En aquellos momentos, Jean sentíase lúcido. Sabía perfectamente que sus tías lo habían hecho deliberadamente, con una paciencia asombrosa, sin olvidar ningún detalle, como los dos trajes nuevos, el gabán de viaje y los zapatos. En el momento de partir ¡había encontrado incluso unas maletas que habían ellas comprado sin decirle nada!

¡Eran unas arpías! Costase lo que costase, llegaban hasta donde querían y gentes como Sarlat eran unos niños comparadas con ellas.

¡Jean lo comprendía todo! ¡Comprendía demasiado! Pero era en el momento del flujo y aquello estaba tan lejano, era tan pequeño que carecía de importancia, que podía él pensar en aquellas cosas sin emoción.

¿Era realmente Emilie, como Marthe y Adelaïde lo suponían?

Sabía a qué hacía alusión, pero ni en su mente él no precisaba nunca. ¿Emilie u Hortense?

¡Pues bien, no! ¡A su juicio era más bien Hortense! Y si se inclinaba hacia ella, no era tan sólo porque ella tenía un pecho abultado, lo cual, para él, era inseparable de la noción de la maternidad.

Hortense, sí...

¡Y lo habían guardado muy bien, para ellas dos! No era una casa como las otras. Él ya lo había notado; la comparó con la casa de un cura. Ahora, evocaba más bien un convento de mujeres.

¿Es que en los conventos no hay también un hombre, sólo uno, limosnero o capellán, al que todas vigilan celosamente, rodeándole de pequeñas atenciones?

¡Dos arpías! ¡Hábiles! ¡Malignas! Capaces de...

¿Le habían pedido alguna vez su opinión sobre una cuestión o sobre otra, hasta cuando se trataba solamente de él? ¡Nada en absoluto! ¡Ellas no discutían! No decían:

«Vamos a hacer esto...».

¡No! ¡Le situaban, sin parecerlo, ante el hecho consumado, como con las maletas! El reflujo...

No convenía que él estuviera mucho tiempo solo, ni que bebiese. Ahora bien,

como debía detenerse sin cesar en unos cafés, puesto que él no tenía otra cosa que hacer, bebía. Cuando había bebido, solía quedarse triste y miraba a las mujeres.

Ahora, por ejemplo, tenía una en su habitación, una mujer bella y cuidada, como no la había tenido nunca, que se desnudaba fumando un cigarrillo.

—¿Tú no te desnudas?

No se trataba ya de un Marsilly lejano, de un Marsilly en maqueta, sino una imagen muy cercana, de Marthe que estaba allí, desnudándose también, torpe, con gestos que le quitaban su poco de poesía.

Y él decía, para él más que para la mujer anónima:

—¡Si supieras lo que ocurre quizá en este momento!

—¿Qué ocurre?

Estaba borracho. Pues en otro caso no hubiese añadido mirando fijamente el cuerpo blanco de aquella mujer:

—¡Estoy enviudando!

A la mañana siguiente lo recordó, en ayunas, cuando se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Se quedó espantado. No se atrevió apenas a mirarse en el espejo.

Y desde entonces se sintió incapaz de no pensar en aquello. ¡Además, lo sabía! ¡Lo había sabido siempre! ¡Sin lo cual no hubiesen concedido tanta importancia a aquel viaje a Argel!

Por un lado Marthe que tenía miedo y Adelaïde que decía a Jean:

—¡Vigílala bien! Es una pobre niña...

Y por el otro las tías que organizaban silenciosamente aquel breve viaje, sin desanimarse.

Ahora, Marthe estaba sola con ellas en la casa.

¡Era fatal! Emilie y Hortense no podían aceptar aquella intrusa, ni siquiera por Jean, puesto que Marthe era incapaz de hacerle feliz, puesto que su sola presencia reducía a la nada un orden establecido con paciencia durante años y años!

¿Había que hacerse limpiar los zapatos en la esquina de la calle, por el chiquillo que era tan chusco, comprar periódicos, cigarrillos, encontrar algo interesante que hacer, telefonear quizá a Misraki para pedirle el coche?

Tenía también que pasar por la lista de correos. Había allí una carta, con la letra inalterable de Hortense.

«... borrasca que ha durado tres días y ha arrancado más de cincuenta estacas. Pero los Douchin han perdido más que nosotros. Aparte de esto, no hay grandes novedades, sino que la pobre Marthe ha ingresado al fin en la clínica del doctor Verdinet. No creo que éste se comprometa a operarla en el estado que se encuentra.

»En cuanto a ti, es preferible que aproveches el mayor tiempo posible del buen tiempo que hace ahí. He escrito al señor Misraki para decirle que ponga dinero a tu disposición si lo necesitas, a

cuenta. Podrías quizá dar una vuelta hasta Túnez.

»Emilie y yo te abrazamos y...».

Tenía a veces que correr materialmente persiguiendo su emoción que se disipaba en las calles de tranvías ruidosos.

¿No resultaba curioso que Marthe hubiese logrado ingresar en la clínica, como deseaba hacía tanto tiempo? Quizá era más bien aterrador, porque si las dos arpías se habían decidido a ello...

En algunos instantes aquellas dos arpías le hacían sonreír. Jugaba con aquella palabra, le daba unos sentidos matizados que llegaban hasta el enternecimiento.

Le parecía verlas, en su casa, borrando hasta las últimas huellas de la otra, restableciendo el ambiente, adensándolo conscientemente y repitiendo diez veces al día:

—Cuando regrese Jean...

Se detenía de pronto en la acera pensando:

«¿Y si fuese Emilie?».

Luego, sin querer, permanecía horas enteras lejos de Marsilly, aspirando una vida nueva, mirándolo todo sin ver nada en especial, hartándose de impresiones y de pintoresquismo.

Jamás había imaginado un estruendo tal, una orgía semejante de movimientos y de colores, de vidas embrolladas o entrechocadas. Admiraba a Misraki sonriente, con un cigarrillo de boquilla dorada en los labios, jugueteando con todo aquello, recostándose sobre el mullido respaldo de su coche, entrando en su bonita villa, en sus oficinas, en su círculo.

—¿Qué va usted a hacer por la tarde? ¿Quiere usted que le lleve al Lido?

Aquel día, Jean almorzaba en casa de Misraki. No pensaba en nada concreto. Aceptó ir al Lido con su anfitrión. Los platos se sucedían. Nada hacía prever un suceso cualquiera.

Y, sin embargo, de repente, cuando servían los postres, él empezó a retorcer su servilleta mirando emocionado el mantel. Luego alzó los ojos hacia Misraki y a éste le extrañó la cara trastornada que descubrió.

—¿No se siente bien?

—¡Tengo que volver! —dijo.

—¿Al hotel?

—¡A mi casa! ¡A Marsilly!

Se pasaba la mano por el pelo. Miró a su alrededor con una especie de pavor, e intentó sonreír para disculparse.

—Hay un barco, ¿verdad? Le aseguro que debo regresar.

—Hay un barco esta noche, pero no muy bueno.

—Es igual.

—¿Está usted seguro de que su partida es necesaria?

¡No era una partida! Era una huida, era...

No recobró por decirlo así el aliento. Se estremecía. Apenas desembarcó en Marsella, se precipitó hacia la estación. Por un momento quiso telefonear, pero no se atrevió.

Sus compañeros, en el tren, evitaron hablarle, pues tenía una cara de catástrofe; y una mujer cambió de departamento al observar que él hacía muecas sin cesar.

Tenía su moto en Burdeos. Montó en ella y rodó lo más de prisa que pudo, cruzó La Rochelle hacia las cinco de la tarde y tomó automáticamente la carretera de Marsilly.

No vio nada, ni las revueltas ni el pueblo. Lanzado, llegó a «El Rompeolas», dejó su máquina afuera y empujó la puerta de la cocina, con las pupilas dilatadas como las de los sonámbulos.

La tía Emilie profirió un grito, no pronunció su nombre sino que llamó:

—¡Hortense!

Jean miraba a su alrededor, buscaba algo, alguien, abría la puerta de la escalera, subía los peldaños de cuatro en cuatro y contemplaba un largo rato su alcoba vacía.

Bajó de nuevo más despacio, siempre rígido, encontró a las dos mujeres en la habitación, miró a Hortense que volvió la cabeza, y preguntó:

—¿Dónde está Marthe?

Y Hortense asintió con la cabeza, empezando a llorar.

—¿Cuándo?

—Cálmate, Jean. No sirve de nada que te pongas frenético. La enterraron anteayer...

¡Lo sabía! ¡Estaba seguro! Representaba una comedia y, sin embargo, era sincero, apretando los puños y los dientes, mirando todas las cosas con ojos feroces.

Había que hacer algo. Buscaba. Asió sobre la lumbre la olla y la arrojó con toda su fuerza contra la ventana; se volvió, seguía buscando, rompió una silla de un golpe contra la pared.

Entonces se tiró al suelo, espumeante, con un estertor, gritando:

—¡La hemos matado!... ¡Matado, sí!... Una pobre niña que...

Su corpachón yacía allí, atravesado en la cocina, con la cabeza al pie de la estufa; y Emilie temió que se hiriese.

Daba puñetazos en el suelo, temblaba con todos sus miembros, llamaba:

—¡Marthe!...

No cesaba de verse sufrir, de excitar su sufrimiento. De un modo deliberado pensaba en el cementerio, en la pequeña tumba, en las paletadas de tierra que caían sobre el ataúd.

Y exclamaba hipando:

—¡Yo sabía muy bien que no volvería ella a ver la primavera!

Y lanzaba largos gemidos.

—No lo sospechaba, cuando acudía a nuestras primeras citas...

Perdía el aliento, jadeaba, volvía a respirar y se retorció en el suelo, sintiendo que aquello no duraría mucho tiempo, que la crisis iba a pasar, que su exaltación iba a ceder.

Hacía trampas sin hacerlas. No de un modo deliberado, pero no podía evitar el verse como en un espejo. Veía también los pies de sus tías. Sabía que ellas esperaban, que no estaban demasiado asustadas, que no ignoraban que aquello pasaría, como sus rabietas cuando era niño.

—Una pobre niña... Y su madre que me decía...

Hortense repetía, suavemente:

—¡Cálmate, Jean!... ¡Cálmate!...

No era por las palabras, era por su música monótona, apaciguante.

Por otra parte, él se detenía. Pero era para proseguir, porque había recordado otra imagen de Marthe... Luego, con un verdadero nudo en la garganta y la cara desconocida por una mueca, preguntaba a sus tías, en tono lamentable:

—¿No dijo nada para mí?

¿Qué hacía él aquel día, en aquella hora, mientras ella moría? ¿No estaba con otra?

—Cálmate... Te vas a hacer daño...

No podía seguir en el suelo. Aquello resultaba ridículo. Se levantó, vacilante, se dejó caer en una silla cogiéndose la cabeza con las manos, acodado sobre la mesa.

—Muerta...

Y Emilie:

—Hubiera sufrido toda su vida...

La miró, no dijo nada, y ni siquiera se atrevió a pensar.

—No se ha dado cuenta de que se iba... Al final estaba muy débil, atontada por las drogas...

Lloraba más normalmente; le dieron un pañuelo, con un gesto tan natural que resultaba alucinante.

—Bebe... —dijo Hortense—. Esto le reanimará...

Bebió dócilmente, se atragantó, no recobró su emoción y frunció las cejas, desconcertado al verse así malparado.

Ellas tenían buen cuidado de no pronunciar palabras inútiles. Hortense mojó una servilleta en el grifo y se la ofreció.

—Límpiate la cara...

Él lloraba todavía, escalofriado por el cristal que había roto al tirar la olla.

—Bebe un poco más...

Tenía que acabar por mirarlas. Lo hizo con temor, como si fuese a descubrir algo monstruoso; pero las encontró a las dos tranquilas y cariñosas, un poco tristes.

—¿Y él qué ha dicho?

Comprendieron que se trataba de Justin.

—No ha dicho nada. Adelaïde está en cama.

No pudo impedirse de preguntar también:

—¿Había gente?

—¡Todo el pueblo! Y, sin embargo, llovía. ¡Termina el vaso, Jean! Estás temblando. Has debido rodar demasiado de prisa...

Era quizá aquello, o no lo era, pero él tenía fiebre y sus ojos se cerraban. Sentíase vacío, impreciso; se levantó, consciente de que Hortense le ayudaba a subir la escalera.

—Sí, acuéstate.

Él obedeció, en un universo confuso en que Emilie metía en su cama una bolsa de agua caliente mientras Hortense le desnudaba como a un niño. Y entonces, muy en el fondo de su niebla, surgió una verdad sencillísima.

—¡Es Hortense!

¡Tuvo razón! ¡Adelaïde y Marthe se habían equivocado! ¡Era realmente Hortense, puesto que ella le desnudaba, mientras Emilie se volvía hacia la pared!

—No pienses más en todo esto... Voy a darte un poco de la poción...

Estuvo a punto de decir «de la poción de Marthe», pero se contuvo. Él había comprendido. Tomó el medicamento y se sintió de nuevo todo emocionado, como si aquella poción sirviese de contacto entre él y la muerta.

—Dejaré la puerta entornada, por si necesitas algo...

Una lágrima, dos lágrimas corrieron sobre sus mejillas. Notaba que le cosquilleaban la piel y resistía al deseo de aplastarlas; quería soportarlas hasta el final, hasta que cayesen sobre la sábana.

La mariposa estaba encendida sobre la mesilla. La cama era grande. Él tenía necesidad de seguir llorando, de enternecerse; y oía ir y venir en la alcoba contigua, con pasos silenciosos, oía cuchichear a sus tías, notaba que una de las dos, no sabía cuál, venía de vez en cuando a mirar desde la puerta...

Al final, necesitaba buscar ideas tontas, pensar cada vez más en el cementerio, balbucir:

—Marthe tiene frío... Llueve...

Vinieron a arroparle, no supo ya quién, pues mantuvo los ojos cerrados. Sentía mucho calor, sobre todo en las mejillas y en los párpados. Veía, debajo de éstos, unos objetos desmesuradamente agrandados, como cuando padeció paperas, y tenía la impresión de que el edredón era mayor que la alcoba.

Unos labios rozaron su frente y le pareció que una voz, muy lejos en el limbo, susurraba:

—Es Hortense...

Llovía. Gruesas gotas caían a intervalos iguales sobre el antepecho de la ventana y corría un arroyuelo a lo largo de la carretera. Sin embargo, no había mar. No se oía más que un suave chapoteo.

¿Lo hizo él en realidad? ¿Lo soñó? Avanzaba la mano hacia el sitio vacío junto al suyo y la retiraba, tranquilizado, porque no había allí nadie.

Y de repente brotó la luz, una puerta se abrió y Hortense, con sus pantalones bombachos y sus botas altas, le tendía sus ropas de trabajo y le reñía sonriente:

—¡Vamos, holgazán!

—¿Qué hora es?

—Hace ya media hora que deberíamos estar en el vivero.

Y él respondió, mirando el cielo desde la ventana:

—Es verdad.

Bajó ella a calentar el café. Entretanto, Jean se calzó sus botas y enganchó el caballo.

Estaba un poco entontecido, un poco blando. Pero ella tenía razón: aquello era lo que había que hacer.

Ni debía decirse nada, tres horas después, cuando volvían por el légamo, delante de la carreta.

No había que intentar distraerle, divertirlo, hacerle olvidar.

¡Es lo que ellas hacían, y nada más! La casa como antes...

Debían comprender muy bien que él no sería ya nunca enteramente el mismo...

¡Pero le conservaban allí, que era lo principal!

¡Las dos! Las dos ar...

¿Por qué? ¿No era Justin quien tenía la culpa, Justin, al que se veía de negro, con un cuello demasiado blanco y un crespón en su sombrero, en el Café de Correos?

Ante la idea de que pudo tratarse de un alojamiento en La Rochelle y de...

¡Cada cosa estaba de tal modo en su sitio que se podría haber vivido sin abrir los ojos!

—¿Vienes, Jean?

Ni una palabra, ni una alusión jamás. Él tampoco. ¿Para qué? Sólo una vez había mirado el retrato del abuelo, en el despacho, el retrato de la cabeza abultada y los bigotes caídos.

En lugar de aquel rostro, durante un segundo, creyó él ver otro: el de Kraut, el día de la boda...

Kraut que había sido mozo de labranza en casa de las dos tías...

—Es Hortense...

Jean estaba como vaciado. Tendría que pasar tiempo. Sin embargo, se veía obligado a reconocer que estaba en su sitio.

¿Y entonces?

—Jean, iré contigo a La Rochelle.

Le compró ella una tira de crespón y, sin decírselo, hicieron teñir su traje gris. Porque...

Y la tía Hortense compraba flores que le hacía llevar a la tumba.

Con ellas dos, no necesitaba pensar. Era preferible no pensar.

Un día se encontró a Adelaïde en un camino. Le besó tres veces, compungida. Y suspiró:

—¡Mi pobre Jean!

Quiso él responder:

—Mi pobre mamá...

No lo consiguió. Y dijo:

—Mi pobre Adelaïde...

—Qué golpe, ¿verdad?

Él ya se había acostumbrado. No lloraba ni se ponía ya frenético.

La diferencia con lo de antes era que le ocurría pensar y entonces miraba a las gentes de soslayo, sobre todo a sus tías, como si desconfiase de todas ellas.

Luego, aquello pasaba...

Luego, aquello volvía...

Aquello no podía durar nunca mucho tiempo porque había esto o aquello que hacer, que emplear cada hora con arreglo a las reglas, el vivero, el camión, la Pequeña Velocidad, el billar...

Y cuando hablaban de él, más adelante, no decían nunca que era un viudo, sino un solterón que vivía con sus tías.



GEORGES SIMENON, nació en 1903 en Lieja, Bélgica, en una familia de escasos medios. Estudia sólo hasta los 15 años porque tiene que buscarse la vida. Tras vivir un año de toda suerte de trabajos, no siempre legales, entra, en 1919, como reportero en *La Gazette de Liège*. En 1921, publica su primera novela, *Le Pont des Arches*. Al año siguiente, parte hacia París, donde empieza a colaborar en *Le Matin*. Tras diez años de intensa vida bohemia, durante la que escribe por encargo más de mil novelitas populares, reportajes y artículos, consigue, en 1931, firmar su primer contrato con una editorial literaria y escribe la primera de las **117 novelas** que finalmente le llevarán a la fama. Curiosamente, ese mismo año concibe al hoy célebre personaje del comisario Maigret que protagonizará una serie de 76 novelas policíacas, clásicas ya del género.